

Jorge Isaac Cazorla

Colección PICHAVÍ nº 11

JUAN MONTALVO

JUAN MONTALVO



Jorge Isaac Cazorla

**Casa de la Cultura Ecuatoriana “Benjamín Carrión”,
Núcleo de Imbabura**

MSc. Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

JUAN MONTALVO
© Jorge Isaac Cazorla

Colección: PICHAVÍ N° 11

Diseño: Julio Flores Ruiz

Impresión: Studio21
Quito-Ecuador, junio 2018

Pedro Rodríguez 189 y García Moreno. Telf. 062951294
www.cce.org.ec

Jorge Isaac Cazorla

JUAN MONTALVO



Colección: **PICHAVÍ** VOLUMEN N° 11

Ibarra, 2018

LIMINAR

Gustavo Báez Tobar

Más que justificada y digna de encomio es para la Casa de la Cultura, Núcleo de Imbabura, una reedición de la magnífica obra: JUAN MONTALVO, que saliera a luz en 1977, con el aval de la Academia Ecuatoriana de la Lengua correspondiente de la Española. El autor: JORGE ISAAC CAZORLA, nacido en la cultísima Cuenca, Atenas del Ecuador, el 20 de julio de 1920. Destacado escritor, maestro y humanista, graduado con honores en la Escuela Normal de Antofagasta (Chile). Ingresó a la Academia Ecuatoriana de la Lengua el 27 de junio de 1985, época en la cual, personal e intelectualmente lo conocí como columnista del diario La Verdad de Ibarra, y por supuesto, desde ahí me impresionaron sus sesudos y profundos artículos de opinión.

No podía ser de otra manera, la robusta preparación que Cazorla traía desde Chile en donde obtiene los primeros galardones en concursos, ya como estudiante para celebrar el cuarto centenario de la muerte de Cervantes y en Buenos Aires, en el centenario de la muerte de Chopin, garantizan sus actividades docentes que las ejerció en los niveles primario, secundario y superior, y lo que es más, le abrieron paso para la publicación de valiosos libros dedicados a la ciencia y las técnicas pedagógicas. En Ecuador funda y dirige varios periódicos. Y, desde el país de la Estrella Solitaria, consolida sus experiencias periodísticas, en las que vuelca sus inquietudes literarias en el ABCE de Antofagasta y El Mercurio de Santiago. Posee una profunda formación cristiana. Vive aún, en dos años más cumplirá una centuria de fructífera existencia.

Sus incansables lecturas de los clásicos latinos y griegos, su experiencia profesional, hacen de Cazorla un excepcional maestro y hombre de letras lo que le amerita la membresía no solo en la CCE sino en las Sociedades Bolivariana de Buenos Aires y de la Federación de Maestros Belgas. No obstante su formación técnica en el área financiera —preparado no solo en Ecuador sino en Perú, EE.UU. y Brasil— la afición por la Literatura no desmaya jamás. Por el contrario pulcra su castiza palabra permanentemente, afina su pluma en las linfas plateadas de la cuencanía, pulsa su lira magistral para dar a su Patria y al Mundo lo más selecto de su creación literaria. Entre esas joyas está, precisamente: JUAN MONTALVO, obra publicada en 1977 —como arriba se señala—, la misma que se ha catalogado como un reflejo de la robusta personalidad de Jorge Isaac Cazorla, como un amante profundo de la verdad, a lo que se suma “su valor para exponerla y su búsqueda infatigable por el perfeccionamiento de la expresión literaria a fin de rescatar, a través de ella, los más altos valores de la literatura y del pensamiento humano”, según lo afirma el Ing. Manuel Varas S.

Aun a riesgo de que mis apreciaciones queden cortas ante la dimensión de la obra, debo referirme someramente al citado libro que de por sí es monumental, tanto por la atildada pluma de su autor, pues Jorge Isaac Cazorla es un clásico de la lengua castellana, tanto por sus influencias del Siglo de Oro Español, pues en todas sus obras aflora la perfecta coordinación entre fondo y forma, con un léxico rico y variado que dice de su vasta erudición y sapiencia.

Con esas herramientas intelectuales Cazorla asume su obra magna de construir un monumento literario dedicado al ilustre ambateño JUAN MONTALVO, orgullo del Ecuador y de América, que llenó el Siglo XIX con sus contundentes escritos que mucho dieron que hablar a famosos críticos, dentro del país y fuera de nuestros linderos: Benjamín Carrión, Unamuno, Rodó, Roig, ente otros. MONTALVO con *Las Catilinarias*, *Siete Tratados*, *El Espectador*, *Geometría Moral*, etc. enfila sus dardos para combatir las dictaduras y defender las libertades, pero Cazorla no se refiere a ninguna de ellas en particular, sino que en forma globalizante se adentra en la gran obra montalvina para analizar las ideas y pensamientos trazados con un estilo inconfundible, propio, que conmovieron la conciencia nacional e internacional. Pero Cazorla va más allá, a través de sus obras se adentra en el alma atormentada del genio tungurahense, de su carácter

volcánico fraguado en los cráteres andinos, y así señala no solo sus méritos como estilista sino sus deméritos como hombre y esposo, es decir, escarba en el hondo de sus escritos: su vida, su obra y hasta la muerte de ese gigante de las letras americanas, pues Don Juan era capaz de despertar profundas pasiones, temores y favores; odios y amores. De este hombre grandioso, temido... amado y odiado nos habla el autor en su obra JUAN MONTALVO, que merece ser leída con todo detenimiento. Recorrer sus páginas es para extasiarnos en un ambiente mágico de descripciones paisajísticas, prosopopeyas y retratos, narraciones, citas históricas congruentes y necesarias, amén de atinadas referencias de famosos pensadores y filósofos que alimentan la objetividad de sus afirmaciones. Hay páginas, en este libro, escritos en hermosa prosa poética, realmente maravillosas, que invitan al lector para gozar de su lectura... a la meditación... a la acción.

Antes de morir en París, Montalvo, ese genio de las letras castellanas, hubo de ascender al Gólgota de los más crueles dolores, al someterse a una delicada operación, sin ningún tipo de anestesia. Para morir pidió flores, quizá para recordar a su Ambato querido o para dar al féretro un toque de belleza, valor que en la vida tanto amó. - “EL PASO A LA ETERNIDAD ES EL ACTO MÁXIMO DE UN HOMBRE” expresó Montalvo, por última vez, en la madrugada del 20 de enero de 1889, —puntualiza Cazorla—. Pero nos dejó un legado, que sintetiza su pensamiento inmortal: “LA LIBERTAD, entonces, entre los valores de las criaturas y de los humanos ocupará un trono deífico por cuya posesión poco sería comprometer la propia vida”.

Julio de 2018

Prólogo

José Rumazo González

Director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua

He aquí un libro sobre Juan Montalvo de Jorge Isaac Cazorla, catedrático de reflexiva y fecunda experiencia, lector infatigable de autores clásicos y modernos, celoso investigador de la historia y literatura nacionales. Al hojear estas páginas de condensados párrafos, sentimos la madurez de las ideas y la oratoria en el estilo, a través del cual emergen las imágenes y los juicios de la crítica. No es esta forma de expresión que se inclina a la gravedad sentenciosa de la apreciación histórica didáctica, en este caso, de la biografía, sino a la comunicación elocuente con el lector.

No existe en el arte de escribir un solo estilo como meta ideal. El estilo es personal; arranca a menudo de la reflexión filosófica, a veces, del gusto por la exornación, de la virtuosidad del comentario y ampliación de las ideas, con frecuencia, de otros puntos de partida como la erudición comparativa de fuentes, la inspiración en que predomina la fantasía, la intimidad que habla sólo para sí —o bien para los demás oyentes, lectores dispersos y silenciosos a quienes no se encontrará jamás—, la facundia de ágora que trata de convencer a toda costa, la confidencia para ausentes como si fuera para un público de otras edades, la vena informativa como de pasada para lectores apresurados de periódicos y revistas, la manera conversacional que se esfuerza por captar la curiosidad, por engendrarla y satisfacerla.

El estilo es auténtico cuando es forma propia de movimiento, de vuelo; y parte de la idea y busca la palabra apropiada y en ella se detiene, o bien arranca de la palabra, de la imagen, y forja taraceados con el vocabulario en la mano. No hay un solo estilo porque existen varias rutas de experiencia, cauces diversos de expresión, variadas formas en que la palabra se desenvuelve, distintos autores, personas, tendencias, orientaciones, apetencias interiores y además porque en la experiencia ha quedado grabada la formación recibida y la formación que el escritor se ha dado a sí mismo.

En el caso presente, el biógrafo no se abandona o se limita a sí mismo, sino que necesita la compañía de otros autores para traerlos a cuento, al diálogo, y dar un clima histórico al tema que recorre el tiempo, el pensamiento de hombres autorizados de épocas pasadas. De este modo su estilo más que arquitectónico es un ordenamiento de texturas de expresión vinculadas con las formas clásicas como para dar más solidez y comunicación al pensamiento. Estilo desenvuelto con el placer de haber encontrado la forma de decir que estuvo como un germen en palabras demasiado llanas, sin relieve; estilo que es una sapiente práctica y ejercicio de las reglas gramaticales y de la Retórica. Tan natural en el Autor este punto de arranque, frecuentemente con afinidades con el propio Montalvo, incluso en el desarrollo, sin quererlo quizá, polémico —como de polémica con el mismo escritor de las *Catilinarias*— en aspectos de la misma interpretación biográfica, de apreciaciones del pensamiento y de la acción política de Don Juan.

Es ésta una biografía que gira en torno de la producción literaria de Montalvo. Hay biógrafos que desarrollan los capítulos en tono de ensayo didáctico. No es éste el caso de esta obra. Ni se trata de una información agotadora, de comentario y juicio de otros autores con un procedimiento en que se dilata el horizonte hacia la idea de otros libros —la cita trae consigo, suscita el recuerdo de obras completas de ensayistas, crea un rumor en torno—. Tampoco es erudición importuna ni son nuevos pormenores averiguados. Ésta es una

biografía cuya investigación previa, descubriendo afinidades y diferencias personales y no personales con Montalvo, se cristaliza en un sobrio barroco, en un discurso elocuente en que se reconoce en el biógrafo repercusiones y resonancias que proceden del autor juzgado y comentado. Busca Cazorla la exactitud y la precisión en medio de la flexibilidad, de modo que la disipación del pensamiento quede refrenada y vigilada y se den fundidos en la obra estos dos términos al aparecer antagónicos: el de la soltura y divagación inicial y el de la estructura y ordenamiento rigurosos. Se trata de ponderaciones y reflexiones suscitadas a menudo no sólo por la lectura de la obra montalvina —el estilo del que escribe nos da la pauta de la manera como lee—, sino por la biografía en relación con la obra literaria; de allí que se les habla a los lectores no tanto juzgando el pensamiento de Montalvo, sino su vida en cuanto personaje histórico, y la de otros personajes contemporáneos, para de este modo sentir cómo los acontecimientos engendran en el polemista la indignación y la acometida y en el mismo biógrafo la interpretación ante todo de la calidad del personaje biografiado y luego de la naturaleza de su obra.

El libro recorre nueve etapas en apretada abundancia de conceptos, en prodigalidad de imágenes de relieve y soltura.

Empieza por compendiar las facultades y aspectos del carácter del hombre, con frases sintetizadoras, y la calidad de su estilo, en que se vierte la vida pasional del cosmopolita, su concepto del mundo, su capacidad de odio, su paradójica concepción de la historia nacional contemporánea. Montalvo no es sólo una expresión del paisaje de la tierra natal, de sus volcanes y llanuras. Habla entonces Cazorla del carácter dísloco, enigmático de Don Juan “que amó a la humanidad y no soportó a los hombres”, soberbio, altivo, “con la preñez altísima de la retórica”. De cuando en cuando hacen su aparición en las páginas arranques poéticos, como cuando se refiere el Autor a “vendavales poderosos que estallan en las crestas de los Andes como un magno y apocalíptico coro de profetas”. —Sentido éste de poesía, de entusiasmo grandilocuente—. Y, al trazar rasgos de la adolescencia

de Don Juan, hace el Autor un retrato: “era Montalvo —dice— un mozo alto y cenceño, enjuto de carnes...” Se acentúa su formación clásica a medida que avanzamos en la lectura, y se nos va quedando en la mente aquel joven solitario, cerrado e intolerante que “se acercó al patetismo trágico y se reveló al fin como ironista acerbo y sarcástico pero lleno de espíritu”. Progresiva por este camino la biografía que estudia el desarrollo del espíritu del admirador de Rousseau, en su cinismo como padre, en su sensualidad desenfrenada, en su carácter dísloco y rebelde. Aparecen entonces rasgos de la historia del Ecuador en juicios de carácter general. A pesar del desarrollo cronológico, en cualquiera página está todo el hombre a cada paso, hombre de juventud y madurez, porque el biógrafo es permanentemente panorámico y se detiene a filosofar como al margen del tema para aplicar esa filosofía a su personaje, para juzgar e interpretar la calidad del hombre y de su obra.

Sin embargo el Autor no se pierde en pormenores, no abandona la visión general enraizada en el humanismo. En sus páginas hay historia patria, párrafos de filosofía y de teología, doctrina y luchas del cristianismo, pasajes de la Sagrada Escritura, para situar entre estas fronteras, mejor dicho, en tan vasto ambiente, el espíritu del escritor, para calar en la mentalidad del pensador, en sus puntos de apoyo en la iniciación y posteriormente en el progreso de la obra. Así hablará de los Siete Tratados, de su “estilo rico y egregio, abundoso de altos pensamientos, valientes imágenes y situaciones patéticas”; dirá que Montalvo “tomó el lenguaje como antorcha, arado y látigo, mas nunca como joya ociosa y adorable”; y, al deplorar dolidamente la miseria del indio, añadirá que “el gran tormento de nuestra época es el de no haber llegado a encontrar una síntesis entre los valores de la persona y los valores de la sociedad”. Discurre el ensayista sobre Roma y Grecia. —A veces sus juicios aquí y allá son aparentemente contradictorios o paradójicos por tratarse de enfoques desde diferentes puntos de vista—. Y, al volver sobre las Catilinas y la Mercurial Eclesiástica, insiste sobre el sentido de la sátira, sobre

el fustigador y el panfletario cuya gloria se cimenta en el insulto. Aunque esporádicamente aparece algo afectado y retórico, busca para sus síntesis por sobre todo lo que hay de dramático y de elocuente en la realidad de la época de Montalvo como en la de nuestros días, con la predilección por la metáfora, como si el pensamiento sólo pudiera quedar de manera impresionante expresado por la figura retórica. Este no es un defecto, sino la naturaleza de su estilo.

Cazorla le aplica al cosmopolita esta sentencia: “El se cree filósofo, pero no es sino un periodista de genio”. Añade, sin embargo: “Hay pues en el gran periodista un filósofo y un historiador” y también un artista en medio de la exuberancia tropical. En efecto, se puede, por adaptación, ser un pensador profundo y un auténtico historiador en el género periodístico, aunque éste exija la brevedad, la amenidad y la sistematización que no puede prolongarse en denotados antecedentes para culminar en un sistema de ideas que se cristalizan en las conclusiones. Montalvo tendía al ensayo, pero siempre en forma literaria, engalanada, imaginativa, y ahí está, en este derrotero, y con sabor añejo, su “canto del cisne”, los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Al hablar de este punto Cazorla va puntualizando con lucimiento juicios meditados sobre el Quijote y su autor. Montalvo se vuelve maestro, educador de quien le lee. Y el Autor sigue dando forma plástica a estudios, condensados ensayos —es parte de su método, de su estilo—, sobre los más diversos temas a propósito del desarrollo comentado de la obra de Montalvo: así aparecen párrafos sobre la justicia y el quijotismo, la realidad del artista, el escritor como tal, el estudio psíquico, temperamental, de Don Juan, el individuo aislado, el cosmopolita, verdades del cristianismo, la vida y la muerte etc. En estos apartes que no son digresiones gratuitas, luce espontánea la vena del pensador. En el tema “mi pluma lo mató”, a propósito del asesinato del gran García Moreno, la prosa se desenvuelve con soltura de ideas, más cerca del pensamiento que de la figura, como escrita en alta voz, con hondura, de tragedia impresionante.

En este libro aparece el lector asiduo que recorre teorías de filósofos con amplio repertorio de reflexiones y nos presenta a Montalvo ante el dolor y la muerte. Vuelve entonces, para cerrar el desarrollo dramático, que lleva implícitos monólogos y diálogos, la descripción de Ambato como rememoración de la muerte. La ciudad natal aparece junto al nacimiento y la despedida eterna en una prosa poética desenvuelta. Ambato, para describir el paisaje interior del alma de Montalvo; Ambato, para hacer una síntesis pormenorizada de la fantasía del revolucionario; Ambato, para ensayar una representación del adiós a la vida terrenal en la agonía.

Nueve etapas en este libro escrito con meditación pausada, en esta biografía en donde lo natural y espontáneo se descubren a primera vista transformados por el arte. La inteligencia del Autor ha ahondado en un tema que le ha sido grato, y por esto su estilo ha podido levantar el vuelo en la fluidez de las palabras, en el claroscuro de las situaciones antitéticas, en las afinidades con el propio espíritu sorprendidas en la lectura del biografiado, en el placer de ver la vida y obras montalvinas transformadas en arte a través de estas páginas. Por esto en esta biografía no desfilan cronológicamente el Cosmopolita, Los Siete Tratados, Los Capítulos, La Geometría Moral, Las Catilinas, La Mercurial, sino que se presentan como un solo espectáculo, en esa dualidad del escritor castizo y del polemista, y también como un solo impulso, el del biógrafo y ensayista en su estilo, en sus pensamientos, en sus imágenes, en este libro sobre Montalvo.



I. VIATOR

¡All which thy child's mistake
Fancies as lost, I have stored for thee at home:
Rise, clasp my hand, and come!

F. Thompson

¡Cuanto tu error de niño
imaginó perdido, aquí te espera,
guardado en casa por mi amor paciente.
Ponte de pie, dame la mano y vente!

A. Espinosa Pólit

La vida en bloque de Montalvo fue efervescencia del espíritu y desenfadada carrera de inquietudes, que se devoraron como olas en tormenta eterna. Fermentación, hervor de mosto en el trujal, con tufaradas incoercibles. Ignivomo, quiso sepultar una sociedad construida con los escombros de las ideas estáticas de su época. Undívago, su siglo lo vio cubierto por el polvo de los caminos y por el salitre de todos los océanos; transpirando tufo de erotismo y de lujuria. Demasiado artista para ser popular, encendió sus blandones en la lumbrera que raptó Prometeo al Empíreo. Llevado por la tempestad del odio el monstruo devoró al hombre; sólo el dolor, santificado en la Cruz, lo venció; y pudo, al fin, desprenderse del “tsarath” bíblico, de la horrenda lepra que roe el alma con la desolación del pecado. El medio más rápido para alcanzar la perfección es el dolor.

De serenidad helénica, en meditaciones peripatéticas por los pórticos de la “stoa” con Zenón de Chipre y Lucio Anneo Séneca, sublimó el dolor en su heroísmo callado, defendido por los fuertes aceros del orgullo, hasta saciar el hambre de egoísta serenidad con el silencio erizado de soberbia. Mientras explayaba una idómita libertad, quiso, en balde, reprimir las cataratas de su enojo y castigar el rebelde corazón. Y caminó: fosco, altivo y despreciador; soberbio frente a los grandes; y, aún, para el humilde, la sonrisa del vencedor de Breda. Empearon sus sienes las voces implacables, apremiantes y en acoso de Bourdaloue: “nada hay más peligroso ni más formidable que la paz en el pecado, y puede decirse, Señor, que es la más terrible de vuestras venganzas, y que el alma comienza desde entonces a ser réproba”.

El dolor y la muerte fueron la metanoia del alma, por donde se asomó al horizonte de la eternidad.

“Chi vuol esser hieta sia
 Di doman non c’ certezza
 Ogni cosa è fugace e poco dura
 Tanto fortuna al mondo è mal costante
 Sola sta ferma e sempe dura morte” (1)

.....

(1) Lorenzo el Magnífico.

Quien quiera estar alegre que lo esté
Del mañana nadie está seguro
Toda cosa es fugaz y efímera
Toda fortuna en el mundo es inconstante
Sólo la muerte permanece firme y dura

Juan Montalvo, un obrero literario, no se citó con Dios en los profundos desfiladeros de hondos peñascales, en los bosques teñidos de otoño, en las aguas estantías que esmaltan la llanura herbosa, en los grises berrocales azotados por el frío viento marcerero, en los montes ribereños que hunden sus recios tajamares en los remolinos del Pastaza, en las cañadas abiertas como fauces y desamparadas por la luna que tramonta, ni bajo la diáfana claridad de los cielos transparentes de júbilo y de luz sobre el regazo generoso de la tierra... Ni se inebrió con Él cuando lo escanciaba en la elocuencia de Juan de Ávila tan vehemente, como culto; de Granada pausado y copioso; de Luis de León profundo y lleno; de Rivadeneyra terso, natural y cándido; de Alonso Rodríguez vívido, sagaz y ameno; y de otros innumerables ascéticos que consagraron a gloria de la religión lo más rico y precioso de la lengua; y en la de aquellos líricos que con tanta gracia mostraron los ímpetus y raptos de su espíritu en festivas, tristes y sagradas poesías; y ni en la de aquel Ercilla, que hizo más fresco y vistoso el laurel de su frente con el sudor militar, recorriendo la cítara, y cantando sus hazañas, y las de sus compañeros en la ARAUCANA para reposar del estrépito y fatiga de las armas... Sólo el buril del dolor y el índice ebúrneo de la muerte, en lenta y silente gestación, riñeron la postrer batalla del carisma de la gracia; y después de largo asedio y de golpear de catapultas, le tomaron como prisionero de Dios. Tesis inexhaustible la del “vaso de elección”.

Jirón de historia viva arrancado a la carne y al alma del Ecuador. Hermosura lucentísima del sentido de la vida. En los ojos de Montalvo, grandes y tristes, de tabaco oscuro, no sólo centellaron los rayos tonantes de la ira rebelde, de la cólera de satán, de la revolución

que se arrodilla ante los fusiles... sino también la profundidad del corazón, el frenesí de desesperada tristeza, y el resplandor de celestes luminares tan serenos y callados a las voces de la angustia. Cuando en su cuerpo únicamente restó un manojo de carne para sujetar las raíces del espíritu, Dios lo tomó por el dolor hasta arrebatarle el corazón. En El, las cosas en que creyó: las altas convicciones, los ideales defendidos, su quijotismo de vocación romántica, el brío que mantuvo su rebeldía, el universo estético elevado hasta los cielos de América por su pluma de hierro forjada en el yunque del Tungurahua... encontraron la purificación lustral, como el trallazo escocedor que sintió Saulo yendo por el camino de Damasco.

Vendrán luego contra esta “Metanoia” escritores escoliastas de generación infecunda y decadente, repletos de hiel contra lo divino y lo humano, escépticos antes de pensar; duros y agostizos, sin fe en Dios ni en la Patria, caínes epilépticos de vesania; y, con intención de helar los huesos, soltarán, risa siniestra, remedo histriónico de la carcajada de Lenin... “Sed Deus irridevit eos”. Dadme, cuan como David en el valle del Terebinto, el lanzar la piedra al lodazal de hipocresías retadoras; y vereis correr despavoridas a sabandijas de toda ralea, rasgándose las vestiduras...

¡Aquel que no pasó dolor y muerte no tiene derecho a la vida sempiterna del espíritu! Nada hay tan subversivo como el carisma de la gracia; que despertó en Montalvo el héroe, mordido por el buitre del semidiós; y firme, erguido, sobre los clamores y oleajes de la Historia, miró la Estrella de sangre sobre el Gólgota, antes que la tierra adormilase sus huesos solivagos por el lúgubre panteón de las ideas.

Exegi monumentum oere perennius,
Regalique situ pyramidum altius,
Quod non imber edax, non Aquilo impotens
Possit dimere, aut innumerabilis
Annorum series, et fuga temporum.

Non omnis moriar, multaque pars mei
Vitabit Libitinam. Usque ego postera
Crescam laude recens,...

Horacio. Carmen XXIV

Acabé un monumento más durable que el bronce, y más elevado que la real fábrica de las pirámides, que no podrán destruir, ni la lluvia que todo lo carcome, ni el furioso aquilón, ni la sucesión de innumerables años, o el curso rápido de los tiempos. No, no moriré del todo; la mejor parte de mí mismo se escapará de la segur de la muerte: viviré; y mi gloria siempre nueva aumentará en la posteridad...





JUAN MONTALVO

Jorge Isaac Cazorla

Páginas tomadas del Preludio de la METANOIA DE JUAN MONTALVO, que obtuvo el PREMIO DE LITERATURA EUGENIO ESPEJO 1977, otorgado por la I. Alcaldía de Quito. El 6 de Diciembre de 1977

II. COETUS STELLARUM

Ambato su ciudad natal, dice que se parece a Florencia; al Arno, el río que riega y fecundiza su campiña; y a los montes que rodean y limitan los términos de la ciudad de los Médicis, los colosales Andes. Como Montalvo nació allí, sus compatriotas que siguen el mismo partido que él seguía, le comparan con Dante.

Fervoroso y terrible combatiente en uno de los bandos que se disputaban el poder en su patria, vivió después fugitivo de ella como el mismo Dante y murió lejos de ella, en París, en 1889.

Juan Valera

Ambato, 13 de Abril de 1832... Suelo tapizado de vides, pomares y fresas. Zona de verdura y vegetación, marcada con cierto sello de austeridad, como pudor de la naturaleza. Allí álzase el mural fresco, el olivo santificado en su savia, el ciprés de manos plegariantes, el nogal ceñido por los brazos de la granadilla; los frutales amables, junto a los árboles de la floresta, tristes amigos de la soledad. Campiñas arropadas de cereales crasos; con fuentecillas que rompen sus cristales por los prados tachonados de violetas y amarantos, y músicas rumorosas de colmenas del Himeto y del Hible. Balan los recentales, y las alas de los pájaros raen la claridad del silencio. Sierras altas, en cuyas cercanías forman frondosas huertas; molinos de trigo, casas campesinas y sementeras que granan mazorcas de oro. Y en medio la ciudad, amazona sonriente, se recuesta sobre una loma; sus iglesias y alquerías se estremecen con el temblor de las plegarias; y los montes pingües e inflamados de ocaso se abaten para que las miradas flechen el azul pulido de los Andes. Tungurahua, Carihuairazo, Runtún, Chimborazo... con sus nieves perennes templan las llamaradas del sol, y con sus antorchas barren las tinieblas de la noche. Más allá... Yambo, el lago quieto y aislado, en el que no se espejean los luceros ni arpegian barcarolas, yace, como salobre lágrima desprendida de la raza, en las manos paleolíticas de los Andes. Y hacia el Oriente... un venaje de ríos, arroyos y vertientes, que con sus hachas de plata rompen la turgencia de la cordillera para rendir tributo al Río Mar de Las Amazonas.

En esa fecha y en ese vergel nació Juan Montalvo. Efímeros son, como todos los apóstoles, el día, la hora y las circunstancias de su nacimiento. Ellos no nacen cuando el alba hiere a sus ojos sino cuando alumbran a la humanidad con ellos. Si hubo sangre noble en sus antepasados, cayó a borbotones en el pecho de Don Juan. Pero pudo más en él, el regurgitar de los volcanes, la violencia y furia de las cascadas, los hondos terremotos de energías telúricas, los huracanes ciclópeos que bruñen los volcanes, y los ríos desgajados por los gollizos de las rocas vivas. Hombre singular, absorto en su callada labor,

noble y docto, artífice de su propia vida. Muy pagado de soledades, vivió siempre bajo la pesadumbre de la gloria. Sutil en el pensar, claro y castizo en el escribir, con noble e inflamado estilo, en el que se mezclan la pasión del habla de Cervantes y la petera y épica habla del Campeador; el choque de tizonas, las rudas canciones de gesta, el son cadencioso de los viejos romances, y los odios incendiarios del estéril fanatismo de Castelar. Rebelde, con esa soberbia que no amansa hambres en el plato de lentejas, sino con la que diviniza a la libertad; con esa sublime cólera que la Historia descubre, tras la cetrina frente, en la estatua rediviva del de la Triste Figura.

Montalvo será siempre un estremecimiento, una onda de latido en el corazón de América. Fue engendrado por la revolución y la engendró a su vez; se dirigió a despertar a los millones sin voz, y a arrojar en el pensamiento el milagro de la duda; rasgar las densidades de la noche para que floreciesen las auroras.

El inventó la guerra de nervios, esa celeridad con que una idea se trueca en fe, y ésta en grito de combate y de victoria. En su alma grande todo es desproporcionado y sin medida, en tanto que el vaso corporal no tiene la consistencia que exigen las tensiones del espíritu. Tenso y valiente, con aletazos de pujante albedrío paralizó de terror a la Moral y al Dogma. Hombre de carne y sangre, henchido de violencias a veces animales, de carácter díscolo, no supo sino acometer, pelear, destruir. Decía el Estagirita que el hombre sin virtud es la criatura más salvaje; y en sus pasiones indómitas, las más perversa de las bestias. La pasión, de la que el bruto y el niño carecen, es el triste y funesto privilegio del hombre; y ante ella sólo toca domeñarla o ser su esclavo!

Escritor, teólogo y moralista; se sintió juez del bien y del mal. Ideólogo “que amó a la humanidad y no soportó a los hombres”, estuvo siempre dispuesto a imponer su sistema mental. Profeta que dictó oráculos intolerantes a la contradicción. Carácter enigmático, lleno de sorpresas y decepciones, fue para sí mismo, pero mucho más para su generación y país, un peso muerto, según Crespo Toral: “Aunque la evolución del escritor iba hasta donde le encumbraba la

soberbia, no supo advertir que el manejo de las minucias de su pequeña patria y la morbosa preferencia por maltratar a los hombres y las cosas de ella, perjudicaba el intento de merecida supremacía del literato ecuatoriano; merecida por lo gallardo de la forma, los donaires y preciosidades del estilo y la limpia vena del lenguaje. La política y el pensamiento del siglo pasado en nada adelantaron con el aporte enorme de este hombre misérrimo en finalidades”. Ser contingente el hombre, enloquecido por las miserias, en el que la muerte marchita el vivir, y que a pesar de ello, anhela poner “su trono sobre las estrellas y semejante al Altísimo”. El que padece alienación mueve a lástima; más la locura del soberbio provoca a risas y a escarnio, porque de donde pretende sacar estimación, obtiene vergüenza y vituperio. La ciencia de la verdad es la humildad, y ésta, la única grandeza del alma; mientras que el orgullo es su pequeñez. Locura e insania del espíritu es ensoberbecerse, empero particularmente después que la Hipóstasis del Verbo se encarnó en la Historia.

Hay en Montalvo una tendencia serpentina que reptá, ondula y se enrosca. Su gesto despreciativo se compara al de Júpiter al oír croar las ranas. Nació con alas aquilinas y con corazón de tigre. En su naturaleza se encuentran rasgos de prócer, ímpetu de pirata y orgullo de Luzbel. Testa altiva de espaciosa frente, cabello endrino de tupidos tirabuzones; y una mirada que pisotea heráldicas grandezas; de ingeniosa y cruel mordacidad, genio agresivo y atrabiliario, nictálope, llegó a convertir en guasa hasta la propia sal de las lágrimas; duro y tallado como un mármol, esbelto y flexible como una espada; fino y arrogante como un gran señor. Le dominaba el impulso a la fuga, el pujo invencible de salvaje libertad; ese sentimiento de la horda, rebelde a toda ley, a todo beneficio y a toda gratitud.

Misionero político, luciferino e ingenioso; sintió en el tuétano la herida de su patria, ese arrancar el oro y la sangre de una raza en servidumbre irredenta, y de su pluma se alzó un grito de dolor; ¡Libertad!, en medio de un orfeónico concierto de gaitas castizas. Y en los pendones de su elocuencia y con las flechas del sofisma no temió sacrificar la

misma verdad. Fue arco y cuerda elásticamente tensos, con energías, listo para la respuesta al grado de violencia con que le forzó el odio, destrozador del corazón. Desconoció la sinceridad, el más noble de los sentimientos, el aroma y flor del espíritu. El arte tanto más encumbra cuanto refleja y es la forma sensible y bella de la verdad. Menéndez y Pelayo no encuentra en el “sofista brillante” sino la preñez altisona de la retórica. Montalvo apareció como un conjunto de vórtices biológicos e históricos en los que se agita su vida, y en los que, al fin, Dios lo zarandeó hasta ajar el penacho de la soberbia y la rueda de la vanidad, como si fueran hojas secas pisoteadas por su huracán.

Fue un corazón que abdicó en los sentidos, que descendió a sangre fría por los derrumbaderos de la perversidad mendaz, obedeciendo a un sistema forjado en las alturas de la metafísica; y que vivió en el abismo, a sus anchas, sin sentir el asco saludable de la inmundicia y sin fijar tristemente los ojos en la cima desde donde cayó. Y por la angosta boca de sus pasiones, convertida por ensalmo en cráter, lanzó un volcán con todo el núcleo de su lava hermosa y enrojecida; como si el infierno vomitara por allí, de una recia bocanada, junto con el mar de fuego, el odio represado en sus antros.

Montalvo es uno de esos seres a los que se ama o se odia por la calidad misteriosa que irradian aún desde ultratumba; nada ni nadie logró embotar los fríos aceros de su nerviosa y delicada naturaleza, de la perspicacia de sus órganos receptores. Temperamento, el suyo, hecho para la imaginación creadora en enérgica irradiación, como la electricidad de una onda, sobre el trágico destino de un pueblo. Su misión en la Historia empapa en sangre y odio las orgullosas ideas del siglo XIX; y a fuerza de razonar la sinrazón de la razón humana llega, enflaquecido el juicio, como el andante de La Mancha, a la imposibilidad de la Metafísica, de la que ningún espíritu se redime. Y cuando hubo de sonar la hora providencial de su gloria, del triunfo de la “ciencia montalvina”, de su ideal libertario, no fue sino para hacer más duro el contraste del vacío y soledad interiores; de esa su vida ahíta del instinto, que le obliga a exclamar que todo era viejo y ca-

duco bajo el sol, y que es vanidad buscar en el arte y en la ciencia lo que prometen y no fían, y únicamente lo cumple Dios. Y sólo entonces las lágrimas le caen por dentro, como gotas de plomo derretido, sobre la marchita carne del corazón. ¡Lástima que el porvenir no pertenezca a los Césares, sino a los apóstoles de ideas valientes, verdaderas y agresivas como espadas!

Sacerdote laico, zahorí, de la maligna nostalgia del mundo, místico naturalista, derrotado en la batallas de la vida por el ansia de alcanzar victorias en los combates de la idea. De rostro triturado por viruelas, poseía un valor diabólico para mentir conscientemente y de manera profunda. El odio, como beleño, estuvo siempre en sus arterias hasta que murió inulto en la miseria del rencor. Lástima que el zócalo de su gloria esté bordado con los arabescos literarios del panfleto. Amaba al liberalismo, y creía en la Iglesia cuyo rostro humano tanto le asustó; y mientras con ahínco exaltaba la santidad de Ella, con igual empeño hundía la clava de la pluma en el corazón del Dogma. Los iconoclastas del siglo XX inauguraron la literatura montalvina como la única capaz para ahogar la verdad en un intranquilo océano de duda, en la soberbia alienación de la calumnia. Escritor de versatilidad voluntariosa y torcaz, tuvo hambre de lo Absoluto; y a la vez se empeñó en desdeñar el misterio, para así incendiar el país en lucha ideológica y fratricida, en guerra de exterminio. Lucha en la que los tueros del vivac chisporrotean todavía en el rescoldo del odio, sólo porque Montalvo, estudioso del Evangelio, jamás lo leyó con el corazón.

Vivió asperezas y desabrimientos; ruda prueba de la que salió su alma demostrando ser de las escogidas. Si el infortunio lo avinagró, soliviantándole con ponzoñas, patentizó que eso fue algo subalterno, un desquite de la inclemencia exterior, mientras él se recreaba al calor de los radiantes luminares de su firmamento espiritual. Espíritus de este temple sienten placidez en la tortura y vigor en la paciencia, porque aprisionan sus tristezas, embotan los acerbos agujijones del dolor; y vierten las tempestades del corazón, como Rodín, en el alma de la piedra; o en la miel del lenguaje de Castilla, de cuyas do-

radas ánforas extrajo Montalvo la dulzura cortesana de “El Espectador”, porque el castellano es el idioma que mejor se adaptó al proceso evolutivo del Ambateño, merced a la riqueza de su léxico, a la flexible holgura de la sintaxis, a la extensión de su escala fónica, propicia para la solemnidad enfática y para la festiva travesura, para las ternezas del madrigal como para los trenos ululantes de la elegía; abundante de heroísmo en los corceles guerreros de Chocano que relampaguean con sus callos en los riscos de los Andes; e hipante de sollozos entrecortados en la “Coplas” del Conde de Paredes. La vida pasional de Montalvo quedó sembrada en locuciones exactas, en imágenes animadas, en graves sentencias estoicas, en giros amplios y gallardos, con alambicadas sutilezas e interpolaciones extremas, con ágiles donaires hasta pecar de zafio e insultador. El hombre, la pasión y el verbo... es la dura trilogía que forjó en yunque el alma de don Juan; tan sólo sus pensamientos lucieron en esa noche interior. Él se sintió inflamado por el odio, por el amor a la justicia, por los fuegos fatuos de la sensualidad... Todo ello engendró a una criatura en la vísceras de la forma; y ésta es lo único que perdura. Todo pasa y se pudre en el sepulcro blanqueado de la Historia; sólo la belleza es eterna. La gloria y el batallar de Montalvo yacen en el trágico silencio de la derrota o de la muerte, mientras la forma estética perdura en los mármoles hieráticos del verbo. El influjo del estudio de la lengua castellana echó sello indeleble en la formación espiritual de Juan Montalvo. Fue verdad la paremia de Baltazar Gracián: “Habla, si quieres que te conozca”. Es la lengua un perpetuo misterio y la palabra un abismo alucinante. Y él fue un artesano de la más espiritual artesanía, la del lenguaje; con el que izó temprano la bandera de la libertad contra las peores cadenas del Ecuador: el despotismo y la ignorancia. El estilo montalvino con procedimientos heteróclitos, construcciones arcaicas, vocablos castizos añadidos a la vertiente lingual, adueñado de una sensibilidad literaria, en una época de galiparda y solecismos; es de una prosa señera con descripción de pachería; lengua de señorío y majestad; idioma excelso de Castilla. Pa-

labra madurada con fermento clásico, y no en agraz neológico, con que arrojó por la escala de desvalorización los matices despectivos, desde la ironía al escarnio, pasando por la burla mordaz de la polémica. Palabra española, balbuceo en la Reconquista; sabiduría en Alfonso Décimo, épica bronceína en el batallar del Mío Cid, heroísmo y aventura en los Cronistas de Indias, derecho en los Fueros, rudeza en el Mester, languores de martelos divinos en la mística... Libros de oro de Juan Montalvo, escritos en prosa de oro, que coronan a su autor como uno de los ingenios más disertos de América y son el monumento lingüístico y espiritual más grandioso de los anales de la raza.

El silencio y la esperanza son fuerzas que estabilizan y aploman el espíritu, son energías que en serenidad recogen y templan los nervios humanos y que pueden sumar fortaleza a las tensiones divinas. La soledad es la atmósfera de las almas grandes. Así como se mueve de mezquino el tráfago de la ciudad, así mismo nada hay divino en la naturaleza para fortalecer, pacificar y elevar las miserias humanas como el silencio y la serenidad de los campos, de los bosques y de los rastrojales. El silencio es el sello de las obras de Dios, y es más deseable que la palabra en un mundo insensato como el nuestro; porque el paisaje tiene alma y pulso; rostro, la soledad; lengua, el silencio; y “lágrimas, las cosas”.

El mundo para Montalvo fue sinónimo de agresión continua. Categoría mental, degustada y preconcebida por su autor, como “seudoagresión” y “orgullo”, no alcanzó a modificar su realidad. ¡Cómo sufrió y gozó el Cosmopolita en los exilios, ostracismos y pobreza... voluntariamente impuestos por su espíritu masoquista!. En todo acto se mostró agresivo y soberbio, hasta clavarse, como escorpión, la propia ponzoña de su pecho. Fue un “coleccionista de injurias” a las que opuso la luciferina respuesta del odio. No aceptó dignidades ni responsabilidad alguna en la conducción de la política o de la República; tenía fe en su destino de artista, en su anhelo innato de inmortalizarse con los garfios de su pluma; como los depresores, con el estilete de las garra. Llevó, en lapsos, la antigua usanza so-

crática y la austeridad de los estoicos y, como el ateniense, se sustentaba con las dádivas del sol; “un puñado de aceitunas y un sorbo de agua clara”, mientras se perdía en el dédalo de sus moradas interiores, como un atlante en las cavas centellantes de Vulcano.

Caminó siempre cojitranco, preciándose de espetado, escaso de miradas, ahorrando cortesías, mortificado de hablar, tartajoso. La bravía condición de su temperamento lo llevó a luchas y contiendas que constituían la modalidad característica de esa época. Ataques que merecían respuestas y batallas, cuyas armas mortíferas estaban en el sarcasmo atroz, en la burla sangrienta, en el soneto cruel, en el pasquín anónimo... que nada respetaban ni ante nadie se detenían.

Montalvo, de ancha y rasgada conciencia, fue una mentira con alma y una fábula con voz. Su justicia, espantosa; su malicia, ingrata; su incredulidad, resoluta y ciega; y su blasfemia, insolente y tirana. Jamás abatió la cerviz ante Instituciones y hombres del Ecuador, de América, de España y de Europa; en esto se diferenció de Cervantes que siempre fue un pedisecu de poderosos.

Tartamudo el Ambateño, como El Manco, no sobresalió en tertulias y consejas familiares. Sin propensión para el certamen de la zumba o interlocución peripatética, por timideces invencibles y lengua estropajosa, se abstuvo de cruzar razones en palestras o paliques, de echar párrafos y chascarrillos en íntimas camaraderías con el poeta Julio Zaldumbide o con el político Gómez de la Torre. Era Montalvo, en frase de su maestra de estilo, Santa Teresa de Ávila: “Un callar con pesadumbre”, alimentado de realidades acerbas, con vida proscrita y cruel, con sensaciones dolorosas y vividas en auténticos detalles, siempre hermético y zahareño, sin poder derramarse por ese su hablar cansino y torpe. Desparramó estos fermentos reprimidos y volcánicos, dignos del Psicoanálisis de Freud, por estampida de prosa oratoria y fisgona, en artificio de ideas e ironías venenosas, exprimidas por el padecer como si exudara execración y odio; pero aspergeante de centellas mensajeras del infinito y como una postrer vehemencia para alumbrar las tempestades del espíritu. Los dos,

Cervantes y Montalvo, estériles en versos artificiosos, fuera de “Numancia” y “A la Virgen de Baños”, generadores de una poesía hidropica y conceptista que lastimó el arte de trovar, fueron águilas caudales en la fulgente tempestad de la prosa.

Su voz austera, robusta, draconiana, se alzaba siempre para purificar la atmósfera corrompida por el olor de la sangre y del incendio. Esa misma severidad adusta y catoniana, y la propensión pertinaz a anatematizar tan despiadadamente las consecuencias prácticas del dogmatismo, le merecieron amargas censuras; censuras formuladas a un prosista que personificó el carácter histórico de su tiempo; lleno de ráfagas de aquella ira que dominaba a los liberales, al morder la dura y acre corteza de la Escolástica.

Los grandes acontecimientos humanos provienen, por lo común, de espíritus fuertes; de almas de recio temple y henchidas de robusto aliento, que ascienden de repente, y por sendas desusadas a las cimas de grandeza; corazones dotados de riguroso empuje son también los que, perdido el rumbo conductor a superior altura, se despeñan al abismo del escándalo, a la abyección de la miseria.

De hombres vulgares jamás cabe esperar glorias y desastres que asombren. A pesar del carácter excepcional y prodigioso de Montalvo, hay tal cantidad de elemento humano en su historia que la hace paradójica; de suerte que nadie puede sustraerse a esa atracción que concentra y aduna lo grande y lo pequeño, los denodados arranques del alma y flaqueza de la carne; el vértigo de la pasión que ciega, y la exaltación de su espíritu, que habla de la historia, a las estrellas, y apostrofa a las olas del mar; interpreta el lenguaje de las aves y responde a los rumores de las aguas; pues posee en tan alto grado el sentimiento de la naturaleza, que realiza la grandiosa concepción platónica acerca del hombre, siendo la pupila de todo lo que no ve, el oído de todo cuando no oye, la lengua de lo que no habla y el corazón del mundo inerte. Montalvo, más que un individuo, representa la actividad y el espíritu de una raza.

De ahí que como Humboldt y d’Orbigny, que se volcaron libre la

naturaleza americana, Montalvo creyó que no había más patria que la hermosísima de Ambato. El hombre y el mundo constituyen, no el dualismo abismático, siempre en hostil oposición, como creen los anacoretas y las teosofías, contemplativas, sino una maravillosa unidad fácil de comprender y de sentir. Ambato, de aguas torrenciales que se despeñan en el cóncavo de los tajos, tras las montañas y los siglos; de volcanes bruñidos por el cincel del rayo y que se comunican en los espacios con fuego, truenos y lava; de vendavales pavorosos que estallan en las crestas de los Andes como un magno y apocalíptico coro de profetas... Ciudad de soledades campesinas, de surtidores que se desflecan en diamantes deshojados; de harturas de trigo en la preñez de los collados, de pastos gruesos y abundantes sobre las erguidas cumbres; de zumo de la vid en las bodegas del monte, mientras a la sombra de los granados ramonean las greyes; de eras de plantas sembradas en jardines, por legiones de legiones, como las estrellas de los cielos, sin que las espinas pongan aspereza en los caminos ni los abrojos funden sus raíces en la fertilidad inagotable del suelo; de palmas y azucenas, en resplandores de martirio y castidad; de manzanos floridísimos sin mordedura de serpientes; de piteras enhiestas que guardan la heredad, cubierta de nevadas virginales que caen de floridos ciruelos y cerezos. Ambato, que embriaga de caridad el corazón de sus hijos, un coetus Stellarum: ALMÁCIGA DE LUCEROS, de pétalos, de volcanes y de espíritus, fue la eterna novia de Montalvo.

En élla nació y vivió como un hombre; a élla retornó como hijo pródigo; y en élla duerme en la augusta paz y silencio de la muerte. ¡Sólo ese silencio es sublime para él y todo el resto... vanidad!





III. JOLIE DE GRANDEUR

La hermosura te descarrió y la concupiscencia
corrompió tu corazón.

PROVERBIOS

Habiendo debido de venir Montalvo a la luz de la razón, sintió las mordeduras de la orfandad absoluta. Una escuela rural y un maestro tosco fueron los orfebres de primera cultura. Vinieron luego, en Quito, la Gramática Castellana, los clásicos del Lacio, la Música, la Religión, las Matemáticas... y se graduó de “Maestro de Filosofía” en 1851. Niñez y juventud pasaron raudas y mediocres. A no ser por calificaciones brillantes y esa su pertinaz melancolía, casi hubiera merecido ser alma-masa y flor que sólo se abre al atardecer de la vida.

Sin vocación, inició estudios de Jurisprudencia. En aquella época, por la libertad de estudios decretada por el sargentón Urbina, hubo adunia de estudiantes pardales, entre los que Montalvo fue capigorrón en los floridos márgenes del Ulva. Esa libertad puso sello legal en la ociosidad y engendró odio al trabajo. “Pretender, escribía en esa época García Moreno, que un joven se forme por sí sólo en la edad de las pasiones, sin guía, sin la voz del profesor, sin estímulos, sin criterio, sin discernimiento suficiente y sin que sepa siquiera dónde encontrará el bien y la verdad, es aspirar a un imposible; y se han empleado la autoridad pública y toda una ley para que la primera de las necesidades morales, la del saber, sea entre nosotros nominal, aparente, equívoca y llena de errores”.

En 1861, García Moreno, ya Presidente del Ecuador, declaró abolida esa “libertad de estudios”. Diez años antes, Montalvo se convierte en autodidacto, en las materias por la que desfallece su espíritu: Gramática, Literatura, Idiomas y el estudio de los clásicos castellanos. Si bien la inspiración poética acude fugazmente a su espíritu, sus aptitudes fueron para la prosa, en la que vertió creaciones llenas

de imaginaciones estéticas, con un estilo forjado en los yunques del Siglo de Oro, que no tuvo ni tendrá rival en el clasicismo español.

Era Montalvo un mozo alto y cenceño, enjuto de carnes y amojamado; de rostro moreno y hoyoso; ojos oscuros, de miradas como garfios; frente amplia y en combadura, labios delgados de áspera sonrisa; caminaba recto con el pecho en quilla; años después su cojera se apoyará en rodrigón. Rápido, erizado de espinas, pronto al anatema, impaciente y apremiante; tenía una mirada en la que el odio vibraba como la punta de una flecha disparada contra el pecho de la Historia. Millonario del espíritu y ajusticiado por el dinero; en la soledad nutría su belleza interior. Para conocer a la patria y a los hombres es preciso abandonarlos de cuando en vez. Toda concentración espiritual precede a las ruidosas acciones de una entrada triunfal.

A esa constitución corporal correspondió un temperamento extraordinariamente excitable y violento, casi sin inhibición; y, por eso, reconciliable alternativamente con el buen y mal humor. Todo lo nuevo le atraía poderosamente; era ingenioso y poseía talento de imitación. Fue muy frecuente en él la contradicción entre los principios y los hechos. Su vida estuvo dominada por las pasiones, por esos deseos duraderos y fuertes; a veces por una idea y otras por un sentimiento. Tenía resistencia: un alambre de acero; pero esa resistencia le llevó a tensiones y luego a la explosión violenta. Solitario, cerrado e intolerante. En el querer y obrar fue un extraordinario trabajador, perseverante, independiente, dominador. Amó la quietud, el almo reposo de la naturaleza.

En ese ocio infecundo vegetarán los préstamos vencido con su eterna mora, las traiciones políticas a los acreedores, el olvido del hogar, que empañaron la gloria montalvina; pero la Historia no los recoge porque no tiene como señuelo inventariar pequeñeces. “No se ha de historiar lo que no es digno de la Historia”, declaraba Voltaire.

Flaquezas, las de Montalvo, que son concomitantes a la vida humana; tal vez inexplicables para la ofídica acritud de la crítica, que gusta desenterrar carroña, hasta que los necrófagos sean por fin de-

vorados por la sombra del cadáver. Bien dijo la Biblia: “El escudriñador de la majestad será aplastado por su grandeza”.

Virgilio fundamenta las *Geórgicas* en el trabajo, que no es considerado pena, castigo o venganza divina, según la vieja concepción de Hesíodo; o como ley ciega ferozmente incomprensible, en sentencia de Lucrecio; sino como la condición misma de la vida, sin la que el hombre no sería racional. “¡Omnia Vincit Amor!”, cantaba Galo, el efebo de la décima égloga; “¡Labor omnia vincit!”, responde el viril Mantuano de las *Geórgicas*. El trabajo es el tesoro del alma. No aborrezcas al trabajo por muy penoso que sea, aconseja el *Eclesiastés*, por ser mandato de Dios.

Montalvo fue un sentimental ante el dolor y sufrimiento ajenos. La pujanza de su ser le impulsó hacia el equilibrio de los valores estéticos. De temperamento esquizotímico, de gran valor para la sociedad: soñador delicado, idealista reñido con el mundo pragmático, aristócrata de la forma, enamorado del clasicismo. Como enemigo de la muchedumbre y como sentimental, se acercó al patetismo trágico, y se reveló al fin como ironista acerbo y sarcástico, pero lleno de espíritu. En su constitución corporal y en su temperamento se encuentra esa mezcla de virtudes y debilidades de Don Quijote y del Don Juan de Tirso de Molina; simbiosis típicamente hispánica. Amigo resignado de sus soledades, devorador de libros, soñador, idealista y ocioso; gran trasnochador, soltero; de nunca desmentida ni aún empañada generosidad. Fuera de sus años mozos, no fue un hombre de acción. Más bien se abandonó a las succiones del encastamiento. Tenía el alma cenobítica; seguía la ley de Leonardo De Vinci: “Si eres solo serás tuyo” y en ese drama solitario y mental tensaba su pluma para enaltecer a los grandes caracteres del pasado y asaetear a los que sucumbían ante el potaje de regalías primogénitas. Su fuerza de escritor no residía en el talento sino en su carácter, es decir en su honestidad y valor. La inteligencia sin la consistencia del carácter es como la hermosura sin virtud.

Soledad y aislamiento son antípodas en el mundo del espíritu;

digán lo que quieran Freud y sus secuases que expusieron su doctrina como dogma, recusada inane por la ciencia. El hombre necesita recobrase, tener conciencia de sí, integrarse, sentir la necesidad de lo absoluto en la profundidad, en el silencio del alma. Esto es humano y no sublimación de la libidine. Es verdad que hubo santos con graves neurosis; pero ni fueron místicos por estar neuróticos, ni estaban neuróticos por ser místicos. Empero cohonestar la libertad con la incomprensión o la misantropía, excluirse del impulso creador... Para Sartre, cuando la soledad se transforma en “solipsismo” produce el infierno; es la desilusión del narcisismo que congela al “yo” con los témpanos hiemales de Dante. Todo esto califica al aislamiento. La soledad en cambio es aquel destino de la grandeza humana que determinado por Schopenhauer, eleva al hombre sobre la futilidad del mundo. Kierkegaard pregona que: “nada hay más terrible ni más grandioso que vivir solo en el mundo como individuo consciente, bajo su propia personalidad” porque implica el descubrimiento de todo el hombre, el perfil del “hombre nuevo”, del coraje de la transfiguración de la vida. Dios es accesible sólo al solitario. La patria de Zarathustra es el desierto. Montalvo discurrió por las amplias soledades que conducen a la comunión con Dios, con el universo de la creación; pero también se perdió en el dédalo del aislamiento y blasfemó de Dios y de los hombres. La soledad es la pobreza profesada con amor por el asceta; el aislamiento, la miseria rechazada con odio por el proletariado ateo.

Cuando se arropaba en su sensibilidad impermeable, fruía del silencio de la noche que oye el rumor de las sombras, como si la luz de los astros rozase las escamas oscuras de la tierra; y sentía los helados susurros en los que se relajan las brisas. En la noche, el alma del escritor era leve y misterioso acorde. Montalvo fue un vacío humano, una vasta oquedad que sólo regurgitaba el fuego del odio, el desbordamiento de pasiones desbridadas. Esa su noche no tuvo entrañas de tinieblas sino de amor. A veces se sintió como un ángel rebelde del reino oscuro del mal. Y pobló sus escritos de voces y gritos

de alma irredenta; de pasiones infinitas, de odios y terrores, de carcajadas y blasfemias. Una sinfonía, en fin, bárbara, de dolor universal y eterno; concierto vario y salvaje.

Llamarada de odio feroz henchía la pluma, y relampagueando en el corazón le incendiaba el cerebro, con vibraciones en todo su ser, como una catarsis espasmódica. Dominábale una ansia brutal de destruir, de destazar... Era el mal terrible, la neurosis, la flor impura brotada de su sangre negra y blanca, como estigma de casta. Empero, aún en las decisiones más demoníacas, Dios nunca desapareció de su alma. Enterrado bajo la losa de las negaciones, allí quedó siempre en trance de resurrección.

Entonces Montalvo prefería encerrarse para examinar los textos latinos y castellanos y redactar libros según su prodigiosa memoria. El orgullo es la virtud de los desgraciados. Sufrió la soledad y el desamparo del cielo y de los hombres. Y se entregó en las sombras crepusculares, a vagar por el campo estudiando y meditando; y por fin, hacia la madrugada, con la queja del viento o de la lluvia, al retornar a su habitación, escribía sobre los hombres, la política y el arte. Este genio literario surgió de una mezcla de silencio y de dolor para ser la voz tonante en la vasta soledad de América.

El corazón le pesaba en el pecho. A veces, en diástole dolorosa le apretaba hasta los linderos de la asfixia. Invadía una desesperación silenciosa y trágica, que abatía sobre su carne atormentada, mordiéndole las vísceras. Entonces todo era soledad, mustio silencio, tristeza sin palabras, abandono de muerte; mientras las horas se desgajaban del rosario de la eternidad. El corazón de los dioses fue siempre un oráculo mudo. Huyó de la fe, y se quedó con la tristeza; mató el amor y campeó el deseo. Hombre sin alma en el vértigo espantoso del horror al vacío, mirando al cielo en sus noches insomnes, debió aterrarse ante el espectáculo inconmesurable del mar etéreo donde bogan las estrellas. Cielos indiferentes para él, tal vez los creía vacíos, y custodios del silencio de una tumba. O, como Pascal, debió atormentarse entre dos eternidades, entre dos abismos que no

pueden suprimirse en la razón al resolverse sin la fe. Sólo el vuelo de la oración que abandona el nido del pecho puede flotar sobre el cristal de ese remanso yerto.

A veces escribía como réprobo y a veces como místico. Sentía una ternura sin límites, una piedad desgarradora, corrosiva como ácido; especialmente cuando presentía en sus entrañas la gloria de la paternidad. María Aurelia Adelaida Guzmán, en quien engendra a su hijo Alfonso, es la musa inspiradora que recibe la “Carta de un Padre Joven”, bajo el anagrama de Tomanvol.

Muéstrase amartelado de su hijo, celoso con la madre y al borde del suicidio romántico jura en carta a su hermano Francisco, que legalizará esa unión ante Dios y la Ley. Así lo dijo y lo cumplió. Mas, como Rousseau, a quien el Cosmopolita tanto admira, fue inútil como padre, en sus deberes para Alfonso y Carmen, su segunda hija, y si no los mandó a la “Casa de Niños Expósitos”, como Juan Jacobo y Teresa, por lo menos, con ese su ocio literario que consideraba el trabajo como vil, con ese deambular en las noches de luna oyendo el río murmurar adentro en su playa y “sentado en piedra muerta piedra viva” como Petrarca, abandonó a su esposa, olvidó a su hija y a los hijos que engendró en Ambato, en Quito, en Ipiales, en París... por quienes no tuvo ni los remordimientos del ginebrino que en el “Emilio”, tardíamente, se daba golpes de pecho, gimoteando: “Quien no cumple sus deberes de padre, no tiene derecho a serlo. Ni la pobreza ni el trabajo ni el respeto humano, lo dispensan de alimentar y educar a sus hijos. Lectores, podéis creerme: predico que quien tiene entrañas y descuida tan santos deberes, derramará sobre su culpa, durante mucho tiempo, amargas lágrimas y no encontrará nunca consuelo”.

Este cinismo consciente del inspirador de la Revolución Francesa y del autor de los Siete Tratados demuestra que el alma, fatigada del romanticismo, se acostó únicamente sobre las espinas de los apetitos. Misoneistas y orgullosos los dos, inertes y lerdos en la acción, seres imaginativos; incapaces, como Shelley, de distinguir en-

tre el deber y la imaginación de las obligaciones, sin traspasar la frontera de la verdad y de la mentira... y sin embargo de esos estériles pensadores estáticos salió la inspiración del 93 de la Francia, y la libertad en el Ecuador.

Moralmente no fue un asceta. Demostró que era recio e insigne en goces sensuales como el egoísmo, la vanidad y la prodigalidad. Consintió mucho a las tentaciones de la carne, porque se sintió vacío y buscó excitantes que la magullaran en las bastardías del instinto. Ninguna mujer pudo encarcelarlo entre los brazos. Bucanero del sexo, estuvo atento sólo al reflejo de los nervios que desconocen la razón y la moral. Tenía un vacío interior; un eterno y pesado silencio, el del hombre que se abre cuando la carne flamea y tiembla. Lo poseyó una libido sin selección, ese acicate que hace presa, con más fuerza, en las naturalezas magnas. Únicamente quiso matar la sed de carne en los odres groseros de la sensualidad hasta rajar con gemidos la garganta, porque toda voluptuosidad arguye pesadumbre y dejos de hiel, que no puede sedar jamás la divina impaciencia del amor. Axiomáticamente versificó Lucrecio:

...Nequiquam, quoniam medio de fonte leporum
surgit amari aliquid quod in ipso floribus angat
...mas todo en vano, porque del corazón de la fuente misma del deleite salta el surtidor de la amargura que envenena la flor de la voluptuosidad.

Innecesaria resulta la teoría de Freud para conocer que la libido está en la cimentación de la vida animal y espiritual, desde la niñez al climaterio y la senilidad. Sólo los eunucos y puritanos pueden encontrar escándalo en las tendencias lascivas de San Agustín, de Tolstoj, de Montalvo... Pero el dejarse arrastrar por la carne es un vicio que es preciso vencer, un mal que se debe evitar y una enfermedad que ha menester de curación, porque su contagio mata al espíritu.

Todos los placeres de los sentidos se excitan unos a otros. La mollicie está repartida por todo el cuerpo; y se la ama con una adhesión que

pone en olvido el alma y a su imagen que en el fondo lleva impresa. La carne convierte en carnal al espíritu, hasta considerar al pudor como un oprobio. La cupicidad es esclavitud, agobio y muerte; cierra los ojos para no leer las tablas de la ley escritas en la razón, y nos empuja desbocados en los brazos de aquella poquedad de criatura finita y desleznable. Así dicen “Los Proverbios”, esa sabiduría condensada en el colorido plástico de la frase hebrea, esa sublime filosofía, engarzada en metáforas, que enseña el arte del recto vivir según la mente de Dios, algo de lo que lejanamente quisieron adoctrinar los “Diálogos” de Platón; “Los Proverbios”, la sublimación del pensamiento en sus aspectos prácticos, normativos y éticos, que permiten al hombre caminar por sendas de luz y verdad, con planta firme y corazón puro:

Sus pies descienden a la muerte,
sus pasos se dirigen al Seol.

Bebe el agua de tu aljibe,
la que brota de en medio de tu pozo.
¡Sea bendito tu manantial!
Y vive alegre
con la esposa que tomaste en tu juventud;
sea ella tus delicias, como sierva hermosa,
te embriaguen sus amores;
ese amor te apasione para siempre;
y busca únicamente tu placer en ese amor.
¿Por qué te apasionas de una ajena,
y abrazas el seno de una extraña?

Montalvo, como abeja, revoloteó por los repuestos prados bíblicos descansando de flor en flor, de flor en flor recreándose, empapándose de sus esencias olorosas a cielo, sacando de los cálices el dulcísimo néctar de lo bello... Jamás leyó en la Biblia la trascendencia vital, la trascendencia eterna que el amor no es la palpitación fi-

siológica de la carne sino la fuerza generatriz de la vida. Montalvo como Atahualpa, encontró una Biblia sorda, sin el Verbo, la palabra interior del Padre. Y así caminó a ciegas sin más luces que el relámpago de la carne, del odio y de la ira; y bebió el vino de la vida hasta trasegar el áspero sabor de las heces, y dar con el remordimiento en los brazos espinosos de la tristeza eterna.

Lástima de mozo. Al lado de sus bellas cualidades dejó crecer tantos defectos, nacidos de vitalidad desenfrenada y de ciertos estigmas neuropáticos, que le empujaron a desviaciones abominables y a empresas gloriosas. Hijo perdulario de su siglo, de anarquismo indomable, no ingresó a las esferas donde se fragua el rayo político, pero manejó en sus voltizas manos el gobernalle del Ecuador. Gustaba de escuchar, pompeándose, las alabanzas a su arte literario. Y echando chispas de valentía rechazaba la opinión ajena, cuando ésta lo impugnaba.

No llegó a ser un contertulio por su carácter retraído y áspero que resistía a los esfuerzos de la sociabilidad.

Poseyó auténtica madera de pensador. Absorbió del ambiente y de las lecturas motivaciones e ideas filosóficas que, maduras luego en sus soledades, fueron capaces de producir conclusiones orientadoras, y a veces, de pasmosas claridades.

No es de las menores originalidades de Montalvo haber concebido la Filosofía, no como un “sistema” en el sentido de la palabra, es decir como un esfuerzo hacia el desarrollo de una tesis; partiendo de un principio único a un orden adecuado de conceptos para luego llegar a la estructura total del universo; sino como un encadenamiento viviente de problemas particulares, conexos, sin duda, en ciertos aspectos y sin embargo, en una larga medida, independientes entre sí, y requiriendo cada uno un método y conceptos particulares. No se muestra simplemente pensativo sino atormentado por su vida interior y sumido en crisis intelectual. Hay pensamientos de libertad y rebeldía que dominan la obra romántica del Ambateño y que reaparecen en ella con tirante nervadura.

Su orfandad, su fracaso matrimonial y amoroso, su complejo social... le obligaron a poner distancia entre el corazón y la realidad, entre la soledad y la sociedad, entre el deber y el libertinaje. Todo el caudal de su vida se detiene y alambica en la destilación del concepto y de la acción, contradictorios en el seno del escritor.

No sirvió a magnates ni solicitó mercedes ni tomó aguas en el torrente del presupuesto fiscal; y su vestido jamás sintió la rahez y la pechera no fue tazada de zurcidos. El ascua incinerada de la negra honrilla le condujo a magrez extrema, nueva ulceración en un alma llena de cicatrices de resentimiento pero fortalecida por el rígido acero del estoicismo; y aplacó los gritos de la pobreza con el nepente macerado en la apoteca de la sabiduría estoica.

Si la literatura del barroco, en el decir del poeta hispano Luis Rosales, vincula hidalguía y pobreza es porque sólo en aquella, por achaques de honra, era una llaga viva la miseria. El pueblo soportaba la pobretería sin conceptuarla estigma sino como necesidad. Los poderosos la veían a distancia y hasta llegaron a enjugarla. En cambio la pobreza de hidalguía no era sólo necesidad corporal sino hambre y sed del alma. Cervantes con estremeceadora y humana certeza describió la herida gangrenada, con casta verecundia latente en la tenaz dignidad de hidalguía:

“Pero tú, segunda pobreza que eres de la que yo hablo, ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y los bien nacidos más que con la otra gente? ¿por qué le obligas a dar pantalia a los zapatos y a que los botones de su ropilla, unos sean seda, otros de cerda y otros de vidrio?. Por qué sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?... ¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber cosa que le obligue a limpiárselos! ¡Miserable aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre del estómago”.

Montalvo nunca escribió para vivir; proletario y polemista se irguió sobre el pedestal de la pobreza hidalga: las grandes ideas requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por púlpito o por asiento, con un árbol por dosel, teniendo como oyentes a hombres y mujeres a quienes el sol tostó las faces y la doblez no arrugó el corazón, como quería Navarro Ledesma. Con insólita conducta y talante de hidalguía, puesta en relieve la nobleza del alma, sin limosnear ni siquiera las palabras, Montalvo espetó a los que medran con la péndola: “Mi pluma no es cuchara”. Para él la esencia fue en el principio y en el nadir el arrastre de la carga de la vida. Ya lo dijo el Cínico en Atenas: Apártate, Macedón, que la sombra vana del poder, las riquezas y la gloria me quitan el sol de la libertad.

Con su hurañería, su cortedad, su fácil sonrojo y la tristeza de su vida de clausura en la soledad del pecado, anduvo enfermo, sin familia, con un pudor adusto de tristezas, hablaba como si mascase su aliento, en el abejero del coloquio. Así se resignó a consentir en todo lo que más nos apesadumbra, y no se consiente sin una voluntad intrépida: a vivir solo. Únicamente la muerte le daría una jerarquía, una magnitud, que nunca obtuvo de la vida. Y hasta aquélla llegó, acercándose por los resecos caminos de la senectud.

Llevaba en sus entrañas, como teas incendiarias, las pasiones violentas: ambición desaforada por la libertad, lujuria tremante, y una soberbia epiléptica de llamas que subían a los cielos. Carácter díscolo y rebelde, recio y esquivo del redil; de espinazo de hierro, anduvo casi siempre ocioso y pobre, desorientado y cautivo de sí mismo porque fue radical en sus procedimientos, absoluto en sus dogmas, avaro del pensamiento propio e inquisidor de la opinión ajena; no sabía disentir sino acometer, pelear y mascullar su derrota. Y esa su ira... Ira de león, que deshuesa a dentelladas cuanto ve, sin mirar lo que despedaza. Ira de pasión, que cuando estalla conmueve las paredes de la hornaza del cuerpo; ira, que enrojece las mejillas y nubla los ojos, y turba la razón, y prende fuego en lo que es inocente, y pone en el platillo de la venganza más peso de rigor

que peso de injuria hay en el platillo del menosprecio; y se goza en derrocar pecho por tierra al ofensor, para humillarlo y acocearlo y herirlo, sin escuchar sus gemidos de arrepentimiento, sin atender a que en todo hombre, por más desalmado que parezca, se trasluce el alma que es imagen de Dios.

La dedicación a la prosa, sobre todo motivada por el medio social y por una gran ambición de sobresalir, le sirvió para estructurarla con dotes expresivos, con esfuerzo de autodominio y con impregnación experimental y realista. Insaciable prisionero de la perfección hasta poner en olvido la felicidad de sí mismo. Formador de ideas en un país en que aparecen pensadores a intervalos o de tarde en tarde.

El carácter siempre se transforma en obra. Lo burlesco es siempre expresión popular del humor, que al refinarse convierte todo en ironía, o se aguza y pule en sátira. Pero si sólo existe humor burlesco de raíz popular, es humor de groseros contrastes e injurias, capaz de arrancar carcajadas en complacencia de villano. El carácter extremista de Montalvo convirtió a su producción literaria en mordiscos de hidrofobia. Para conocer mejor su obra es menester bruñirla, apartándola de las circunstancias de carácter y persona. Los motivos primeros de la contienda dejaban de inmediato paso al rencor desnudo, al infundio, a la calumnia vil que, en fuerza milagreira del arte, adquirirían perfección suma y carta estética de naturalidad. El arte de los esclavos es la mentira. La polémica es hija de la cobardía y nieta de la violencia; es la forma gentil que han inventado los hombres cuando adquieren cierto pulimento en sus instintos. Montalvo pone el alma en la pluma, pero no siempre lo que dice o escribe es lo que piensa y siente.

Su pundonor, su orgullo que lo mantiene y exalta, lo impelen con violencia hacia los horrores del campo de Marte. La vanidad es una ley universal en el mundo de las almas, como la gravedad es la del cosmos. Todo se moriría de inanición sin la presencia de un átomo de esa “orgullosa modestia”. El espíritu tiene sus enfermedades endémicas. Entre ellas hay una que se anquilosa: la vanidad. La ver-

dad es que casi todos son fariseos: los envanecidos con las ínfulas del Procurador Romano, y los que lincean con el látigo del sarcasmo. A Montalvo hay que acercarse desbrozando esa crítica superpuesta que lo aísla y esconde; interpretando los signos macizos de su palabra duradera. El que conoce la obra del Ambateño, no conoce al pueblo ecuatoriano, y con éste la miseria y el renunciamento de todos los oprimidos; las horas trágicas y la voluntad de elevarse como estado soberano. Montalvo no pudo decir como Quevedo: “Conmigo llevo la tierra hasta la muerte”.

Todo en “El Cosmopolita” es amor a la fama que, cuando es legítima, según Milton, es la “postrer flaqueza de las mentes nobles”, razón por la que, en la hora histórica y actual, fácilmente se puede pontificar sobre la absolución que merece Montalvo, cuando el espíritu del mundo, naufrago de dos guerras, se hunde en la vorágine del mal.

Las tensiones propulsoras del mal: la soberbia y el egoísmo de la carne, no son defectos de un hombre o de un pueblo; constituyen hoy ideologías que se propagan y permanecen aun cuando desaparezca el hombre y opaquen la idea de Dios. Mal del individuo y de la sociedad. Hoy el mundo no se divide como antes en estados sino en facciones de lucha encarnizada. No sólo el Evangelio tiene valor universal, mas también la economía, la política, la moda, la sexología, el deporte, el arte... El ajedrez social es más complejo y el juego ideológico insidioso, en el tablero del mundo. Ya lo dijo Paulo VI “La religión de Dios que se hizo hombre pugna contra la religión del hombre que se hace dios”. Antaño el error y el pecado no consistían sistemas ni pirámides de base doctrinal, capaces de universalizarlos; mas hoy lo son, y con tal fuerza que los hermana y uniforma con la cohesión de una fe.

La utopía materialista, colectiva o personal, cree que el hombre puede exclusivamente regirse por leyes científicas, fisiológicas o económicas, con desconocimiento de la raíz libre del hombre, hecho a semejanza de Dios; pero que es también capaz de seducción ante el misterio demoníaco del orgullo y de la carne. Únicamente la Iglesia

puede luchar contra el egotismo y decir a la libido que no encenegue la vida; y al hombre, que no es objeto pasivo de las leyes históricas o instintivas, sino portador de valores trascendentes, y responsable frente a su destino. Por eso la Iglesia es menos jurídica y más vital, mientras el mundo ofrece a la sociedad las dos únicas posibilidades de convertirla en campo de batalla o en manicomio sin confines; sólo el torrente del costado de Cristo puede impulsar las norias sociales de la humanidad.

Montalvo, con alta tensión de alma y cuerpo, de goce espiritual y corpóreo agudo y horro de escrúpulos, de vocación literaria y amartelamiento por la política vernácula, con su genio de escritor no venció al ángel de la eterna lucha que le desgarró interiormente, y sobre esos suplicios de artista le fatigó el de Dios. No lo dice ni siquiera en sus silencios elocuentes de vergüenza y de soberbia para no despertar la conmiseración ajena. Pero busca en los libros, en el eterno refugio del descontento, el asilo a sus desdenes. Hombre de saltos de tigre, envanecido propagandista y creyente engañoso; Dios y la bestia se avecindaron en su carne, hasta con las sombras de la muerte estrangular esas sus pupilas sanguinosas. En su conciencia mística se desató la tempestad: exaltación y compunciones, humildad y orgullo, piedad divina y piedad por la mujer, luchó contra la muralla hecha por el pasado y que oprime al presente; pero al fin, cabalgando sobre el abismo del orgullo, expresó con Dostoyewski: “Necesito a Dios porque es el único ser a quien siempre se puede amar”. Esta fue la eterna melancolía de ahilada dignidad que cruzó como un escalofrío la gran lírica de su prosa.





IV. LA VIGILIA QUE DE LAS ARMAS HIZO DON JUAN

Mis arreos son las armas,
mi descanso, el pelear.
Mis camas, las duras peñas;
mi dormir, siempre velar.

Romance Viejo.

Quienes no me conocen
me toman con frecuencia
por un... panfletario

Georges Bernanos.

Todo el Siglo XIX fue para el Ecuador un estallido de energía, y pasó a la Historia como un modelo de lo que los hombres pueden conseguir y de lo que no pueden. Desde 1809 hasta 1830 la libertad e independencia laten en la entraña popular. Así lo reivindicó el Cantor de Junín, Homero de este nuevo mundo, poeta hemólatra de nuestra magna gesta de pujante albedrío. Luego vino la república con el vendaval de la ambición por el poder. Las borrascas políticas, los grandes movimientos intelectuales y la iniciación de las reivindicaciones sociales, como esa de la abolición de la esclavitud, los magnicidios, las sanguinolentas guerras civiles... sólo trastornaron la superficie social modificándola continuamente; mientras las masas, especialmente las indígenas, permanecieron en la inmovilidad absoluta. El indio aferrado a la gleba monótona y estéril, la clase media anclada en la miseria, el artesano debatiéndose en la enfermedad para la subsistencia... apenas si tuvieron la evasión del alcohol y el regazo de la Iglesia. Toda la colosal cantidad de cultura, evolución y ciencia del XIX Siglo no se aproxima siquiera al estatismo del dolor nacional.

La Iglesia, como prolongación e influencia de la Colonia, fue parte integrante en la ontextura de la nacionalidad ecuatoriana. El antiguo Patronato de Indias se trueca en los Concordatos. Un grupo de aristócratas, entre los que se contaban el Obispo de Quito y varios Sacerdotes, de Diciembre de 1808 a Octubre de 1809, proclamó la separación de la Metrópoli, que fue confirmada con un golpe militar y civil el 10 de Agosto de 1809, retificada por el Cabildo el 16 de ese mismo mes. Dominaba la independencia por fuerzas realistas el 2 de Agosto de 1810, las masas populares, por primera vez, se sublevan en Quito para ser asesinadas por la superioridad de las armas. En 1812 el español Toribio Montes impone “la paz” por una década.

En 1820, primero en Guayaquil y luego en todo el territorio ecuatoriano, estalla la independencia y culmina en el Pichincha de Quito. Luego el país entrega su cuota de sangre para la libertad del Perú y de Bolivia; y el 27 de Febrero de 1829 defiende la integridad de la Gran Colombia.

El 13 de Mayo de 1830 se proclama la República, ensayo democrático que, por lo pronto, le cuesta 15 años de sujeción al extranjero Flores. Desde 1845 Urbina sojuzga la política por un cuarto de siglo. Adviene García Moreno; su voluntad es ley desde 1858 hasta que el 6 de Agosto de 1875 cae abatido por “catorce machetazos y seis balazos”.

Posteriormente, el Capitán General Ignacio de Veintemilla impera siete años. Advienen luego ocho años de Constitución hasta la muerte de Montalvo. El Ecuador, enfermo consuetudinario, pasa siempre de los estremecimientos epilépticos de la anarquía al reposo letal de las dictaduras.

El siglo XIX fue para el Ecuador un ergástulo, donde sólo se oyeron los gritos por la libertad; oprimidos y opresores, fueron sólo los de la aristocracia.

Mientras la clase media, el pueblo y el indigenado se transforman en cariátides del edificio social. En cien años, fuera de la independencia por poder extranjero el Ecuador no obtuvo ninguna au-

todeterminación. La ineficacia de la clase dirigente, clero y nobleza, determina la burocracia y la calma chicha en la reivindicación social. La tensión de la angustia y desesperanza inició el estallido de la literatura de denuncia y la revolución social, en las primeras décadas del Siglo XX. Una sociedad con esclavos es una sociedad en guerra permanente.

En el siglo y medio de independencia, de incansables esfuerzos para reproducir la guerra civil, la revolución artificial del cuartelazo o el golpe de estado, no se consigue renovar al ser nacional, sino viciararlo, desconcertarlo y pervertir su espíritu cívico. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter se conserva ileso, y sale a la superficie cada vez con más pujanza. Los elementos de fuerza intelectual se pierden en infecunda soledad, o se aprovechan para el mal. No nos queda ni ciencia autóctona ni política nacional y cada vez recurrimos al genocidio cuando nos echamos ciegos y desesperados en los brazos acerados de la dictadura.

Ser católico en el Ecuador de Montalvo era vacar en la monotonía de la salmodia rutinaria, en la unción de masivas procesiones. La exteriorización de la fe ahogaba los rescoldos de la caridad. Semejantes a los católicos que escribieron a Fernando VII: “Lejos, muy lejos de nosotros la funesta manía de pensar”, lo admitían y tragaban hasta la mística rebotante de fábulas, capaz de sensualizar protestas de conciencia. Una liturgia en lengua extraña, barroca, que trata de ser impresionista, exprimía lágrimas de estéril compasión sin transformar la vida. Un ideal vago, presentido más bien que comprendido, llenaba los claustros de religiosos sin religión; ministros, directores lisonjeros y adulones, que nutrían a los fieles en la relajación y el error, por criminal condescendencia, en la conformidad, la ignorancia y la miseria que engendran el vicio. Y en su pos, las enfermedades endémicas del alma: el fanatismo, la intransigencia y la sed de lucha, formando creyentes plegariantes que, según Tolstoi, “harían cualquier cosa por los pobres, excepto dejar de aplastarlos”. El indio, ser entristecido por centurias de vasallaje y cuatrocientos años de cris-

tianismo, dormitó perezosamente, generación tras generación, a la sombra de la Iglesia. ¡Azares en la vida de los pueblos; prosaico juego en el transcurso de los siglos, que en lugar de destruir, afirma la certidumbre y la perpetuidad divina de la Iglesia de Cristo!

Montalvo ha regresado del viejo mundo al Ecuador, escenario de vida y pasión. Nuevamente el silencio, el campo y el estudio darán la última lima en aguerrido espíritu.

En la imprecisa e incitante penumbra, se atisban los fines dignos que un hombre templea en su vida, la salvación, la sabiduría, el amor, la fama, el poder.

Montalvo mientras sorbe, infatigable, libro tras libro, sueña nuevas vidas a través de las páginas. Si se ha de juzgar por la inicial producción escrita, cuatro son las ventanas que mostraron a Montalvo prometedor futuro: el estilo, la poesía, el mundo clásico y la historia. El humanismo primero, y el romanticismo después, le enseñaron a saciar en el pasado los anhelos que el presente despierta y enciende. Dos son las grandes conquistas que para Montalvo hizo la antigüedad clásica: la verdad natural y la belleza. Se dará a inventar, luego, inéditas formas de expresión de vida y de pensamiento, en cuyo entresijo se hallan creadora y unitariamente implicados el dogma católico, la fresca cosecha renacentista, la posición liberal en los senos indeficientes del piélago antiguo y las notas diferenciales del genio intelectual y místico de España. Está armándose para la pelea, con dureza y tenaz energía para hacerse fuerte, ora lidie contra las dictaduras, ora increpe a los inquisidores de libros y de ideas.

Nada se aprende si no es por pasión, por este estremecimiento espiritual que en el alma del que inicia se transforma en problema. Pasión y problematicidad fueron dos vivencias fundamentales en la vida intelectual de Juan Montalvo. No será pensador sistemático; pero sí, un lector inteligente, cada vez más instalado en su tiempo. Ese tiempo suyo que le ofrendó un repertorio de ideas, de las cuales su mente rechazaba unas y aceptaba otras. Tales ideas provenían, a veces, de supuestos poco acordes con la verdad indefectible del dogma.

El mismo confiesa, tanto en las agrias polémicas con los redactores de “La Patria”, y en las mantenidas con José M. Espinosa, como a lo largo de toda la erudición de sus escritos, calificada por la crítica de “añeja”, que tomó el giro y autenticidad de la frase castellana gracias al estudio asiduo y dedicado a los místicos del Siglo de Oro Español.

Sobre los muros de bronce de la razón y de la fe, elevados para defenderse del cerco impuesto por las sutilezas de la herejía, del racionalismo griego y del panteísmo de la filosofía árabe, se elevó como áurea cúpula la mística cristiana, que transportó al Apóstol hasta los primeros cielos; que endulzó la boca de los mártires con himnos y aleluyas de triunfo; y que transformó en mansiones de gloria divinal las destruidas cisternas, los sepulcros vacíos, los añosos troncos; y en jardines, los ardientes desiertos de la Tebaida, de la Nubia, del Sinaí.

Mística exenta de palingenesia, de los sacrilegios de la teurgia, del eclecticismo alejandrino, pudo despedazar las cadenas de la materia y ceñir al hombre con las alas del espíritu. Mística que rebasó en el gigante corazón de Bernardo para hacerle preferir el silencio de las hayas del Claravalle al estruendo de las armas heroicas y al galopar de los cruzados que se descolgaron de Europa sobre el Asia, que inebrió de deliquios amorosos al Poverello de Asís, hermano de las cosas, de los lagos, de las bestezuelas del campo y de la pálida muerte corporal; mística, en fin, que hincó el dardo de oro en el corazón reformador de Teresa de Ávila hasta hacerlo dormir en el ocaso del alba de Tormes.

Juan Valera y Miguel Mir, diestros en el comercio con la mística castellana, aseveran que a los autores devotos del Siglo de Oro, debe la Literatura Española sus más bellas páginas y nuestro léxico los vocablos más sonoros y castizos. Estos escritores conceptúan a la mística como la ciencia que, por el amor, transforma al hombre en Dios; ciencia del amor para alcanzar la plenitud del Amor, por los caminos del amartelamiento. La que manda a querer a todo lo criado, no por egoísmo, sino con afecto puro y limpio; que se use, pero que

no se abuse de las criaturas; que ninguna de ellas detenga al hombre, sino más bien lo transporte a Dios. Así, el místico se abre a un mundo de extrañas sensaciones que le calan hondo porque su alma estuvo preparada para el milagro.

Un horizonte inmenso, tan dilatado como el cielo y la tierra, se le presenta en perspectiva, y el espíritu se nutre en la consideración de este su destino de amor. Es la música callada que nos habla San Juan de la Cruz, hecha realidad en la naturaleza y fuente de gozo para el místico, que reconoce a cada paso la huella que Dios imprimió en las criaturas como un perfume de sus manos creadoras.

Aferrado, entonces, el hombre al sentido sobrenatural de su vida, descubre en sus fuerzas naturales un manantial de alegría que inunda su vida propia, que salta hasta los demás y alcanza hasta Dios. Aunque la sociedad o las circunstancias que rodean al hombre le presentan un hosco aspecto de agresiva tristeza, la ascética de la lucha le enseña a alimentar en su interior la alegría de una vida bella y elevada.

Al parecer éste debió ser el secreto de la serenidad del gran batallador y odiado Montalvo. De su vida interior profunda y fértil sacaría las creaciones con que inundó el arte de la palabra bella. Y si fue volcán que arrasó con lava la honra, vida y soberbia de los déspotas, él debió quedar tranquilo y sereno en el lago de su espíritu donde gustaba reflejarse Dios.

Los místicos se conocen a sí mismos con perfección. Saben lo que son, porque se han metido dentro de sí mismos muchas veces sintiéndose iluminados interiormente; y al reconocerse a sí mismos ven con más claridad lo que son todas las cosas que los rodean. Ven la verdad con mayor perfección. La aman porque son sinceros y sobre todo la expresan con valentía porque a nadie temen y de nadie esperan.

Aquellos grandes amadores se vieron forzados para hablar de cosas suprasensibles, jamás vistas ni imaginadas, a buscar y crear, aun sin pretenderlo, nuevos, altos y sobrehumanos modos de dic-

ción, que con ser tan peregrinos, lejos de alterar la clara transparencia del lenguaje, purificaban y encendían e iniciándolo en secretos del alma y en misterios de la eternidad, acrecentaban sus riquezas y doblaban sus prestigios. Los místicos, dice Menéndez y Pelayo, cuyas lenguas eran llamas, llevaron la elocuencia castellana al grado más alto a que pueda la lengua humana, convirtiendo la nuestra en la lengua más propia para hablar de los insondables arcanos de la eternidad y de las efusiones del alma, hecha viva brasa por el amor... Porque la mística castellana libre e inmune de todo resabio de quietud y panteísmo, corrió como generosa vena por los campos de la lengua y del arte, fecundándolo todo.

Montalvo, un ser extraño que se había encerrado en el silencio, al ser arañado descubrió en seguida una vena de hierro. Caminó solo, casi como caminan los sepulcros en las inestables ondas del desierto. Vino de la misma veta que el de la Triste figura. Era una ansia y un vivo afán de odiar y combatir el mal. Nació para ser soldado; y en su milicia interior mantuvo enhiesto el principio de: “¡Nunca servir a señor que se me pueda morir!” Puso su mirada en Dios y: “¡Santiago, cierra España!”. En la doctrina mística, en ese gesto de renunciación ante la utilidad, de altivez irreductible frente a la soberbia de la vida, de libertad en los cerrojos de la pobreza, Montalvo encontró la fragua de Vulcano para templar su tizona. Y de esta salieron esas centellas que alumbran inmortalidades, como ejemplos de luz y de fuerza y de estética: “El Padre Yerovi”, “El Cura de Santa Engracia” y el “Poemario a la Virgen de Agua Santa”.

Frisa con los 22 años, mas su espíritu se encuentra revejido. Una pertinaz misantropía y nomadismo ambulatorio se apoderan de su ser en crisis. Comienza el errar sin rumbo por los solejares, los vergeles y el injertal; se asoma a la vorágine de la cascada Inés María y Agoyán, por las vegas del Puntzang, las estribaciones del Ulba, los jardines de Miraflores, y por orillas tapizadas del Pastaza... A veces lee bajo la fronda de las capulicedas, o se entrega a la contemplación de bruces sobre la alfrombra de los tréboles; ora se queda absorto al

cantarino rumor de los arroyos, ora mira cómo, calmadamente, los ríos avanzan hacia el vado. Ya calma la sed en el licor de las vertientes o en el suco sacarino de las frutas. La silenciosa hermosura del paisaje le obsesiona; la soledad sonora de los campos es música concertada para ese espíritu asombrado, ahíto de muchedumbre, ávido por sorprender el secreto de las cosas. Sólo en ese reposo la naturaleza se le entrega labio a labio. Ese silencio dinámico forja su espíritu. Deambula triscando de cacería en cacería para la cual dicen que sintió irresistible instinto y poquísima habilidad. El desierto ama a los desasidos de sí, los nutre de ideas y los empuja a la acción; con el látigo del verbo Dante no habría flagelado sin el ostracismo de Florencia; el castillo de Maqueronte no estremecería sus cimientos sino ante la voz del salvaje hirsuto salido de las arenas del Midbar; ni la Historia del Ecuador se habría transformado sin los paréntesis gestadores y silentes de Montalvo.

Trasplantan a Montalvo a París, Suiza, Roma... el escenario cambia, pero el hombre es el mismo. La tristeza se vuelve tenaz, sañuda, en ese americano que camina sobre las tumbas de la Vía Apia, por las viejas calles que van desde el Arco de Tito hasta el triunfal de Constantino orilladas por el templo de las vestales, las columnas de Cástor y Pólux, el Senado, la tumba de Julio César, las gradas del Capitolio, por las que chorreó la sangre del Emperador desde las fuentes abiertas por los puñales de Bruto, Casio, Trebonio, Casca...

Arropado con el manto de su pena, Montalvo se desliza por las arcadas de la Historia: la Roma de los Papas del Renacimiento; Sant Angelo como una fortaleza lista a vomitar la muerte por la boca de sus apagados cañones; el vaticano con la "Pietà" y los dombos de Miguel Ángel, San Pedro Ad Víncula escondiendo el misterio del "Moisés", pleno de tempestades y del poder de Jehová; San Pablo extramuros con sus bosques de graníticas columnas. Quedan las huellas de Montalvo en los alrededores de la "Cittá"; en la Villa Borghesse, en la de Adriano, en la D' Este, en el Esquilino, el Quirinal... en la Roca Tarpeya.

Llora sobre las aguas del Tíber, en las Fontanas de Tréveris cuyos reflejos cerúleos adormilan la honda paz del alma. Ora en el Panteón, de cúpula abierta para que escapen las alas de la plegaria. Lugares, ruinas, collados eternos, restos venerandos olorosos a laurel y gloria; campos y templos mustios de historia, que recogieron la sombra del taciturno romero de Ambato.

Luego, en el luto de la noche habla con las sombras de las catacumbas de San Pancracio, de San Calixto, de San Sebastián; siente que el pensamiento, al igual que el trigo, debe ser triturado en el surco fecundo del martirio para florecer en redención; y, allí, respira entre tanta podredumbre, un olor a Historia que florece.

Por último, al canglor de los gallos que anuncian la floración rosada de las auroras, asciende los círculos concéntricos del Coliseo para oír cómo ruedan las risas y vítores de la crápula de los Césares, de sus áulicos, de los quírites, de la plebe que presencia el estertor jadeante en la arena; “¡Ave, César Imperator, morituri te salutant!”. Y asqueado del hombre-masa, de la tremenda bestia pensante, de la degradación infrahumana, sube el Aventino en pos de las estelas de Bolívar, mientras el sol corona la cúspide del monte con una gloria de luz. Es verdad que Bolívar no había arado en el mar; pero el hombre americano, el hombre ecuatoriano, son esclavos aún de la miseria, del error, de la ambición de sus semejantes; si él, Montalvo, escribiera por ejemplo un libro sobre el indio, “haría llorar a la humanidad”. Y siente, de repente, que él, como Bolívar, nace para chafar las sombras, para el epinicio de la libertad; pero antes tiene que afilar en la luz el estilete de su pluma para clavarlo en la injusticia.

Y marcha, en línea recta, hacia la mística española que es tan realista como un diamante que despidе luces y emborracha con su esplendor. Dentro de ella le espera Santa Teresa, en el monte Carmelo que señorea tierras y mares, alumbrado por el sol del Oriente; hacia el sosegado soto, a riberas del Tormes, adonde le llama Fray Luis de León para hacerle oír la voz de la naturaleza entera y hacerle ver la claridad de la noche oscura y castellana.

Este primer envite le enardece y le encamina para toda la vida. Su erudición, debida al hambre de leer y a la portentosa memoria de que el cielo le había adornado, y su ingenio artístico de escritor, fueron sus armas. A la manera de los humanistas hispanos, devolvió al léxico literario un sinfín de voces vulgares, arcaicas y castizas, que habían quedado afuera sin pasar por la aduana versallesca del Siglo XVIII, con haber arreado y enriquecido los escritos de los siglos anteriores; lo que zoilos zarramplines creen que el ajustarse en el estilo al molde de los Granadas y Rivadeneiras no es más que pretender engalanarse con sudarios de muerto, como el lenguaje de Don Quijote, no entendido por las damas de mancebía, de donde extrajo aquel estilo vivo y galano, realista e idealista, todo de una pieza; y sin embargo, estilo trabajado, como todo estilo artístico que Montalvo adquiriría en los clásicos, en los místicos; pero lo escribiría casi sin tener que retocar, con la vena corriente del agua viva que brota y salta sin embarazo del manantial.

Los místicos descubren el rostro de Dios detrás de cada piedra y de cada nube; en las gotas de rocío y en cada flor. La mano de Dios se posa en la alegría y el dolor. Sus huellas están en todos los seres y cosas del mundo y, como decía el libro de Gar-Mar, las estrellas son el polvo que levanta el carro de Dios al galopar por el universo.

Prodigiosa personificación, las más cumplida y gloriosa de nuestra literatura; descuella en las letras con soberana grandeza, y sus obras han prestado tan claro testimonio de la rica fecundidad de su ingenio, que huelga todo artificio de preámbulos y encarecimientos; y, hoy, la sola discusión de sus méritos es indicio patente de escásima cultura y de falta de sentido.

Como centuplicando el cúmulo de energías reconcentradas en tan portentoso espíritu, agrégase una erudición rayana en lo fenomenal, sin el carácter escueto que distingue a la de los rebuscadores de oficio; sino al contrario, con esa magia e inspiración secretas con que el artífice de raza recoge y prefiere de entre las formas vivas aquellas que brillan con más enérgicos destellos de belleza y las que

expresan cabalmente lo que palpita en su imaginación; juntándose además un alma en donde parece que los antiguos genios viven en amorosa alianza agrupados, para cincelar esos períodos de tersa e inmaculada blancura y de solidez marmórea, en los que campea la belleza con imperatoria majestad y brillante magnificencia.

En los escritos de Montalvo sorprenden igualmente, la asombrosa exuberancia de enseñanzas históricas, los tesoros riquísimos de material filosófico y el caudal incomparable de doctrina literaria; todo ello eslabonado por no se qué red de nervios y vigorosa trabazón metódica que arranca siempre de las ideas madres y desciende hasta prender en sus mallas de acero el detalle nimio; todo engalanado por la imperial y ondulante púrpura de su estilo, en el que revive la hermosa elocuencia clásica del nobilísimo Fray Luis de Granada, con aquella profusión de imágenes resplandecientes con luz de vida y de belleza, de calificativos los más trágicos e inspirados, de cláusulas numerosas y solemnes, de esas intuiciones moldeadas en solo una frase, y que abren amplios horizontes al pensamiento y con esa opulencia de dicción castiza, tal como fluye limpia y caudalosa de las obras del insigne maestro.

De aquí proviene la atracción tan enérgica que ejercen en el ánimo del lector todas sus páginas, y el impulso secreto con que el autor se apodera insensiblemente del juicio ajeno, subyugándolo al poderío de sus razonamientos e infundiéndolo de modo tan callado y misterioso su propio sentir. Podrán sus palabras diseminar apreciaciones expuestas a discusión y disenso; pero siempre se las ve partir derechamente de su corazón a sus labios, sin ladearse ni rehuir el roce de los muchos obstáculos que se interponen entre el pensamiento y la pluma del polemista, y siempre como expansiones genuinas de un sentimiento o de una firmísima convicción.

Exígrese una visión panorámica sobre los trabajos del escritor, que aparecen entrelazados por una común tendencia y son como segmentos de un círculo de investigaciones y materiales, que, si bien bastan a manifestar el empuje soberano de un ingenio prepotente y

robusto, adquieren carácter de más levantada grandeza cuando se los admira como materiales ya cincelados y aptos para juntarse con un solo organismo científico. De este modo asistiríamos al creciente desenvolvimiento de una inteligencia de regia estirpe, siempre ansiosa de más alta soberanía, desde sus juveniles tanteos y sorda lucha por vencer las rebeldías de las primeras ideas y el esfuerzo penoso, a fin de ablandar y fundir sin trabajo la plasticidad de la palabra, hasta las íntimas y generosas complacencias secretas que brotan en el espíritu por la contemplación de la obra maestra culminante y acabada en que ha infundido su autor la luz más intensa y pura de su mente, la savia más viva del alma, la obra, en fin, que marca la plenitud de su vigor, y la sazón perfecta de su ingenio.

Toda esta vida de gloria y de arte se aja con el aliento del orgullo y se quiebra con el huracán de la tristeza. La soberbia es el incienso del que se sirve el Doliente Don Juan para aromatizar en idolatría los altares de sus ridículos dioses. Y mientras palpa el dulce rumor, que las hojas, movidas del aire, en el frondoso cedral levantan; y contempla los saltos de agua, que con muy grande golpe se derriscan, a los cuales naturalmente les acaece precipitarse de ese modo, supuesto el desnivel de los suelos, que soportan lozanos trigos de cabeza de oro que revientan de gruesos... del alma de Juan el Doliente se levantan también villanísimas bajezas que le martirizan con dolencia y languores de crucifixión.

Echa muy lejos de tí la tristeza, dice el Sabio, porque ha muerto a muchos, y no hay en ella provecho alguno. Con la tristeza y acedía espiritual cobra el ánimo tanto tedio y hastío a la virtud, que está como dormida, inhábil y torpe para todo lo bueno. La tristeza hace al hombre desabrido y áspero, mueve a ira y enojo; “donde hay amargura y melancolía no hay juicio”. Lo que hace la polilla en la vestidura, y el gusano y carcoma en el madero, eso hace la tristeza en el corazón del hombre. Caín y Judas fueron manjar de la pena. La muerte, y la muerte eterna viene con la tristeza. Cuando hay pesadumbre en la voluntad y pereza para el bien la alegría desfallece, mientras la

tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazón. Los hijos de Israel en el destierro de Babilonia decían, ¿cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena? La tristeza nace del amor al mundo sin poder fruir de su posesión. La soberbia, el amor propio, voluntad y juicio personales, el deseo de la honra y estimación, y del deleite y comodidad, producen la tristeza. Para desmelancolizar y alegrar se necesita aprender la humildad del Corazón de Cristo.

Es propiedad y condición natural del mal causar tristeza y dolor en el alma. Caín y Judas traían consigo una ira y una rabia interior que los hacía andar tristes y cabizcaídos: echábaselo bien de ver en el rostro la tristeza y amargura interior del alma. “Si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar... Más, si obras el bien recibirás contento y alegría”, así Yahvéh amonestó al primer fratricida. Séneca decía que la mayor pena que se puede dar a una culpa es haberla cometido, por el tormento grande con que la conciencia se remuerde. El bien quita y deshace todas las tinieblas y amargas del corazón, como el sol cuando nace destruye los nublados. Los juicios de Dios y su cumplimiento son más dulces que el panal de miel. Los mártires salían a la audiencia y al tormento regocijados, y en sus rostros aparecía no se qué divinidad; sus prisiones los hermo세aban como collares de perlas, y de la suciedad de la cárcel surgían olorosísimos a Cristo y a sus ángeles, y a sí mismos, como si no hubieran estado en cárceles, mas en jardines. Cantaba el Salmista, al son de la cítara: Para los justos nació la luz, y para los rectos de corazón la alegría; pero las tinieblas, oscuridad y tristeza, esa es para los malos.

El crimen que el hombre no expía, le separa para siempre de su autor, esto es, del soberano bien y de la verdad soberana. Rechazado desde entonces en sí mismo como en un primer infierno, hundido dolorosamente en la noche de sus pensamientos, en el vacío inmenso de su corazón en donde el mal germina, ¿qué le queda después de su caída más que una irremediable corrupción, y la sentencia de muerte que aniquila en el fondo de su alma la esperanza misma? ¡He

aquí el hombre! Vedle en toda su miseria, en toda su debilidad, en los sufrimientos del cuerpo, en las tristezas del alma, en la congoja y el abandono, en el aprobio y en la burla, en la vanidad de sus grandezas, en el tormento de sus pompas, que no cobran sino heridas; en la agonía de su poder, en la nada de su vida. De la corrupción del orgullo nace la corrupción de los deseos, y el corazón se deprava. Y la muerte que llega, por doloroso camino, es eterna como su crimen, como la justicia que lo castiga, eterna como Dios mismo. El orgullo odia y es siempre triste. La paz es la leticia del amor. La fe debe preceder a la inteligencia, para que la inteligencia sea el precio de la fe.

Montalvo, sólo al subir al Calvario, por el dolor de la muerte, supo que su libertador le había precedido, y con la catarata del sonido del “Aleluya” de Händel, inició el cántico eterno de la alegría que para él sólo comenzó en los cielos.





V. LANZA AL RISTRE

El verdadero, único y más hondo tema de la historia del mundo y de la humanidad, al cual están subordinados todos los demás, es el conflicto entre la incredulidad y la fe.

Goethe

La Filosofía es el vínculo de todas las ciencias porque las integra, las ordena, les da sentido; y reina en todo el saber, mediante la potencia y autoridad de la razón. La misión propia de la Filosofía es marchar y moverse en busca de la verdad. La investigación perseverante, profunda, consciente de la realidad objetiva y de la verdad absoluta, constituye la función especial y característica de esta suprema conciencia del espíritu.

Las acciones del hombre nacen de sus convicciones; los hechos son expresión y resultado de las ideas; y la historia de los pueblos, estados e individuos, expresa la evolución del pensamiento humano. Obreras silenciosas, pero infatigables y activas, las ideas son las que preparan y afirman, dirigen y constituyen el movimiento de los hombres y de las naciones; son las que determinan el hecho histórico y social que se llama civilización; y ésta, como forma la más amplia y comprensiva del progreso humano, procede ante todo, de la ideas. De aquí que la Historia de la Filosofía es la misma historia del pensamiento, de la cultura y de la civilización del hombre.

Montalvo no es un filósofo original, con la originalidad usada en los tiempos modernos; con esa originalidad que sólo pretende inventar sistemas o editar tratados, que prescinde de la verdad y realidad y que, dando rienda suelta a la imaginación se complace en construir, más o menos bella o sistemáticamente, pero sólo en forma subjetiva, fantástica, sin base sólida en la realidad concreta. Montalvo posee en cambio la visión orientadora, el conocimiento de la ciencia, la originalidad que derrama vivos fulgores sobre la verdad,

que conserva, afirma y aumenta el patrimonio intelectual de la cultura; porque en el terreno propiamente filosófico, en las ciencias metafísicas y éticas, no cabe más originalidad que esta, sobre todo después que la corriente cristiana las estudia por dieciséis siglos.

Sabido es que Montalvo se aparta de la doctrina de Santo Tomás en cuestiones de escuela, que tiende un tanto al escepticismo de Montaigne, y al sentimentalismo de la escuela escocesa.

En el pensamiento montalvino entra el empirismo de Locke y Condillac, así como el psicologismo cartesiano. Montalvo no es un filósofo en el estricto sentido de la palabra; es más bien un escritor que, en la originalidad nativa y en la fuerza inmensa de su talento, comunica y empapa en sabor filosófico los problemas religiosos, políticos, sociales y teológicos que renueva y discute. Pero por las magnificencias de su estilo, por la elevación de ciertas ideas, por la profundidad del pensamiento y por las súbitas y luminosas fulguraciones del genio, exagera y desfigura el criterio filosófico, hasta tomarse a veces en “sofista brillante” y caer en el sentimentalismo escocés abriendo las puertas del escepticismo.

Para juzgar con acierto a Montalvo, en este tema y en el de la Teología, (teólogo lo llamó Juan Valera), no basta con atenerse a las reglas generales de la crítica, según las cuales el sentido real de una frase debe determinarse en relación con los antecedentes y consiguientes; es preciso, además, no perder de vista que pertenece a la ralea de escritores cuya palabra suele a veces ir más lejos que su pensamiento, porque a ello son arrastrados por su marcada y espontánea predilección por las fórmulas y tesis absolutas.

No se lisonjeó Montalvo de fundar en filosofía pero examinó sus cuestiones fundamentales y las aplicó a la sociedad, al estado, a la historia. Se distinguió por la unidad y amplitud de sus concepciones; cuando trataba temas filosóficos difíciles y complicados los reducía a simplicidad allanándolos, desde un punto de vista elevado, fijando una idea principal que comunique luz a todos los otros. Nada de dilatados razonamientos ni rodeos; el pensamiento claro, eso sí en pe-

ríodos jocundos de frase castiza, en la que en cada palabra engasta una perla.

Tomás de Aquino brotó de la oscuridad, en los albores de la Edad Media, y fue la luz de ella. Con el imperio de la verdad sojuzgó la rebelión de la anarquía. Esa su doctrina se impuso hasta en los confines de la tierra, y todo el Cristianismo se convirtió en discípulo aprovechado. Aún hoy las generaciones meditan y comentan sus sentencias.

Su nombre, como el sol, es centro de un sistema, alrededor del cual los más poderosos astros de la Filosofía proyectan sus órbitas, gravitando siempre hacia él, bajo pena de precipitarse en los senos vacíos de la nada.

Mas tantas nubes amontonó la soberbia sobre el haz de la tierra, que veló al Sol de la Filosofía. Y la razón ciega se guió por los fosfóricos destellos de Descartes hasta el desierto del error, hasta la sima misma de la negación de su real origen y grandeza. ¡Triste arribo tras tan fastuosa deserción!

El “Discurso del Método” soterró en los surcos de la duda a los escépticos e idealistas: Hume y Berkeley tomaron de él la sinrazón de sus negaciones. El concepto cartesiano de substancia dio pie a Spinoza para desbrozar el estrecho horizonte del panteísmo. Hobbes y Bentham extrajeron de ese filón las premisas del utilitarismo, asesino de la moral. Al destruirse así el supuesto humano tanto el sensualismo vergonzoso como el degradante materialismo y el espiritualismo falso levantaron la tapa de los sarcófagos griegos.

Locke, Condillac, Reid y Hamilton mutilan el concepto de la naturaleza del hombre, mientras Malenbranche y Leibnitz plagan de errores ocasionalistas y armónicos. Adviene, por último, como síntesis de las desviaciones anteriores “el ideologismo” que camina por todas las gamas de la descompuesta luz filosófica santificando ora al idealismo trascendental ora al positivismo materialista; Kant y Hegel, como Compte y Littré, no necesitan otras premisas que las de Descartes para deducir desoladas consecuencias, cuyos funestos re-

sultados se precipitan en Schopenhauer, en Nietzsche y en el Fascismo, necrófago de hecatombes mundiales.

Al fin, el árbol de la ciencia del mal da sus frutos de muerte y maldición. Rotos los diques de la razón y los moldes de la verdad, conculcadas las leyes naturales, socavados los principios ontológicos del ser y rechazados los fundamentos lógicos en los que jamás prosperarían los sofistas... La corriente racionalista arrolla a los blandengues espiritualismos de Fichte y de sus secuaces que en vano pretenden detener al torrente que, desbordándose por el campo de las ciencias, las precipita en el mar de la negación social. Sobre esa vasta destrucción, en ese cadáver de la civilización moderna, proliferan libremente los bacilos evolucionistas de Darwin, los fantasmas acomplejadamente sexuales de Freud, las miasmas proletarias de Marx y la reflexología animal de Pavlov. Y todos estos planteamientos filosóficos, políticos, sociales e instintivos incendian la guerra del 14, la revolución del 17 y la matanza inhumana del 43.

Inmerso en ese trastorno filosófico del Siglo XIX vivió Montalvo, removiendo ruinas pardas, cuyos postreros reflejos no fueron sino estertor de venas en las que se apagó para siempre el latido de la vida.

Viejo es el apotegma que la crítica mantiene al estudiar el ideario de los hombres célebres a los que tiene que juzgar según la época en que vivieron, y no según aquella desde la que se los juzga.

Los comienzos del Siglo XIX amanecen con el “Genio del Cristianismo”, protesta viva contra el neopaganismo social, literario y religioso, y desde este camino de retorno de la mente hacia Dios, se inicia también la reacción de la polémica cristiana en la Filosofía y en la ciencia. Bonald, de Maistre, Bergier, Pasteur y Frayasinous son los primeros representantes de esa restauración, continuada después por Ampere, Lamennais, Lacordaire, Montalambert, Graty, Ozanan... ¿pór qué fue menester una actualización de principios cristianos ya demostrados y antaño imperantes?

El pensamiento, después de haberse enriquecido con el cristianismo, apostató. De Filosofía teocéntrica que fue la medieval, se hi-

zo egocéntrica. Descartes socavó los cimientos de esa filosofía; Kant golpeó a la metafísica e hizo del sujeto el centro del ser; Hegel deificó a ese subjetivismo; Hobbes y Comte negaron todo valor ontológico al pensamiento humano. Dios fue confinado en el panteísmo, que es un ateísmo cortés. La crítica, al negar al hombre la capacidad del pensamiento suprasensible, lo hundió en desesperante escepticismo; y, como lápida sobre un muerto, la Psicología, irrumpió contra la espiritualidad y substancialidad del alma, diluyó la libertad del hombre en un devenir absoluto y necesario del espíritu o de la materia; esto determinó la destrucción de los valores éticos.

Aún más, el Siglo XIX heredó la sustitución de los talleres familiares por los individualistas del liberalismo, defendidos por el positivismo psicológico y por Adam Smith, que llevaron a la ruina a la clase obrera. Apareció la protesta del socialismo teórico que se corona en el Siglo XX con el positivismo sociológico de Durkheim. Surgen, pues, Saint-Simon, Fourier, Proudhon y Blanc, cuyas doctrinas apenas cobran auge en nuestros días; por supuesto, el comunismo aprovecha las ideas del socialismo para formular su doctrina, que pertenece en forma íntegra a la Historia de la Filosofía Contemporánea.

Pese a la mentalidad ecuatoriana de nuestros días, formada desde la década de los años treinta, no es posible exigir a Montalvo que su pensamiento filosófico mantenga ribetes de Marx, Engels y Lenin. El “Cosmopolita” tuvo, que habérselas con corrientes diametralmente opuestas; y gracias a su sindéresis pudo rechazar el ateísmo y adoptar un cristianismo sin ritos y exento de sacramentalismo.

Pedro José Proudhon, con aspereza de pensamientos, fórmulas imaginativas y metáforas blasfematorias, se apoderó de la popularidad; y aún de aquellos que ni siquiera conocen sus escritos. Aplicó la lógica a la filosofía racionalista, principalmente a la ética, a la política y a la sociología. Su obra es la cúspide de la evolución positiva de la razón.

Montalvo, mozo zahareño, en cuyo seno arden las ideas, como en las calderas volcánicas el magna hecho ascua, tropieza en París

con el fenómeno del socialismo que traza una antropología en la que el hombre y el universo quedan asumidos en el animal. Y luego de presentarse como un ideal de justicia e igualdad, predestinado a realizar la transformación social, a redimir a la humanidad, surge como una verdad absoluta, como único sistema verdadero. El americano es digno adalid del enemigo del sistema económico, del maquinismo y de la libre concurrencia. Además de estudioso, en Montalvo la pasión por la verdad vibra, palpita, gime y ruge; a veces llora o canta; él que paladea todas las delicadezas, los entusiasmos, los heroísmos de la pasión y hasta las bellotas de la piara de Epicuro... es digno contendidor del colectivista francés. Así nos cuenta “El Cosmopolita” en “Visitas de un Incógnito” con intensa voluptuosidad estética.

PROUDHON.- Al hombre le gusta abstraer y su cultura radica en abstracciones vanas del entendimiento; la providencia, la inmortalidad del alma y la vida futura no existen. “El primer deber del hombre inteligente y libre es arrojar continuamente de su espíritu y de su conciencia la idea de Dios; porque Dios, si existe, es esencialmente hostil a nuestra naturaleza”.

MONTALVO.- Durante la pasada centuria y en el lapso de la presente, el cristianismo ha sufrido embates tan violentos como continuados, no sólo de la fuerza brutal de la revolución del 89, sino de la idea racionalista latente en los sistemas desde Kant hasta Haeckel. Todos los errores se hallan incubados en el criticismo de Koenigsberg, en el “etwas” nouménico, cuya realidad objetiva y trascendente es inaccesible a la razón. El positivismo está en su perfecto derecho de pretender que la experiencia puede alcanzar las realidades de las cosas; y de que las verdades metafísicas equivalen a combinaciones de ideas sin sentido real y sin valor objetivo.

La verdad, esa adecuación del entendimiento con el objeto, a fuer de ecuación fundamental es la única estrictamente humana, es toda realidad existente o posible, material o espiritual, abstracta o concreta... Lo esencial del objeto, que es el término del entendimiento, es su independencia del acto del conocimiento, lo que pre-

cisamente determina una distinción real entre sujeto y objeto, de tal manera que entre los dos ni puede haber convertibilidad, ni confusión, ni mucho menos identidad.

Kant y sus imitadores confundieron al objeto con el acto mismo del conocimiento; los empíricos, trataron de minimizar la verdad al reducir el objeto a los datos de la experiencia; el idealismo objetiva el conocimiento en el fuero interno del sujeto y se torna impotente para explicar la bipolaridad de la verdad cognoscitiva. La noción y la existencia del ser son necesarias para la concepción de la verdad.

Tu pensamiento, Pedro José, limita el campo de la verdad al sostener que la esencia noumenal nos es desconocida absolutamente. Te clausuras en un puro fenomenismo al sostener que sólo se perciben puras representaciones, controladas con criterios subjetivos; o tú niegas la posibilidad de la verdad científica y filosófica. La sensación no es el único manantial del conocimiento; la inteligencia rebasa el radio de acción de los sentidos, y hay objetos de los que ni siquiera se puede decir que sean conocidos en forma sensorial. El mismo entendimiento es fuente específica de conocimientos.

La inducción conduce de las singularidades de la experiencia a la universalidad de la verdad; así se forma un concepto con los datos de la experiencia. Inducir es enfrentar, penetrar en proposiciones universales, relacionarlas con sus causas, con las leyes, con la naturaleza de los fenómenos, partiendo de casos particulares, de experiencias concretas.

Es necesario que la mente humana conozca los principios necesarios para la génesis del proceso inductivo: las causas metafísicas, las suficientes, las físicas. Tu alma es desdichada, Pedro José, porque pretende ignorar las causas; por eso será eterno el hexámetro del Mantuano, por honrado, leal y bello:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas (2)

.....

“Yo soy el que soy” dijo el Ser de soberana hermosura y tremenda majestad; del que Leibnitz dijo como oración, que si era posible luego existía; argumento tan hondo que sisa palabras a la lengua para que rompan el alma las cataratas del entimiento. “Yo soy el que soy”, porque es la flor de la belleza, lo puro de la luz, lo suave de la bondad, lo sumo de la altura, lo gracioso de la liberalidad, lo acertado de la sabiduría, lo poderoso de la fortaleza, lo claro del resplandor... Platón sufría al decir que “tan dificultoso era hallar al Creador del universo, como después de hallado hablar dignamente de Él”. Los seres contingentes, todo movimiento real; la causalidad, orden y finalidad existentes en el mundo exigen un Ser Real, Necesario, Motor Inmóvil, Ser Inderivado, Inteligencia Pura: Tal es Dios. Confieso que no lo puedo comprender, pero deseo alabarle.

Encubre en Sí su grandeza, pero la muestra en todas las cosas, porque es tan inmensa que no la puede encubrir en sus obras, y así todas están llenas de ese Ser infinito y revientan todas las criaturas, descubriéndole a todos cual no pretendo comprender sino adorar y amar. Voltaire, que no era un ateo sino un creyente sin fuerzas de sinceridad, repetía siempre: “Si no hubiera Dios, habría que inventarlo”. Las fuerzas vitales que la fe puede atraer hacia sí no son las decisivas, sino la fuerza espiritual de la verdad sobre la que esa fe descansa. El hombre es el único viviente que puede contar con la palabra o con el silencio de Dios; Nietzsche desde el umbral, de su juventud plegariaba sin cesar: “Que tu voz nunca deje de llamarme”.

PROUDHON.- La moral es independiente. Todo racional debe poseerla, pero en forma positiva. Ella nada tiene que ver con principios ciertos o con Dios: la libertad humana, como un hecho individual, como fuerza autonómica y absoluta, es el principio, el medio y el fin, es la esencia de la moralidad.

MONTALVO.- “Hacéis pie al Altísimo”. La voluntad como flecha escapada del arco tiende a la felicidad, a todo bien, al que puede saciarte con plenitud. Ese Bien Absoluto existe para repletar la capacidad del amor humano; el corazón es un desierto donde palpita an-

helante la sed inextinguible del Infinito. Toda conciencia encuentra, si quiere, en sí misma un orden impreso al que, como a tribunal, somete los actos del ángel y de la bestia. El dedo ustorio y divino burió en ella el indeleble decálogo de la moral. Ni somos sus autores ni la legislamos; nos sometemos simplemente a ella; de otra manera la moralidad habría sido expulsada de la semántica dejando vacía la torturadora y despiadada soledad del corazón.

PROUDHON.- La base de la sociedad es la justicia cuyo mejor fruto es la perfecta igualdad, su esencia prístina. La constitución social exige la abolición y negación de las instituciones que son incompatibles con la igualdad, entre las que se enseorea el despotismo, o sea el mando de uno o muchos sobre los demás, la desigualdad de fortuna y de rango, y principalmente la propiedad.

Soy un anarquista, y “anarkos” es la ausencia de toda soberanía o poder público. La propiedad, origen de las diferencias sociales, es opuesta a la justicia. El socialismo es una logomaquia; sus coros salmodian la santidad de las pasiones y de los goces sensuales, y sigue un sistema tan pobre y vacío en ideas como impotente e inmoral en sus resultados prácticos. ¿Y el Comunismo? para subsistir llega a suprimir palabras, ideas, hechos, vidas... sobre los que nadie puede hablar ni pensar. Los comunistas son como ostras pegadas, sin actividad y sin sentimientos, a la roca de la crueldad.

Marx “no hace más que zumbarnos las orejas con un tono de saltimbanqui y de fanfarrón, con sus alabanzas, con un fastidioso delirio y con eternas baladronadas sobre su pretendida ciencia dialéctica; es el villano rehecho de la ciencia, que cree poderse pavonear de lo que no es y de lo que no tiene; sus sentimientos y pensamientos son mezquinos y dignos de boticario sicatero. Marx es un loco que quiere provocar en la sociedad una noche de San Bartolomé para apagar en sangre la ávida sed del proletariado”.

“Confieso que mi obra es diabólica; no puedo acordarme de ella sin un estremecimiento de terror. No digo: sea ella entendida, sino solamente leída y la vieja sociedad habrá terminado. ¡La propie-

dad es un robo! En mil años no se han pronunciado palabras como estas. No poseo otro bien sobre la tierra que esta definición; pero la juzgo más preciosa que los millones de Rothschild. El mío es un volumen en el que se siente al león que tiene hambre y que ruge”. (3)

MONTALVO.- La ironía nace de la desproporción entre la realidad y el ideal. El lado ridículo de las cosas es mezquino en presencia de lo infinito. Para destruir se despiertan los irónicos. Aristófanes, Luciano, Rebelais, Cervantes, Voltaire... y hoy, tú, Proudhon, que conmueves con sarcasmos hasta los fundamentos de la sociedad, e invocas con numen porque tienes certeza de la fuerza destructora de tu ironía. La sonrisa de tu duda es más dañosa que la rebelión de los titanes de Esquilo; éstos robaron el fuego y tú asesinas a la fe y apagas el amor.

Pedro José, Oriani te llama “gigante plebeyo”; Sorel, “El más grande filósofo del Siglo XIX” Cavour, “el apóstol más seguro del socialismo”; Víctor Hugo se compadece de tí y te desprecia; Marx llega a decirte: “pequeño burgués peloteado entre el capital y el trabajo, entre la economía política y el comunismo”. Te sientes arrastrado por tu idiosincrasia hiperbólica y poseído de entusiasmo ardiente en presencia de tus tesis absolutas; marchas hacia la demostración y desarrollo con ímpetu y hasta con cierta majestad. Fijas la vista en la sentencia y nada más; derribas, separas y destruyes cuanto encuentras a tu paso, sin reparar en las incoherencias que pueden resultar de tus procedimientos, de tus ideas, argumentación y doctrina.

El método que usas tiene una doble dirección: el positivismo y la dialéctica de Hegel. Si la observación y la experimentación dirigen tus investigaciones científicas, el ritmo hegeliano de tesis, antítesis y síntesis aprisiona tus escritos. Así entre la propiedad que representa la tesis; y el comunismo, la antítesis; colocas la posesión como síntesis y resolución de los dos términos extremos. Tu sistema “es incoherente y las ideas, aunque deslumbradoras, no han sido digeridas

.....

(3) Rapport entre Proudhon et Marx. A Bourgin. Revue d'économie politique. Pág. 17-208.

por tí"; por eso al lado del socialismo colocas la antinomia de la iniciativa y personalidad individuales.

Tu filosofía no ha enseñado otro dogma que la duda, otra moral que el crimen, otro deber que la insurrección, otro orden social que la anarquía, otra religión que el ateísmo, y otro fin para el hombre que la nada. Hay en el hombre demasiado orgullo y demasiado cristianismo para que puedas afirmar, sin herir su honor, que el hombre no vive ni concluye sino en el cuerpo. ¿Qué puede, dirán, la verdad fría y desnuda frente a los prestigios refulgentes de mis mentiras? Sencillamente puede olvidarte, relegarte sin leerte.

La intuición es el método más certero para descubrir la realidad individual; es la que encuentra dos telamones del edificio social: el yo y la libertad. Los instintos e influjos sociales no llegan a anular la reciedumbre de la libertad. Por ser el hombre persona afirmada en su propio yo, es superior al resto de los seres visibles, y establece una jerarquía ontológica y psíquica que le impide ser instrumentalizado como medio social. Al ser el hombre libre, por ser persona, determina una ética de la responsabilidad y su perfeccionamiento óptico, fuera de la comunidad en la que se halla inmerso.

No eres incrédulo, Pedro José, como hoy apareces a tus propios ojos. La fe que supones perdida, yace en el fondo de tu corazón, donde la instrucción primera y el amor de tu madre la depositaron. Sondea ese corazón, quita el cieno del orgullo, y podrás contemplar el suelo cristiano que forma el fondo de tu naturaleza francofona. Tu ocaso está cargado de esperanza.

PROUDHON.- Salvaje es el hombre; la fuerza será el nivel social. ¡Armas para los débiles y desaparecerán los epulones del festín! ¡Habrá igualdad cuando los menesterosos pisen las cenizas de las ciudades muertas!

MONTALVO.- ¡Leñadores!... ¡Qué cargar sobre los cedros! ¡Qué embestirlos! ¡Qué sacudirlos! ¡Qué batirlos! ¡Qué destroncarlos!... ¡Ni la mano se huelgue, ni el furor se rinda, ni el pecho se encoja!... ¡Todo sea estruendo, todo sea asolación, todo sea ruina!...

¡Brillen las hachas, hiéndanse las cortezas, las astillas salten!... ¡Hojas vuelen, revuelen, suban, bajen, caigan!... ¡Ya no hay hojas, ya no hay ramas, ya no hay nidos, ya no hay cedros!...

Y como el corazón de los pobres está fabricado del mismo barro que el corazón de los ricos, luego, en sintiendo tan profunda la herida del desprecio, vuélvese y revuélvese y se aceda, y derrama por todo el cuerpo sangre de envidias y de rencores, que resiente en los labios voceando odios, y mete en los brazos hervor de venganzas y de guerras... ¡Ajáronse las flores de la caridad! ¡El bellissimo seto anegose! ¡Los hijos de un mismo Padre miráronse como enemigos, y los hombres dejaron de ser hermanos!...

¡Destrabáronse las macizas piedras del derecho y del deber! ¡El muro de la justicia derrumbose! ¡Y los hombres, que, destruida la linde de la caridad, dejaron de ser hermanos, dejando ahora de ser hombres, se convirtieron en fieras!

Por mucho que los hombres revuelvan en sus libros, no las hallarán, ni tampoco otras equivalentes, porque son palabras insubstituíbles, palabras de verdad, que sólo se aprenden en aquellas dos líneas escritas por el Creador en el Decálogo: “Amarás al Señor tu Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo lo amarás como a tí mismo...” y, pues, los hombres, con mucho alabarse de sabios, aún no se saben bien esto, resulta de ahí que entre clamores y lamentos y aullidos, a zarpazos y a dentelladas dispútanse el pasto de sus codicias, como a zarpazos y a dentelladas se disputan las fieras el hueso, que ha de engañar algún tanto sus bestiales hambres.

Este el castigo peculiar y propio de la codicia. Y por eso, cuando la ambición de mandos y de riquezas y de materiales prosperidades toma y embriaga a pueblos y naciones, parécese, flotando sobre el dorado río que los inunda, la embravecida sombra de la guerra. Y así, al contacto de las bullidoras plantas de la guerra, múdase el torrente de arenas de oro en torrentes de lágrimas y de sangre... ¡Lágrimas de los campos abandonados y yermos! ¡Sangre de las tierras heridas por las lanzas y las espadas! ¡Lágrimas de hijos mezcladas con sangre de

padres! ¡Lágrimas de esposas, sangre de esposos! ¡Lágrimas y sangre de los vencidos, y lágrimas y sangre también de los vencedores! ¡Lágrimas de vivos cayendo sobre sangre de muertos! ¡Sangre de muertos clamando lágrimas de vivos! ¡lágrimas y sangre! ¡Oh, que espantable azote el del comunismo: mortandad, cuchillo y hedor de los muertos!

PROUDHON.- ¿por qué?, ¿qué es Dios?...

MONTALVO.- El es el bien aquel que, en una manera espiritual perfecta, comprende todos los bienes que se hallan en las criaturas esparcidas. Que en Dios está la armonía de las músicas, en Dios está la cumbre de las estrellas, en Dios está la fortaleza de los mares, en Dios está la longura de los espacios; y el fuego del sol, y la firmeza de la tierra, y el orden del universo, y la vida de los vivientes, y la blancura espiritual de los ángeles en Dios están; y todos, todos los bienes, que vemos y los que no vemos, y los que ni soñar podemos, todos, todos, en el viso que se han dicho, están en poder de Dios como encerrados. Luego Dios es, en esta manera, todo bien, y, por lo mismo, fuente de todos los bienes.

“¡Oh, hermosura siempre antigua y siempre nueva!”... Hollaste sobre las azules bóvedas del espacio, y tus pies fueron levantando polvo de estrellas; y las estrellas nos dicen: ¡Dios es luz!... Hollaste sobre las inaccesibles alturas de las montañas, y tus pies fueron levantando polvo de oro y de rubíes; y el oro y los rubíes nos dicen: ¡Dios es riqueza!... Hollaste sobre la cueva de los leones y los rediles de las ovejas, y tus pies fueron levantando polvo de vida; y la vida nos dice: ¡Dios es vida!... Hollaste sobre el barro, y del barro se alzó cuerpo de hombre; y al alma no la quisiste hollar, que no había de ser huella propiamente dicha, mas imagen tuya, porque había de retratar los exclusivos perfiles de tu rostro, y así, sacástela del aliento mismo de tu boca; y el alma del hombre nos dice: Dios es inteligencia y voluntad!...

Murió el diálogo. Las palabras de los interlocutores cayeron en el silencio de la Historia. Y el Cosmopolita cierra así “Visitas de un Incógnito”: “...Y como al partirse del sofista echó un dejo de inocencia en el fondo de su perversidad, le perdonó sus desvaríos. Proudhon ha muerto últimamente abjurando sus creencias religiosas y sus ideas políticas y sociales”.

LIBERTAS

El liberal no es sólo un valor supremo, sino el máximo que preconiza el cristianismo. El respeto a la dignidad de la persona humana obliga al respeto de su libertad personal. Así como la dignidad del hombre se eleva a la de ser hijo de Dios, la de la libertad personal se engrandece hasta la de la filiación divina.

Si el liberalismo significa la valorización de la libertad, la defensa del derecho del hombre a la libertad, de un orden de la vida humana en sociedad en que ese derecho a la libertad privada, que corresponde a la dignidad de la persona, se respete, se proteja y se ponga como fundamento de la estructura comunitaria, entonces semejante liberalismo merece y exige adhesión incondicional y cristiana. Este liberalismo auténtico, de la persona humana, pertenece esencialmente a la imagen del mundo y del hombre, y como tal es un retazo de su cosmovisión.

La libertad, entonces, entre los valores de las criaturas y de los humanos ocupará un trono deífico por cuya posesión poco sería comprometer la propia vida.

En cambio, el hombre, ser individual, no por ser un ente social por naturaleza que le impele a vivir en comunidad, sino precisamente porque es un ser libre con albedrío, ingresa a la comunidad y tiene el derecho de prevalecer en este medio como personalidad. Y no como se pregona que tiene que pertenecer por estar dotado de “instinto social”, como individuo, a costa de los demás y conforme a la potencia de cada agremiado. Éste será, entonces, el liberalismo capi-

talista, pleno de injusticias sociales y miseria que, como reacción, obligará a brotar el comunismo.

Montalvo mantuvo el liberalismo de la personalidad humana; y como león herido revolvió contra el liberalismo individualista de Urbina, de Franco, de Veintemilla... Para que no adviniera esta “carnalle”: “yo de buen grado le dejara con vida a García Moreno...” No es la inconsecuencia la que borbotea en el pecho del escritor; es el fiasco de tanto esfuerzo perdido en la rectificación de los rumbos políticos del Estado. No hubo vanidad en el sentimiento de este adalid fracasado; hoy lo comprendemos mejor. Hubo, eso sí, amor a lo grande, a lo noble, a lo generoso; deseo de ensanchar horizontes que juzgó estrechos y limitados de descubrir verdades menos ignotas para la mente aldeana. Y como beneficio de inventario a su labor tesonera sólo encontró un dolor verdadero, un pesar incurable, un tal desencanto que le obligó a sacudir el polvo de sus sandalias y retornar a su romería en Europa, donde definitivamente acalló sus gritos de combate: ¡Cuando los genios plegan sus alas, mueren!

Tan pronto como Montalvo adoptó posición ideológica en Filosofía y Teología, se encastilló dentro de su línea y con mampuesto disputó con los demás no menos parapetados en sus propias tesis teológicas y filosóficas. Fuera del pensamiento dogmático y definitivo estuvieron las tierras del pensamiento no cristiano y de la herejía; y dentro de aquel como plazas fuertes y aisladas entre sí y bien provistas de artillería silogística, cada una de las escuelas cristianas ortodoxas rompieron fuego a muerte. Imposible un entendimiento ni una apertura de razón y concordia espiritual. La pieza fundamental de la Escolástica es la disputa, su único método para la imposición de la tesis: Montalvo se atrevió a comentar el “Syllabus”... luego es un “heterodoxo”. La Jerarquía de la Iglesia fue dura con él y olvidó que sólo la caridad abre el corazón del hombre.

La síntesis nuclear del cristianismo, la ley de leyes, es el amor, que está impreso en todos los seres y en todo resuena; cada uno es un instrumento musical que, con su sonido propio, forma parte

complementaria de la gran sinfonía de la creación. El gran amor es la consonancia del ser y del universo mundo. Con el amor, todo consueña, sin el amor disuena todo. Dios es amor y vive en amor. La frase broncínea de Pablo excusa de cualquier discurso sobre el tema: “la plenitud de la ley es el amor”. Y la Iglesia Ecuatoriana no tuvo para Montalvo una migaja de tolerancia en el banquete simoníaco del dogma.

Montalvo no se parece a ningún escritor de su generación; no a los que brillan en la filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no a los que siguen la enseña conservadora, porque es superior a todos ellos con mucho y tiene siempre que “a Dios se le adora en espíritu y en verdad”... Pero ni los unos ni los otros quisieron atenderle, y con opuestas exageraciones, fanáticamente profesadas, habían llenado de nieblas los entendimientos y de saña los corazones. Hoy, todavía, presenciamos ese mismo lento suicidio en un pueblo que, engañado por gárrulos sofismas, empobrecido, mermado en su herencia territorial y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan.

¡Lástima de hombre!. La Iglesia y su tiempo, en el Ecuador, no le intuyeron. Toda la Iglesia del Siglo XIX fue apologética, dogmática y sacramentalista. Tuvo un bramar recio contra cualquier atisbo de heterodoxia; y se mezcló más de lo necesario en trajines ambiciosos de política lugareña.

Montalvo, así, solo y dotado, y así formado, es el que va a situarse de cara a los huracanes históricos y a la succionante vorágine de las dictaduras. El, escritor olímpico, adorador de la antigüedad clásica, de la sacra forma, elevado por el estudio de la belleza eterna, del arte en su concepción suprema, al mundo de los clásicos, estuvo destinado a ser el escultor de la conciencia libre. Los ambiciosos y vulgares vieron en Montalvo, en el hombre de intrínseco valer, su natural adversario, y le señalaron necesariamente a los dardos enarbolados de la animadversión. Ser, pues, calumniado, excluido, proscrito, insultado, es un honor; es casi un magisterio; es ser señalado por la

medianía para representar la elevación; por el abuso, para representar el derecho. El insulto de ayer es el primer sufragio para la estatua de la posteridad. Como la atmósfera recibe y acendra la evaporación de las aguas oceánicas y luego las devuelve a la tierra frescas y dulces, así Montalvo, con el arte, embelleció las ideas que recibió del hirviente mar de las luchas ideológicas y las vertió desde lo alto en la circulación de la vida nacional.

En el tremendo desconcierto del Siglo XIX en el Ecuador, sólo Montalvo se yergue puro, austero y amigo de los hombres; en la turbamulta de déspotas, poetastros, y cínicos... que agobiaron el genio de una raza, heperetrofiándola con la parálisis de la industria política.

PANOPLIA

Una vez que Montalvo purificó su frase de las escorias del barbarismo, solecismo y anacolutos en los crisoles del Siglo de Oro de la Mística Castellana, se dio en excogitar el género literario con que debía campar en la República de las letras. Después de ligeros escauceos por la epístola política, el teatro y la poesía lírica, sentó sus reales en el ensayo.

Es este socorrido género un escrito generalmente breve sin la pesadez y dimensiones de un tratado, un tanto imperfecto, ameno, sin que llegue a la severa investigación, pero que tiene como sello una interpretación personal de los hechos e ideas, con amplia libertad y vasta cultura.

Si al ensayo se le conceptúa como esbozo, se puede decir que históricamente es muy remoto. Plutarco y Séneca y Bacón, pero sobre todo Miguel de Montaigne, a quien tanto sigue e imita Montalvo, pontificaron con éxito en el género. La “generación del 98”, instrumentalmente en reniego y protesta contra el desfallecimiento de España, tomó el ensayo como ariete para demoler la vieja estructura ibérica y sobre su cadáver erigir el nuevo espíritu de la redención nacional.

Montalvo comenzó con el ensayo en “El Cosmopolita”, un tanto titubeante, y lo sublimó en “Los Siete Tratados”. Luego, en Hispano-América, le siguieron e imitaron, como a maestro esclarecido, Rodó, Henríquez Ureña, Crespo Toral, Vasconcelos, Alfonso Reyes, Mañach... En nuestros días, ya por el dominio del periodismo, que estimula la producción de escrito breve, con adornos literarios, de grata cultura, ya por la premura de una clase espiritual que no puede leer tratados completos; el ensayo, mantiene el cetro literario. El ensayo hace perenne lo fugitivo, estético lo feo, irónico lo triste, humano lo divino y lo maravilloso, familiar; género propio para ese ingenio prócer, encopetado y sutil de los que saben ganar honra en combates y hasta en los umbrales mismos de las cuevas, donde rugen las tempestades de la concupiscencia, al modo como ensayan los sucios romances de la piara naturalista de Zolá.

A Montalvo este género le supo a gloria por desprenderse de la didáctica y estar en consonancia de “maestro” de las masas; por mostrar de un lado la curiosidad de la ciencia y algo de su rigor lógico; y de otro, la fantasía, el desorden propio de la lírica, su ferviente ansiedad; y en esto radica el secreto de la honda simpatía que despiertan los tratados y capítulos de Montalvo.

Ni la Historia de la Literatura Española, ni la Preceptiva Literaria ni las generaciones que quieren medir sus armas en la liza ideológica pueden prescindir de beber en las páginas montalvinas, como prístina fuente, la forma artística y el fondo inmarcesible del inmortal ensayo; porque Montalvo, sobre este género, cabalgó en una onda del futuro.





VI. LOS HIJOS DEL ESPÍRITU

Nada menos parecido a Cervantes que Juan Montalvo; uno, todo espontaneidad, sencillez y alta inspiración, a menudo casi inconsciente; otro, todo reflexión, artificio y doctrina. El libro de Montalvo, no obstante, es la obra de un hombre de gran talento, del más atildado prosista que en estos últimos tiempos ha escrito en lengua castellana, y de un hombre, por último, de imaginación briosa y rica.

Juan Valera.

Se alzan tumbas y pirámides para que sus nombres sean recordados. Y, sin duda, en la boca de los hombres es un gran beneficio. Pero el hombre perece, su cuerpo se vuelve polvo, sus parientes bajan a la fosa. Sólo la escritura hace que sea recordado en la boca de quien recita. Más eficaz es un libro que la casa que edifica el constructor de tumbas. Mejor que un palacio sólido, o que una estela de un templo.

De muchos será alabada su inteligencia y jamás será echado en olvido. No se borrará su memoria, su nombre vivirá de generación en generación. Los pueblos cantarán su sabiduría y la asamblea pregonará sus alabanzas. Mientras viva su nombre será ilustre entre mil, y cuando descanse, crecerá aún más su gloria.

(Anónimo escritor egipcio hacia el 1.300 a.C.)

Todo lo honesto y verdadero es cristiano, decía San Justino. El dálmata Jerónimo y el Filósofo de Tagaste conceptuaron cristianos a las Filípicas de Cicerón y a los poemas de Publio Virgilio Marón; en la Edad Media Santo Tomás evangelizó las doctrinas del Estagirita; y Duns Scotto, la potencia volitiva de Platón. Quien enuncia lo verdadero reproduce al Verbo que, en cuanto hombre, nutría en su alma íntegra la Verdad.

Montalvo, a fuer de original y como los primeros cristianos aristotélicos y platonizantes, aceptó parcialmente el positivismo sensualista, petrificándose sobre la roca absoluta y trascendental de la Verdad. Varón gigantesco, siempre estuvo por la “*novarum rerum cupidus*”; consumió su madurez en trabajos de erudicción y sarcasmo; halló la solución cristiana al sentido evolucionista de su siglo, pese al escozor de la ciencia creada en la centuria del XIX; en el que se anidó un cristianismo escasamente problematizado, de fe firme, piedad sencilla, pero de moral relajada que rompió portillos al escándalo social. Montalvo comprendió el Evangelio como un tratado racional sin reacciones habituales para la conducta y la conciencia. Optó también por el estoicismo, que exalta la personalidad frente a cualquiera limitación involuntaria; en la forma como se contiene en los héroes de Plutarco, en los de Cornelio Nepote y en los versos de la Medea de Séneca. Doctrina de orgullo y de soberbia, de desprecio y humillación para los débiles, según consta en los escritos del Emperador Marco Aurelio y del liberto Epitecto.

El futuro se construye con materiales del pasado. Esta férrea cadena histórica constituye el cordón umbilical de Montalvo. Hubo un odio a los abusos; el deseo de depuración del viejo edificio carcomido. Al igual que García Moreno, buscó una reforma que diera al sacerdocio el respeto de la verdad y de Dios. Ya lo dijo Lutero: “no es posible vencer al tormento de la ley no cumplida”. Sólo la presente época presenció la obertura del drama de la Reforma. La Iglesia era una debilidad bajo las apariencias de la prosperidad; un enorme poderío económico en contraste con un reinado que “no es de este

mundo”; viejas estructuras del pensamiento impuestas con tenacidad a espíritus liberados y prevenidos. Una Iglesia terrateniente, de poderosos recursos materiales, de sociedad, de casta y políticos; con la voz de un clero inquieto y estremecido por sordas pasiones. Una Iglesia que desde la cruz enuncia su doctrina desmesurada, atormentada, convulsa de misticismo y de anatemas, que descarga como aquilón del Sinaí. Cristiandad sorda a los gritos del corazón, que entregó sus templos a mercaderes y ladrones. Decadencia y miseria de una teología que ahogaba la fe bajo un sistema de prácticas muertas. Simonía... ¿Montalvo pensó que su voz vengadora, con indignación tanto tiempo contenida, era la de un hijo respetuoso de la Iglesia, resuelto a no cumplir el discreto papel de los hijos de Noé?. Obispos esclavos de su mitra, sacerdotes ávidos por beber, en la boca mismo del comunismo, el vino embriagador de la rebeldía; mientras el Papa “una voz que clama en el desierto”... La religión, una arqueología razonante; y los religiosos que rompen la clausura para asirse al matrimonio. Se necesitaron varias décadas para liquidar las consecuencias de la revolución eclesial que, en tiempos de Montalvo y García Moreno, no evolucionó hacia el creyente ávido de fe viva, de conciencia dolorosa, de pobreza de espíritu.

1. “LOS SIETE TRATADOS”

Hacen gala de un estilo rico y egregio, abundoso de altos pensamientos, valientes imágenes y situaciones patéticas; acomodados a la grandeza y excelsitud de los temas que campean. El estilo no es un procedimiento accesorio de la belleza sino su forma, el colorido y movimiento que emanan de la personalidad de Montalvo, de los pensamientos e ideas que su mente gesta: ¡la pluma es la lengua del alma!

La ordenada manifestación de lucubraciones, encarnadas en formas admirables de la prosa, logran utilizar sin defectos tanto los vocablos como sus más intrincadas construcciones, hasta formar una estructura idiomática que obligó a la posteridad, manteniéndolo-

se invencibles los esfuerzos insanos de la Real Academia de la Lengua, a decretar para “Los Siete Tratados” las insignias del perenne triunfo:

“mientras rueden las ondas de los ríos
Y la copa de los árboles florezca”.

Nada es comparable a la longevidad del error. Los ilusos desaparecen pero siguen viviendo en sus rutinas. Las clases sociales tienen conciencia de la fuerza intolerante dada por su número, y los argumentos no son proyectiles que las desalojen de sus posiciones conservadoras. Cierta cenáculo que “limpia, fija y da esplendor” relegó el reconocimiento y aceptación de Montalvo, obligándolo, con desprecio y bizarría, a escribir “yo existo fuera de la Academia”. Montalvo anheló el progreso como lo quieren corazones generosos que atisban los males y vislumbran el remedio. Tenía entera certeza de sus opiniones, y las expuso con valor; atacó con energía las rancias preocupaciones, fenómenos del mundo moral que mientras más viejas más fuerzas tienen; y sólo obtuvo de la batalla cansancio y descorazonamiento, porque al emprenderla se agarraba al garfio de la esperanza, y al soltar la pluma se veía solo, apenas con sus ideas y convicción.

El no presenció el triunfo de su obra, pero pudo clamar como Bolívar: “La posteridad me hará justicia, y esta esperanza es cuanto poseo para mi felicidad”. El agua viva: por mansa que se deslice, no serpea sobre la peña sin desgastarla ni el tiempo, por perezoso que se hunda, resbala por la sociedad sin desbaste; las corrientes revolucionarias, montalvinas han mejorado el alma de los pueblos. Tras las épocas de reacciones despóticas vienen por necesidad las reivindicaciones sociales. De la circulación sistemática de los derechos de la personalidad humana, se destaca triunfante la revolución; después de la tiranía, la libertad. En pos de los fiscales de imprenta, la proclamación de la independencia del pensamiento; y a la mordaza que

paralizó la lengua de la pluma el supremo grito de libertad. Montalvo se propuso la redención del pensamiento. “Los Siete Tratados”, obra de portentosa riqueza intelectual, es la antorcha de los cielos de América.



El Ambateño no escribió para hombres sin preparación, sino para los que, conociendo el derecho de la rebeldía para alcanzar la libertad, necesitan únicamente de estímulo que avive y encienda su actividad explosiva. En los albores de su juventud, dispuso ya de un lenguaje rico y vigoroso, preñado de valores psicológicos, pleno de gracia, fluidez y calidad. Pero renunció a ser un literato puro. Tomó el lenguaje como antorcha, arado y látigo; más nunca como joya ociosa y adorable. Por eso se explica la grandeza y hermosura del estilo montalvino. La historia se rebela contra el arte que se ensimisma y acaba encanijándose. Basta contemplar benignamente las últimas peripecias de nuestro siglo. El arte suele ser la expresión de una fe, casi siempre colectiva; y a impulsos de esa fe cobra vuelo, hondura, sustancia y hasta sentido. Para despertar la conciencia nacional de sus compatriotas, embotada por la ignorancia y la desidia o deformada por influencias sectarias y mezquinas pasiones banderizas, Montalvo nos trajo las reminiscencias del tiempo heroico. Verdad es que hubo casi tres millones de ecuatorianos que no sabían leer, pero hubo miles de maestros que pudieron beber, en las fuentes prístinas del “Maestro de maestros”, el odio a la ignorancia, a la dictadura, a la intolerancia; en las que también podían aprender el amor que no se impone, y que sólo influye para que de las manos caiga el látigo y de los ojos, el odio. Todo lo que pueda absorber la educación es un ahorro de ametralladoras, cárceles y leyes.

Bolívar, heredero del genio de la guerra, armado del rayo, jinete errante por el nuevo mundo, como nube que neva en sus entrañas el fuego de cólera divina; soldado que escribió la gloria con la punta de

la espada en las ondas del Orinoco, en las Cúspides del Galeras, del Chimborazo, del Huascarán, del Illimani, del Potosí...

La grandeza de Bolívar, por ser apóstol y víctima de la libertad, tuvo en el Ecuador al pindárico Olmedo y a la emoción de Montalvo, por una palingenesia renovadora de la libertad, como sus mejores biógrafos. La historia de este nuevo mundo es la historia de la libertad y del Libertador. Bolívar se yergue entre los estertores agónicos de España y el jocundo despertar de América; y por eso necesitó del clangor de las águilas ecuatorianas para anunciar sus hechos, sus ideas, su inmortalidad. Rápido como el rayo comprendió que la tierra, la vida, la sangre, exigían la emancipación del hombre americano, de estirpe de dioses, creador de un mundo al que entregó el fuego de la libertad; y pasó por la Historia con el resplandor de los combates, la gloria de victorias y los vagidos de cinco repúblicas nacientes; titán que, enclavado en la roca de la ingratitud, lloró los escombros de su propia creación... inspiró a Montalvo esas páginas de “Los Siete Tratados”, bautizadas con sangre de heroísmo.

A Montalvo no se le perdonó ni su propia grandeza. Mientras jueces de primera instancia sentenciaban su gloria; mientras Cantú, Víctor Hugo, Lamartine, D’ Amicis, Valera, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán, Núñez de Arce, Campoamor, Isaacs, Cuervo, Caro... saludaban a “Los Siete Tratados” como el sol que dora los Andes y los valles del continente y del espíritu, académicos de Argamasilla y posiciones extremistas estigmatizaban a “un monumento de la lengua castellana” (4).

Menéndez y Pelayo, el católico “a macha martillo” escribía: “De mí se decir que, siguiendo el consejo y el ejemplo del gran Leibnitz, en todo libro: que cae en mis manos busco primeramente lo que puede serme útil y no lo que puedo reprender. Es tal mi respeto a la dignidad ajena; me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende a zaherir, a mortificar, a atribuir un alma humana, hecha a semejanza

.....

(4) Blanco Fombona.

de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aún la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precia del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano”. Lástima que Obispos, Sacerdotes y Prelados no ahondaron el sentido jesucristino del pensamiento del autor de “La Historia de los Heterodoxos Españoles”. No importa; el tiempo y las generaciones sorprendieron las bellezas innatas y las rectas intenciones de Montalvo; no importa que hombres rectos y lúcidos le apenaran con acrimonia; el género humano sólo seca sus lágrimas en la brisa de la esperanza. Nada hay tan estrechamente unido al espíritu como la palabra escrita. La palabra escrita es la función más justiciera y glorificante del hombre; y sus méritos ni se marchitan ni desfallecen en la obra eterna de Montalvo.

El 19 de Febrero de 1884, el Arzobispo de Quito, José Ignacio Ordóñez, teniendo como Secretario de la Arquidiócesis al historiador y literato, Presbítero Federico González Suárez, condenó “Los Siete Tratados” de Montalvo, mediante Carta Pastoral que determina las causas y motivos que, más tarde, provocaron igual excomunión en el Vaticano que los inscribió en el índice de Libros Prohibidos.

“...en ella (en la obra) el escritor acusa de error a la Iglesia Católica, reprueba el culto de las sagradas imágenes y habla de la eternidad de las penas del infierno de una manera tal, que da muy bien a entender que no cree en ese dogma o hace como si no lo creyese, burlándose de él”.

“Abundan, además, en ciertas páginas de Los Siete Tratados atrevidas blasfemias, mezcladas con algunas alabanzas dirigidas a la Sagrada Persona de Nuestro Señor Jesucristo. El escritor dobla la rodilla delante de nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino”.

“El desgraciado escritor nos ha regalado, pues, en sus Siete Tratados una nidada de víboras en cestillo cubierto de flores. ¡Ojalá Dios nuestro Señor se digne concederle la gracia que tanto necesita

para reparar los daños que ha causado con su pluma! Esa gracia, de la cual el escritor tiene tanta necesidad cuanto menos conoce la desnudez y pobreza de su alma”.

“Grande sería el escándalo que daríamos guardando silencio y sellando nuestros labios ahora, cuando ha llegado la ocasión de levantar enérgicamente nuestra voz para condenar un escrito que merece la reprobación de todo católico, de todo el que ame de veras a la Iglesia. ¡Qué miserables apareceríamos ante la conciencia de todo hombre recto si guardáramos silencio! No, no lo guardaremos: alzando alto nuestra voz llamaremos a las tinieblas, tinieblas; a la mentira, mentira; a la blasfemia, blasfemia; porque solamente tememos dos cosas: el juicio de Dios y las alabanzas de los perversos”.

La homilía pastoral muestra dos objetivos, en su conjunto: la preparación del espíritu de los fieles para la próxima cuaresma, y las malas lecturas. La primera, de esencia mística, exhorta sobre el tiempo de combates y victorias para el cristiano, por medio de las armas del ayuno y de la penitencia. ¡Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que te convertirás en polvo!. Palabras de maldición en el sentido que Dios las pronunció. Esta parte de la Carta fue de indudable redacción del Arzobispo Ordóñez; en cuanto a la que atañe a Montalvo, por el estilo lleno de anáforas, la reciedumbre del sentido polemista, la posición netamente apologética, la valiente metáfora del canastillo de flores; la anticipación que, como epifonema, cierra la invectiva, y previene la réplica de escorpión con que contraatacaría Montalvo en su “Mercurial Eclesiástica”... demuestra que salió de la mente de González Suárez; fue como producción anticipada de quien más tarde escribirá “La Defensa de Mi Criterio Histórico”.

En esta forma el libro, que constituyó la cúspide literaria de su autor, por el rayo de la censura, se precipitó en el infierno del Index: “In infernis nulla est redemptio”.

Cual Proteo se yergue Montalvo. Escritor que toma sucesivamente el vuelo del águila y de la abeja, que ya es ministro del rayo, y ya liba néctar de las flores. Escritor que pasa cada instante de las gra-

ves meditaciones de la más alta filosofía a las sátiras e insultos de agradable licencia; que se traslada del voluptuoso gabinete del amor a las llanuras ensangrentadas por el terremoto, de los temas arcaicos de leyenda a los palenques políticos. Escritor que dueño de recursos artísticos sabe dar a sus temas el estilo que les conviene, y doblegar su lengua ríspida a tantas giros audaces y clásicos, plagiados de áurea mística del Siglo de Oro.

Hombre encendido y estimulado por la hermosura del idioma; sintió sed y deseo irresistible de dar vida a otras bellezas, y después de elegir las encontró que la política, convertida oficiosamente al servicio de la mentira para saltar al poder, era una realidad que no evoluciona hacia su perfección. Lo inmutable tiene duración, pero no historia; la política es la noria que gira sobre sí misma sin progresar un ápice, mientras todo, alrededor, se modifica por la fuerza dialéctica de la contradicción inmanente. Pensó Montalvo que la política era la madre de la Historia... Todo envejece, cambia y muere; “sólo Dios es eterno”.

Artista a quien, para el ejercicio de altos destinos le fue regalado, como don y agasajo del cielo, inteligencia y sensibilidad estéticas; instrumentos maravillosos que muchas veces bañaron de luz y colorido a doctrinas xenofóbicas. Con la singular facilidad de asimilar ideas y sentimientos ajenos, con la destreza incomparable para modelar la forma al compás de extrañas inspiraciones, remozó lo que otros inventaron, sin merma de la propia originalidad, que era sello de cuanto escribió. Imitación de la naturaleza dijo Aristóteles que era el arte. Fue para aquél más bien la creación de obras bellas, que no aisló en un mundo sin relación alguna con los demás órdenes de vida, sino que, al ponerlas al servicio de la patria, las avasalló bajo el pendón del liberalismo iconoclasta, para el que la vida era responsabilidad y casi delito digno de ahorcarse en dogales de sangre. La palabra, hija del pensamiento, hálito eterno del espíritu, alivio de tribulantes, estremecedora del corazón, hecha para el amor y la ley... fue para Montalvo plomo de muerte, de calumnia y de vesania; saeta

disparada por las pupilas de Saturno, que acabaría devorando a sus hijos en los “progromos” de la “montonera”.

Los que creen que el Cristianismo puede santificar la violencia, desconocen su doctrina; los que olvidan que elevó el espíritu humano, y la conciencia a la libertad, olvidan sus ideas fundamentales; los que son osados a prestar fe que la religión proclama la libertad, cuando vencida, proscrita, esclava, se ocultó en las Catacumbas para cantar sus victorias por las desgracias y martirios, y que vencedora renegó de estos principios por cuya virtud había vencido, no hacen más que poner en la religión celeste los vicios, los errores, las inconsecuencias de los hombres, cuando la religión es por su naturaleza el principio y fundamento de toda verdadera justicia.



Al conjuro de Colón surgió del caos un mundo nuevo, puro y luminoso, que extendió los horizontes y límites de la creación. La brújula desbrozó el zarpazo de las olas, el telescopio orientó las vías de los cielos, y la pólvora despedazó los castillos roqueños del feudalismo; y retumbó en los arcabuces esclavizantes de los conquistadores. Las nacionalidades comenzaron a levantarse, pisoteando la dignidad humana del indio.

“Los misioneros, yendo en pos del indio celoso de libertad y fugitivo del blanco, pudo detraerle y consolarle, defenderle, enseñar, y ser médico del alma y del cuerpo para lograr convertirlo en verdadero cristiano. Las lenguas de esas naciones o tribus, que hoy despiertan tanto interés en el estudio de la Filología Comparada, se conocieron gracias a las gramáticas y diccionarios que los misioneros compusieron; ellos habían ya descubierto y explotado algunas de las maravillosas propiedades de la flora para salud de la humanidad, como la hierba del Paraguay y la quina en la farmacopea moderna. Y al término del tiempo, la vida extenuada por climas enervantes, por privaciones, por la naturaleza indómita, el misionero se postraba pa-

ra siempre, cuando no espiraba, allí mismo consumido por la fiebre, atravesado por la flecha emponzoñada, o bajo la maza del indio apóstata e infiel". (5)

Las pragmáticas de Isabel La Católica, las Leyes de Indias, el amparo de los misioneros, el albergue de la Iglesia... El indio no necesitó ni necesita ternura sino justicia; la primera cuesta menos. Montalvo murió sin haber visto una sola vez la horrible cara, el rostro sagrado de la miseria del indio.

Los indios, pedazos de arqueología humana; aplastados por mansedumbre de bestias; carne que no es alumbrada por la inteligencia; ayunos de aquello que es la textura del ingenio: la ansiedad, la pasión, la rebeldía... Una desesperanza palpita en su sangre y apenas si pueden soportar esa su resignación bruta; hay en su ser una tristeza de esclavitud, derivada de la falta del ejercicio de la voluntad; y tienen mudo el corazón a tal punto que su expresión no rezume resentimiento, y ni siquiera una arruga hostil clausura su cerebro y crispera sus puños. Son una paciencia entristecida por cuatro centurias de cristianismo. ¡Un crimen que se llama pobreza! Mientras exista esa mayoría sufriente en el Ecuador nadie tiene derecho al banquete de la vida; porque aquella es la concentración de la ira que impedirá siempre conciliar el sueño al placer y a la fortuna. Seres irredentos a quienes nunca llegan esos clérigos que se reclutan como soldados sociales y que tan sólo anhelan aflojar las bridas a los potros mal encabritados de la carne. El comunismo y la apostasía liban por el indio en cálices sagrados y se tragan su propia condenación.

La revolución que no mejore la suerte de esa "pobre gente" es sólo un crimen más que se archiva bajo los párpados de la miseria. El indio constituye la impaciencia de siglos; cóndor nacido para caer sobre las migajas del epulón y para prender el Evangelio en las pavesas del incencio social. Razón potísima fue la de Montalvo para amenazar que: "Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un li-

.....

(5) Pólit Lasso, "La Familia de Santa Teresa en América".

bro titulado El Indio y haría llorar al mundo”. En la cruz de este Cristo de los Andes sólo hay dolor y eternidad, mientras todos, absolutamente todos, pretenden arrojar limosnas humillantes en el muladar de su miseria...; en tanto construyen la sociedad y el estado sobre las vértebras dorsales de los indios. Todo el poder, toda la riqueza, toda la representación, todo el saber es únicamente para decenas de plutócratas, mientras las manos de los indios elaboran la riqueza, los caminos y la tierra. Pueblo sin voz que no supo deletrear su protesta sino por Montalvo, por Icaza, por Dávila Andrade. Es el “Cristo que pasa por el camino común de los hombres del mundo” (6)

“¿Estos no son hombres? ¿con estos no se deben guardar y cumplir los preceptos de caridad y de la justicia?. ¿Estos no tenían sus tierras propias y sus señoríos? ¿Estos nos han ofendido en algo? ¿La ley de Cristo somos obligados a predicársela y trabajar con toda diligencia en convertirlos?” (7). Alma la del indio fenecida y resurrecta, como la de Lázaro, que ni ríe ni llora, y a la que cualquier voz irritada le reduce al silencio sepulcral. El indio es indigno en su debilidad, se arrodilla ante la fuerza es decir ante la materia. El terror y el dolor no muerden su alma como lo hace el alcohol al devorar el pensamiento y tornarle incapaz de palpar su propia miseria. La desgracia lo degrada. Es el esclavo que pierde su vida interior y cuyo porvenir es la muerte; muerte que se proyecta en la amplitud de la existencia, como sombra cuando declina el día. El sufrimiento de la miseria humana es condición cardinal de la justicia y del amor. Dios, cuando asumió naturaleza humana, tembló de angustia con sudor de sangre bajo la fronda aspérrima de Getsemaní, ante el imperio obnubilante de la fuerza, de la materia hecha hombre, antes de subir al patíbulo de la justicia, del amor y de la sabiduría. Esquilo ya le profetizó en el primer coro de “Agamenón”:

“El abrió el camino de la sabiduría para los mortales, estableciendo como ley soberana: Por el sufrimiento el conocimiento”.

.....
(6) Escrivá.

(7) Historia de las Indias, pág. 176 Fray Bartolomé de las Casas.

Lo que corrobora Platón con la sentencia del Teetetos, cuando afirma: “Este conocimiento es la sabiduría y la verdadera virtud, ignorarlo es ser estúpido y vil”.

El indio es el instrumento de todos los vicios y de todos los crímenes, porque quien no tiene libertad no tiene responsabilidad, y quien no tiene responsabilidad no tiene ley moral, y quien no tiene ley moral no tiene virtud. La esclavitud es posible si se ahoga el alma que guarda la eterna conciencia de la libertad. Y sólo el puñal se trueca en la última esperanza de las pérdidas libertades. Para nada necesita la satisfacción el alma encerrada en el sepulcro de su cuerpo.

La Iglesia demostró que el desarrollo de la persona humana está condicionado al crecimiento de la sociedad a la que pertenece. Y esto constituye una nueva dimensión para la justicia social que hasta aquí se contentó con la igualdad esencial de los individuos y con la dignidad de esa misma persona; ahora se obliga a que los pueblos se constituyan iguales, sepultando al “tercer mundo”; y a que se defienda, sin la guerra, el fruto de la paz: el progreso. El progreso es una tendencia que impone ideas y no sólo intereses. Por eso, el mundo no se divide en Estados, sino en bloques ideológicos, el gran tormento de nuestra época es el no haber llegado a encontrar una síntesis entre los valores de la persona y los valores de la sociedad. El Occidente asiste al drama de la exacerbación del personalismo; el Oriente se debate en la tragedia del colectivismo.

“El cristianismo es la verdadera vocación de la humanidad”. (8) Cristo puso eternidad en el tiempo, trascendencia en lo contingente, y divinidad en lo humano. La cristiandad existe cuando existe el hombre; como el tiempo, en el latido de las horas. El indio es un dolor que palpita en la raza y en la tierra que fue de su raza y en el corazón de Cristo.



.....
(8) Paulo VI.

Montalvo, un amartelado con el paganismo de Grecia y de Roma, buscó ejemplos y protagonistas que sirvieran de reforma y espejo de perfección, de ejercicio de virtudes, a las huestes cristianas.

Roma... la ciudad eterna, la ciudad santa del paganismo. La tosca lanza de Marte fue su lanza, el fuego de Vesta, como el fuego de su vida; los dioses pelásgicos, sus padres; las ninfas que murmuran en las selvas y se deslizan en las ondas de las fuentes, los númenes de los legisladores; el altar de la Victoria, el ara donde penden trofeos de vencidos; el Panteón, Nuevo Olimpo de los dioses; y los sacerdotes y los teurgos y los magos vuelven los átomos del polvo portadores de dioses... Veinte siglos de oraciones no han podido conjurar ni altares ni circos ni la misma tierra. Porque aquella Roma de hoy, llena de monasterios, de religiosos, de santos, de pontífices; esa Roma macerada por la penitencia; de cada una de sus piedras exhala el cántico del paganismo; y la cúpula de su basílica es la rotonda del Panteón elevada a los cielos por el genio titánico de Miguel Ángel; y sus inmortales madonas trazadas a la luz del renacimiento por la creadora mano de Rafael de Urbino, son diosas vestidas con la luz de la idea cristiana; y la lengua de la Iglesia es la misma de Cicerón y de Virgilio; y cuando el sonido de las campanas llama a la oración, se extingue en los espacios como el lamento de esa tierra milenaria que invoca a Júpiter; todavía se oye en el susurro de los árboles la flauta de Pan; en los arroyos, el cántico de las náyades, y en las calurosas siestas el zumbido de las abejas de las Geórgicas de Virgilio... cual si la substancia de aquella tierra fuera eternamente brotada de la poesía melancólica del paganismo.

Grecia... la liga anfictionica deshecha, el oráculo de Delfos mudo, los monumentos suspiran cánticos ruinosos, las odas de las tragedias olvidadas, rotas las liras de los poetas, abandonados los juegos olímpicos donde el vencedor ceñía en sus sienes el laurel de Apolo, nublada la antes serena frente de los sacerdotes pitios, sin ofrendas el ara y sin adoradores el templo, destrozado el teatro donde se perpetuaban, por la resurrección artística de Esquilo y de Só-

focles y de Eurípides, los héroes de Troya, de Salamina, de Platea; inmóvil la pitonisa en su trípode, desiertos los campos de divinidades, mutiladas las estatuas de Fidias y Praxiteles, seco el manantial de inspiración; porque merced a la idea cristiana el genio del paganismo se ahuyentó de la naturaleza, de la ciencia, del arte y de la religión. Los dioses murieron como un coro de ruiseñores abrasados en su nido por el fuego que bajó del cielo en la aurora de Pentecostés.

Si en el siglo décimo tercio el poeta de los sepulcros y de los abismos y de los infiernos, que llevaba la tempestad de su siglo en el cerebro, y la desesperación de su patria en el pecho, se postró ante Virgilio y le llamó guía y maestro, e hizo de él como un redentor del arte y de la ciencia; si en el siglo décimo sexto, Italia al salir de los tormentos de la Edad Media, se apasionó por los dioses paganos con tanto delirio que los alzaba hasta los altares católicos; si hoy mismo reinan todavía en el arte, ceñidas las sienes de luz, los antiguos dioses; y todavía los poetas, en cuyo corazón hay siempre una cuerda pagana que resonará eternamente, creen oír el cántico inmortal del Castalio Coro ¿no es mucho que Montalvo peleara por sostener la idea de la virtud pagana que, con sus artes y mitos y héroes, dio confianza al hombre en sus mismas fuerzas?.

Y el genio de Apolo calla en el son, y las náyades en el arroyo, y los faunos en las hojas de las selvas, y el caramillo de Pan en los oteros, y el oráculo en la caverna de Delfos, y la pitonisa en su trípode... ahogados por la impetuosa y bermeja corriente del Calvario.



Imperdonable resulta que a fuer de sectarismo, al tratar del conocimiento que Montalvo tuvo de las literaturas clásicas, no se destaque la dedicación que comprometió para urgar la entraña y el contenido de la Biblia. Libro al que tomó gusto inusitado merced a su hermano Francisco Javier Montalvo, su mentor, maestro y mecenas; ya en el Convictorio de San Fernando, ya en las soledades del Puntzag. Juan oye a su

preceptor esa misma doctrina aprobada que contienen las páginas de la “Historia de la Literatura”, publicada como texto en el exilio de Francisco Javier allá por el año de 1886. Juan, de corazón inquieto y sediento de verdad y de hermosura, encontró en la Biblia la eterna juventud de la Religión; guía de la esperanza, de la inteligencia y del amor. En ella oyó los trallazos blasfematorios de Job, los arpegios del salterio de David, el epitalamio del poeta Rey, la tristeza ululante de Jeremías... En Élla aprendió doctrina para enseñar, redarguir e instaurar justicia. Allí dio con esa armonía espiritual que le sostuvo cuando hacía riza en la política. Espíritu profundo el del Ambateño hecho para las especulaciones de lo pulcro y dotado de instinto de buen gusto, la Biblia tuvo para él caracteres sobrehumanos de elevación; en la que el Espíritu de Dios se amoldó al ingenio del hombre: por donde todos los artistas han saciado su sed de inmortalidad, como en venero perenne y purísimo de inspiración.



La naturaleza lo había forjado para las batallas. Su elocuencia fulminó sin alumbrar. La hirviente sangre servíale para la tenaz y activa dicción, como sirven al movimiento de la máquina los hervores e impulsos del vapor. Se le subía de súbito a la cabeza y le causaba vértigos de rabia y arrebatos cuasi dementes de odio. Pero alguna vez recobraba un fondo de dulce poesía como de un necesitado reposo. No tuvo, como tenía Jupiter Olímpico, el rayo hirviente y centellante de la revolución. Ideas escapadas de mucha conciencia; efluvios esparcidos por indomables aspiraciones; el trabajo lento de los tiempos; las combinaciones providenciales de los sucesos; todo lo que se escapa a la voluntad de los individuos y que entra en la categoría de los grandes elementos sociales, decide un cambio radical, una revolución, casi siempre alcanzada antes por la fuerza de las ideas y las cosas, que por las conspiraciones y los combates de los partidos políticos. El estallido de la revolución es un momento en el

tiempo. Pero la condensación de las revoluciones exige largos años y a veces siglos. Montalvo despedía sólo ideas tonantes que relampagueaban como las nubes del Sinaí. Y al empujar hacia adelante con su ímpetu soberano el río de los tiempos y adelantar las horas del progreso humano quería disponer por completo y a su antojo de la insondable eternidad “Mi pluma lo mató” no fue sino un giro del huracán en la soledad estéril de los silenciosos arenales calcinados por la candela del odio. Grito en la desmembración del cuerpo del Ecuador, demencia del alma desgarrada en el fracaso de una revolución fallida.

Inmensa naturaleza la de Montalvo, tan una en sí misma y tan varia en sus manifestaciones, que cansa con sus aspectos múltiples a todos los comentaristas y que aplasta bajo pesadumbre los sólidos altares de la Historia.

2.- “CATILINARIAS” Y “MERCURIAL ECLESIASTICA”

Los escritos de Montalvo, ora satíricos ora serenos y profundos, casi siempre sublimes, recibieron la inspiración del alma escandecida en las brasas del furor.

De esta fuente manaron los artículos y tratados, graves, majestuosos, repletos de estilística y madurez de rencor.

El escritor sentía la conciencia de la fuerza arietaria de su pluma y la golpeó contra las murallas seculares de la Jerarquía y de la Dictadura. El Arzobispo de Quito Ignacio Ordóñez; y el Capitán General Ignacio de Veintimilla, y el General José María Urbina, Jefes Supremos del Ecuador por virtud de las bayonetas, y Antonio Borrero Cortázar... fueron heridos por mortíferas saetas, arrancadas del carcaj de la ironía y del infundio del ambateño, con panfletos los condenó al rigor de la injusticia; y atropellando el respeto a la verdad, ejecutó furores y crueldades sin rastro de misericordia o compasión. Soltó el azote del insulto como a blancos del odio y de enojo hasta ejecutar una especie de saña psicopática. Como castigo los lapidó

con palabras de sangre que arrastraban torrentes de ira; que supieron en la literatura del castellano a cuestión de escarnio y a eternos tormentos. Fustigó vicios y bajezas, creados por imaginación patológica, y con tal acrimonia que nadie creyó en la posibilidad de esos hechos lacerantes a la piedad y dignidad de los sindicatos por la iracundia montalvina.

Así Montalvo, como un guarismo mayor, se suma al insulto literario, que no calcula los dicterios y que desde la Colonia arranca su tradición de combate. El Padre Aguirre, lírico de la muerte, zahiere a zoilos y pisotea burlescamente a Quito; Mejía y Lequerica, el Mirabeau de la Corte de Cádiz, insulta a Bonaparte; Espejo, a los españoles; Olmedo, al Clero, por alabar al mitómano Obispo Las Casas; el Padre Solano, a la poetisa Veintimilla de Galindo; Mera, Crespo Toral, Calle... sólo se agigantan en la pelea, cuerpo a cuerpo, de la polémica. Matovelle estigmatiza a los liberales; González Suárez sepulta a Peralta. Icaza despedaza al párroco rural... Montalvo, a fuer de ecuatoriano, discute con una piedra en cada mano, hereda el virus del escarnio y lo propala en el panfleto. Casi toda la gloria del escritor se sustenta en el zócalo del insulto.

Parece que al escribir “La Mercurial Eclesiástica” o “Las Catilnarias” atisba a la sociedad contemporánea, desde los balcones de la intuición, con ese poder persuasivo que tiene la ilógica del odio, que rebasa en el colmo del cinismo hasta apedrear a sus víctimas. Talento maravilloso, desplegado para dar de bruces con el lado ridículo, y luego arrastrarlo con la causticidad ácida que necrosa honras y vidas ilustres. No guarda distancias entre la sátira y la diatriba, y el ímpetu mordaz de su carcajada. Recarga sus escritos con hiel de injurias despiadadas, con flamíferas sentencias hasta desfigurar a sus víctimas en histriones de la política vernácula y al país, en ergástulo de malsines.

¿Qué Leviatán sacudía sus alas de vampiro en el catolicismo de esa época para así despertar las iras del gigante ambateño?.

La verdad mantiene en su seno una dinamia capaz de imponerse al entendimiento y voluntad del hombre. Todo el que posee la

verdad, o cree poseerla, procura imponerla a los demás con las fuerzas del razonamiento, o con las de la espada. El catolicismo llega a la intolerancia por ser infalible. Cuando el entendimiento se divorcia de la lógica para contraer mupcias bastardas con el libre examen o la relatividad del escepticismo, adviene la tolerancia. La seguridad y el reposo del individuo y de la sociedad prohijan la intolerancia. ¿Qué sería de la ley si en su normatividad enhiesta diera margen para soportar el mal y a que éste quede sin castigo?. Esas antinomias discrepantes de la Religión se despedazan en la humildad y caridad que obligan a la Iglesia a soportar opiniones foráneas; es decir, a que sea indulgente. La tolerancia se convierte en virtud de mortificación que el Catolicismo, a fuerza de sufrirla en carne propia, alcanza una disposición de ánimo capaz de serenarse no sólo ante las herejías sino ante la distorsión de los dogmas, y de templar su mano evitando el apremio del látigo y la expulsión del templo a mercaderes de sofismas y a espúreos hijos que alimenta en su corazón.

Grecia no tolera a Sócrates. Roma expulsa a Ovidio y a los dioses extranjeros; el imperio de Nerón, de Diocleciano, de Vespasiano y de Calígula... por tres largos siglos da de beber a las arenas de los circos la sangre del Cristianismo, e ilumina los jardines con las antorchas vivas de los cuerpos de los mártires. La Media Luna sueña con sepultar la Cruz en Lepanto. La hoz y el martillo destrozan las páginas del Evangelio. ¿Qué mucho que la Iglesia relegara al Índice de los libros prohibidos a los “Siete Tratados” de Montalvo?; la cicatriz mural que raja el rostro de Berlín, Hungría masacrada por los tanques rusos en 1956 y los “presos de conciencia” arrancaron la máscara hipócrita al comunismo que se arrogaba el liderazgo de la libertad antimperial.

En estos mismos momentos la Iglesia, fuera de abolir el Índice, porta en sus entrañas un espiritualismo inepto y engañoso, que se endiosa en el culto al hombre, a las masas humanas; sin tomar en cuenta ni a la razón ni a Dios, busca sólo la satisfacción económica para la clases páuperas. Parece que para nuestro siglo escribió San Agustín: “Si nuestro fin no es más que eso; teniendo una naturaleza in-

finitamente superior a la de una bestia de carga; vuestra condición no será más noble que la de la acémila”. El momento actual, históricamente dramático, en el que todas las ideas están confundidas, todos los principios olvidados, todas las verdades holladas; y en esa subversión del orden, se abren paso los errores, las aberraciones y delirios febricitantes de la razón humana. A todo se le atribuye el cariz de relativo o verdadero, excepto a la verdad misma. Todo es bueno y virtuoso, excepto la virtud. Los dogmas han perdido su eternidad.

La duda se convierte en filosofía, el egoísmo en justicia, el interés en ley, la anarquía en gobierno y el ateísmo en religión. Un nuevo evangelio dictado por los profetas: Lutero, Marx, Freud y Charadin, se anuncia por boca de aquellos, a quienes Santa Teresa designaba como “almas tullidas”, es decir, inteligencias vacías e insufladas por el huracán de la soberbia. El catolicismo está, como ángel tutelar, junto a la cuna de las civilizaciones; mas hoy, esos herejes de sotana, lo sitúan sobre el sepulcro de los pueblos. Renán, que apostató del catolicismo para creer en la Filología y en las ciencias naturales, solía asegurar: “Los que salen del santuario, en cuerpo o en espíritu, tienen en los golpes que descargan al dogma, una firmeza de mano que nunca consiguen los seglares”.

Época enferma que ni siquiera se apasiona por el error, aunque desdeña y mira con indiferencia a la verdad. El bien y el mal, el árbol que produce la vida y el que madura la simiente de la muerte, se enraízan juntos en el mismo huerto. Y esos heterodoxos entregan al pueblo los frutos sin discrimen y sin compasión. La última causa de esta vergonzosa degradación no es tanto la flaqueza del espíritu cuanto la servidumbre de las pasiones, que como devoción se derrama por los miembros del cuerpo eclesial. El materialismo, como en los primeros siglos, reinicia el combate de la carne y del espíritu. El cristianismo destruye el egoísmo, la sensualidad y la tiranía porque es depositario de la justicia; su objetivo es señalar al hombre el lugar exacto en el orden de los seres y normatizar los pensamientos, afectos y acciones mediante dos grandes leyes: la verdad y la justicia; cuyas vi-

vas expresiones son los dogmas. Mas hoy todo lo inebria el error, todo lo adormece la indiferencia; mientras el odio y la guerra lo destruyen todo; pero ninguno sacia el corazón vacío de los pueblos.

Grecia, cuna de la ciencia, del arte y de la Filosofía, condenó a Sócrates a la muerte por anunciar la unidad de Dios; y dos décadas después, coronada de flores, degollaba cantando víctimas humanas en los lascivos altares de Citerea. Los delitos que en la Iglesia, cometen hombres que piensan con el vientre, no prueban que la religión es inútil sino que hay pocos que tienen religión. Si antaño sepultó libros en el anaquel de la prohibición; hoy los expurga; porque se halla ocupada en “barrer toda la mugre que se amontona en los conventos”, (9) los prebisterios y los catecismos. El mundo, como el arrianismo en tiempos de San Jerónimo, se aterra de encontrarse marxista, pansexualista y ateo.

Montalvo escribió en forma fulminante sus libelos, sin detenerse, como si le asqueara tan pútrida materia. Era un cóndor nacido en nieves plateadas, a quien el bajo instinto le obligó a descender hasta la podredumbre de la carne, hartarse de ella; mas aleteando siempre, siempre presto para lanzarse a los espacios infinitos.

El antiguo odio de las herejías se diluye en la risa de la Trotaconventos. Así se pierde la costumbre de mirar a Dios como a única y absoluta verdad. La rebelión del error se muestra taimada cuando arrastra al Evangelio hacia la relatividad, hacia el campo sanguinolento de Haceldama. Judas, por lo menos, se entregó a la horca de la desesperación, mientras los traidores del Dogma esperan confiados, en el infierno de su remordimiento, refrescar las lenguas en los dedos mojados de Dios.

Lucha Montalvo, con fuerza ciega, por la ingenuidad liberal, y logra sortear los meandros de una historia nacional atormentada. Lo que enraíza su cólera como pasión es el concepto de hombre vinculado directamente con la libertad y la estética. Su vida se aferra a la

.....
(9) G. Bernanos.

libertad que es infinitamente más profunda que los sistemas que lincean en nombre de ella; porque es centro de decisión para el amor, para la patria, para Dios. El católico sabe que la esencia del hombre es la libertad y que su vocación está amenazada si el alma no trasciende al mundo. ¡Quién se crea católico que no se resigne a sacrificar su vocación de hombre!. Aquella máquina infernal del liberalismo, a cuya creación contribuyó Montalvo, amenazaba suprimir no sólo al pueblo sino al país mediante dogales de sangre. Urbina, taimado, vengativo y ambicioso; Veintemilla, soez, brutal, sicario del puñal; jalonados los dos por una procesión de ataúdes, fueron grandezas liberales amasadas en sangre, lágrimas y revolución; fuerzas inútiles y destructivas como las de los volcanes. El desbarajuste político de un Ecuador dislocado por la rebeldía liberal implicó la renuncia de Montalvo a los ideales por los que batalló y el reconocimiento de una existencia y afán truncados. Estrechóse, entonces, más aún el ángulo de pesadumbre; y no dio pábulo a los ribetes de tragedia y excentricidad de perturbación y de sensualidad, de caracteres vesánicos; su memoria e imaginación sólo para la venganza; y por fin se abandonó en “Las Catilinas” a todo género de iracundias. La fusión de sangres y las presiones atávicas rechazaron en él toda soldadura. Y se despertó Satán... poseído de epiléptica risa, alrededor de la universal destrucción del Ecuador, como murciélago en esta penúltima noche de la historia.

El liberalismo en el Ecuador o fue el “Sepulturero de nuestra patria” o se ha movido como el chacal en torno de un sepulcro.

Si consideramos “que el clericalismo es el acaparamiento indebido de poderes o de bienes, qué no son propios de la función sacerdotal; si el clericalismo autoriza o disimula la cobardía humana, la sustitución del hombre por Dios... entonces se puede reprochar a la clerecía en nombre del honor de la Iglesia, en nombre de la cristiandad” (10) La cumbre de la vida de Cristo es su agonía; la cumbre de

.....
(10) G. Bernanos.

la vida de la Iglesia es comunidad de sufrimiento, de salvación y de gloria. La Iglesia no es edificio de perfección humana; existe para transmitirnos gracia, nacida del sufrimiento, que es más grande que la perfección humana. Pero la gracia y el pecado se dan cita en el corazón del hombre; y la Iglesia sufre con esta división del mundo, con este desgarramiento del alma. ¿Qué sería una Iglesia que no sufriera, como su Maestro y cabeza, en la aurora de Jethzemaní, en el crepúsculo del Calvario y en el alba del Domingo de Pascua, sin poder tocar a su Señor? Hoy la Iglesia realiza su propio protestantismo, con sacerdotes que llevan la cruz en el pecho y en la boca la blasfemia de Lenin, que oyen las voces del comunismo y no las de la eternidad. La Iglesia sangolotea bajo la cruz del clericalismo social.

Salían de la boca de Montalvo horduras. Casi nunca estuvo sobre sus estribos y siempre borbotó palabras ásperas y desabridas, que fueron ofensa para todos; anduvo siempre resoplando y atizando el fuego de la discordia entre ecuatorianos. Hubo en su corazón acedia y aversión contra todos sus benefactores; los mantenía en ojeriza y quedaba rostrituerto con ellos. La malicia y gravedad de este vicio montalvino consistía en que infamaba a sus contradictores, los despreciaba, teniéndolos en menos, y dándoles bajo e injurioso lugar en la república de las letras, por indicios livianos, quitándoles la estima y buena opinión que de ellos se tenía, y las que merecían por derecho natural mientras sus obras no dieran suficiente testimonio de lo contrario. Al malo e imperfecto todo le parece malo, y todas las cosas echa a mala parte, porque las mira por cristal de esa misma calidad; porque él hace las cosas de aquella manera, y por aquellos fines y respetos, y piensa que así las hacen los demás. Cómo les cuadra aquello, que dice San Pablo: “a vos mismo os condenáis en estos juicios; pues vos hacéis aquello que juzgáis”.

Dicen muy bien, que las letras y talentos grandes en este hombre inmortificado fueron como una espada en manos de un furioso, que a sí mismo y a otros dañó con ella. La “Mercurial Eclesiástica” fue el polen de la ferocidad montalvina.



3.- DRAMATURGIA

Y por adoptar Montalvo, a veces, ese su ampuloso hablar, oriental y moruno, en diálogos vaciados en un mismo y monótono decir, insípidos de acción y sápidos de sentencia; críticos zarramplines hay que lo motejan de dramaturgo, y dramaturgo didascálico, moralista. La acción, la acción sola, íntegra y pormenorizada, su origen, sus móviles; lo que dicen, lo que hacen, lo que sienten los agentes de ella; esto, sólo esto es lo que se ve, lo que encanta y suspende en el drama. Encanta y suspende ya con amor, ya con odio, ya con espanto, ya con todas esas grandes pasiones juntas, encontradas, en choque horrible, en lucha atroz.

¿No es drama la representación verosímil de la acción humana, en la que jamás interviene el autor, bajo sentencia de decapitar la ficción y derrocar el interés? El drama se sostiene con sensaciones, y éstas no existen sino cuando los afectos más íntimos del corazón, no las tesis frías de moral estoica, exaltan y se combaten entre sí hasta encarnarse en los personajes, parte tal vez culminante y difícil de la acción dramática. ¡Montalvo, “dramático”! “¿La risa, amigos, contener podéis?”, diría el Cisne de Venusia. Eso sí; lenguaje varonil que sólo parece apto para el épico romance, el intenso lirismo de los místicos, la grandilocuencia de la oda convencional y el metálico trompeteo de los cantos de guerra; mas no es el dramaturgo que va a la naturaleza primero, luego se adentra en sí con su mies de experiencia cogida en la realidad, y apta para el tinglado de la acción.

4.- “EL REGENERADOR”. “EL ESPECTADOR”. y “EL COSMOPOLITA”

“Il se croit philosophe; mais il n’ est qu’ un journaliste de génie”: sentencia que se aplica a Montalvo. Como periodista es captador de la realidad viva. Esa realidad ya muerta, que el historiador y el filósofo a duras penas tratan de restablecer y escudriñar revolviendo, co-

mo huesos polvorientos, documentos y datos, vive y rebulle todavía cuando Montalvo la capta y expresa. Hay pues, en el gran periodista un filósofo y un historiador. Hay también un artista, porque es capaz de expresar la vida. El filósofo podrá explicarla; el historiador relatarla; solo el artista la expresa. Y si hay fluidez en los ensayos montalvinos se debe, en parte, a la presión del público acostumbrado a desayunarse con ideas. Su estilo es como un río claro que fluye siempre igual y regular, reflejando lo que cruza en el cielo espiritual del autor; y el cielo es la pupila de Dios.

El estilo es el hombre, definía Buffon; el lenguaje, en cambio, es la nación, que poseyendo un acervo de vocablos, alineados por la Sintaxis, forja una evolución centrífuga que parte del espíritu popular hacia la Literatura. En el caso de España, el habla de Castilla llega hasta la ternura de San Juan de la Cruz, la clásica elegancia de Luis de León, la férvida y aldeana sencillez de Teresa de Ávila, la refinada cortesanía de Garcí Lasso, la convincente sobriedad de Saavedra Fajardo, la emoción lírica de los sonetos de Quevedo; ¿y en América?... a la exhuberancia tropical de Montalvo, a los arrebatos eponinos de Olmedo, a la frialdad estética de los mármoles de Bello, a la embriaguez romántica de Zorrilla de San Martín; lenguaje que sabe ser sencillo y bello tuvo que ser, por fuerza, creación del inmenso espíritu español y nacional americano.

5. EL CANTO DEL CISNE

Cada día tiene su dolor, cada hora su pena; en el cielo, tempestades y rayos; en el mar, abismos y tormentos; en las flores, espinas; en el campo, víboras y serpientes; en la vida, enfermedades; en la gloria, desengaño; en el amor, desencanto y olvido; y en el seno del universo, que vive y brilla y engendra estrellas, las negras fauces de la muerte.

“Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuvie-

se privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba”.

Abre así Cervantes las puertas de la eternidad al de la Triste Figura, caballero andante de la fama y síntesis del espíritu de una raza. Y como cumbre y remate de arte, le restituye la aureola de la razón, antes de que la muerte lo traslade a la inmortalidad. El Cervantes americano, para cubrirse con cobertor de gusanera, logra que su pensamiento se afinque en la morada eterna, después de una larga jornada celestial; así, liba con ánimo espiritual y generoso el trago de la muerte, y da fin a sus trabajos y principio a su galardón.

Décadas atrás, antes que Dios le sacase de la penosa cárcel del cuerpo, comenzó a limar la obra angular de su creación: “Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes”, a la que colocó ese panal de limen que se llama “El Buscapié”. Libros que se iniciaron en el ostracismo de la fría, silvosa Ipiales. Gloria póstuma que lo incrustó en el corazón de la lengua castellana. Ahíto de política, áspero y desabrido por abortar la cólera de sus rayos sobre montes y collados, Montalvo se teó a la fronda del árbol cervantino. Como político teórico y doctrinario salió lacerado de contiendas y escaramuzas nacionales, contra las que lidió en los senos mismos de su alma. Literato enseñoreado en el clasicismo, se engolfó en las heráldicas de la Andante Caballería, y desnudó de la letra impresa al mundo fabuloso del honor, del culto a la dama y a Dios; ideales por los que el corazón de Montalvo tuvo hambre y sin los que se sintió desesperadamente solo.

Falta hacen, en la república de las letras, libros como el de Montalvo, que hagan sentir y pensar como ellos sintieron y pensaron, para que la vida actual y nuestra sea continuación progresiva de la Historia. Libros que estudien en su origen y fuente prístina, en sus naturales derivaciones e influencias, aquella vida superior en la que palpita el ideal que tanta admiración causó al mundo; y que impulsen a obrar conforme a la índole y psicología de nuestra idiosincracia. En esa época partía el caballero andante de una entelequia de justicia, un tanto imprecisa, pero su pundonor y orgullo la mantenían, exal-

tándola hacia las jocundas tierras de fantasía. La base de la formación caballeresca era jurídica; las “Siete Partidas” eran el Código del caballero castellano; y su ruptura, así como la del fuero de la honra, no admitían otra reparación que la del duelo: “El Santo Juicio de Dios”. El honor era una obligación viva y presente en la conciencia que inclinaba al cumplimiento del deber: puedo, luego debo.

Las Cruzadas, el gran movimiento que descuajó al Occidente sobre el Oriente, se generaron en el culto devoto a las reliquias, siendo las del Sepulcro de Cristo, por más venerables, el tenor y recurso oratorio de Pedro el Ermitaño y de Bernardo del Claravalle. El alma guerrera y nómada, ávida de aventureras, de las razas normanda y germana; y los altos fines prefijados por el Cristianismo, obligaron a que los caballeros feudales se transformaran de tiranos en redentores, y a que nacieran las Órdenes Militares, que sólo en la Península Ibérica fueron en números de seis. Los seguidores del alfanje de Mahoma temblaron ante ellas, y no pudiendo vencerlas la corrompieron y, mediante inmensas riquezas, las bastardearon hasta hundir esa su gloriosa historia en miserable fin catastrófico.

El aroma de la flor caballeresca embalsama el ambiente de tres siglos del XI al XIII. La Caballería es el fruto del injerto del sentimiento del honor y del culto a la mujer, genuinamente cristianos, en el tronco bárbaro de la continencia y lealtad célticas. Desde las mismas “Cortes de Amor”, que pese a su lubricidad, exhalan espiritualismo para la mujer, hasta el Dante, que cierra la Edad Media; la Caballería se declara cautiva y sentida ante la trilogía de Dios, la dama y el honor.

El resplandor, que emanan las reglas, los yelmos y las armas caballerescos, alcanza a relampaguear aún en el Renacimiento: El Cisne de Sorrento lanza sobre ella su cántico postrero; y Tasso, lágrimas de funeral; mientras Cervantes riela benévola sonrisa en las páginas sombrías del “Quijote”; y en nuestra Edad de Hierro, en las goteras del Siglo XX, Montalvo aurora el sol caballeresco desde el balcón de los Andes.

El género caballeresco en Literatura, como el barroco al fenecer el siglo XVII, experimentó en su culmen el fenómeno de desintegra-

ción, sinónimo de muerte. Cuando cada elemento consigue desarrollo y preponderancia, aspira a la emancipación e inicia el proceso centrífugo que acaba con su ser. Las imágenes desmesuradas, las metáforas exorbitantes, antítesis rotas, delirios y fantasmagorías que usurpan lo sublime; fanfarrones cobardes prometiendo hazañas extrahumanas; todo fuera de su sitio natural... denuncian un estado de descomposición donde hay agotamiento, vejez y decrepitud. Estas desintegraciones del arte sufren también la influencia de accidentes históricos que retardan o aceleran su muerte; pero semejantes circunstancias no procrean jamás los hechos. La sátira de Fray Gerundio no hundi6 lo que ya estaba inhumanado, como la del Quijote no fue lápida para los Libros de Caballería, que estuvieron aniquilados. Son las mismas formas del arte, acabadas y fenecidas, las que crean esas parodias satíricas, como los cadáveres se alumbran con los fuegos fatuos que brotan de sí. Parece ley de Literatura que las obras maestras de una categoría estética se produzcan cuando ese mismo género inicia su decadencia. ¡La obra cumbre siempre es un canto de cisne!

El misterio del Quijote, tan bien explotado por Cervantes, en sentir de Díaz Plaja que confirma la intuición de Miguel Herrero, consiste en su anacronismo, en el encuentro de un caballero g6tico que vivi6 en tiempos de Carlomagno con una sociedad un siglo posterior, dominada por la Inquisici6n de los Austrias. ¡Pobre Miguel de Cervantes y Saavedra! Le roban una mano en Lepanto, la libertad en Argel, la honra en las cárceles de Sevilla y la segunda parte del Quijote en Tarragona. En el Ecuador, Montalvo, restituirá a la Historia de la Literatura, los tesoros raptados por esas infandas rapiñas.

En las obras de arte lo más bello y encantador es precisamente lo que no se ve y se adivina, lo que traza y reconstruye la imaginaci6n estética del que oye, contempla o lee. Este secreto de lo pulcro sugiere ideas y sentimientos que no declara su autor.

El libro p6stumo de Montalvo es un taciturno itinerario por la mente de Cervantes, sólo para sugerir la sublimaci6n racional y eterna del personaje “Don Quijote”, postrer esperpento de la Andante Caballería.

El Quijote fue para el hijo de la antigua Compluto, un libro de so-laz en los ocios repletos de tedio y de murria, compuesto entre los barrotos de una cárcel y el disgusto por el atentado de Avellaneda, a vuela pluma sin lima ni corrección; en el que aquel espíritu punzante y mordaz, irónico y regocijado, de humanismo sin hiel, ridiculizó las deformaciones monstruosas de la literatura de caballerías, podó lo descomunal y gigantesco de la fronda intrincada de acciones y aventuras sin término ni unidad, los absurdos y falsedades de libros y poemas caballerescos, y en sus raíces mondas injertó el espíritu cristiano e idealista del medievo, la nobleza de la raza hispánica, la intuición psicológica, la creación en fin de personajes reales y vivientes en los que mejor se retratan las valientes y recias aspiraciones de la humanidad. Y en la intranquilidad del ergástulo de Sevilla, el clásico y romántico y naturalista Cervantes, inundada el alma de hondas tristezas “burla burlando” fijó el habla popular, erudita y caballeresca, con el arrobo mental que guió su peñola y con la sangre de la humanidad entera. “El Manco” es el mejor hablista castellano, en juicio de Cejador, el que mejor ha sabido valerse del instrumento, como técnico consumado, para elaborar su obra artística. El mismo compendió en breves palabras su técnica del lenguaje: “procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oración, y período, sonoro, festivo. Pintando en todo lo que alcanzáredes, y fuere posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escuecerlos” (Quijote I, V).

Montalvo se apechó con la obra de Cervantes cuando la política le dio ocio, y sin echar a las márgenes las brozas de lo añejo, resucitó la literatura de los andantes de esos “que a sus aventuras van”, y prolongó los días de hermosa y veneranda vejez de giros y vocablos cervantinos, de palabras y locuciones de los místicos de los siglos XV y XVI, cuya resurrección dio pábulo para el encomio a los mejores hablistas como Caro, Cuervo, Pardo y Valera, desde el instante en que irrumpió con el primer cuadernillo de “El Cosmopolita” que bloqueó el alud de barbarismos y galiparda conservados por escritores de valía. Esas alabanzas esparcidas a los garrapatos iniciativos y a

los libros posteriores ex ungue leonis, lo entigrecieron y enserpentearon como para destruir a zarpazos y mordeduras la crítica mezquina de mal avisados y descontentadizos gramáticos, alineados por el insigne y castizo polemista José Modesto Espinoza. Desde entonces ningún gramático, lingüista y filólogo osa pronunciar el nombre de Montalvo sin poner en los labios todo el incienso del alma.

Lengua montalvina cocida en los rescoldos del amor divino; nacida para encumbrarse sobre los Andes y llegarse a las moradas del Esposo; estilo aquel de aquella Edad que tantas plumas de oro acicaló tan diferentes entre sí todas y, con todo, todas ellas empapadas en la misma tinta bermeja del costado del Salvador; estilo aquel de Montalvo, en el que no se sabe de seguro si el cielo bajó a Ambato o fue Ambato la que se niveló con el cielo.

En el mundo impera la injusticia, dice la premisa del Manco en el capitel de las columnas de su libro; y todo pecho resume un espíritu combativo para desterrarla de la sociedad mediante armas diestras para cada aptitud humana. ¡La injusticia social!, que obligó a Cristo a empuñar el látigo, y a Marx la hoz; y al Manchego su lanza enmohecida. De los labios de Jesús manaron las bienaventuranzas, en batalla sin cuartel, para la conquista de la justicia y de la santidad, como manifestación del amor de Dios y de los hombres; para los que Él determina un orden social, “un reino”, basado en la verdad y en la justicia. El martillo de Marx golpea sin compasión la economía y sus reflejos: la sociedad clasista y el estado burgués, y cae sobre los clavos con los que entierra en el sarcófago a Dios. Quijano el Bueno cree que la justicia vendrá por el camino que desbrozaron las armas y la violencia; limpio de malandrines, follores, vestigios y desaforados jayanes, gracias a los botes de lanza, diestra y certera, bien manejada por la fuerza de ese su invencible brazo; y para ejercitar el el “jus gladii” profesa en la Orden de la Caballería Andante; con cuyas enseñas y pragmáticas pretende iluminar la noche purpurinache purpurina de su alienación paranoica. ¿Acaso el hombre actual no se enfrenta con el estúpido crimen de la guerra a la reivindicación social?. Su precursor, el Caballero de los Leones, asumió el compro-

miso combativo, la defensa del desvalido con una declaración de duelo a muerte con la sociedad; lanza en ristre, juró que la traspasaría de pecho a espalda, y que la justicia volvería a su trono del que la expulsó un plato de lentejas. ¡Error, tú tienes alma de locura y corazón de orgullo; y sólo alargas la rienda al despotismo de la pasión!.

Ese compromiso, que asume todo hombre, exige armas que no se divorcien de la contextura temperamental del combatiente. Cervantes fue el primero en encontrar que la espada, la lanza y rodela fueron impropias para Don Quijote de la Mancha; pudo tomar un púlpito, la pluma, parcelar para los menesterosos las hanegas de tierra deshaciéndolas para destruir la injusticia. Ridículo se sentiría el arcabuz detonante en las manos escuálidas de ese sacerdote de la paz. Si bien la conclusión del silogismo cervantino, exigida por la lógica, se resume en el gran deseo universal: yo lucharé contra la injusticia; se trueca en sofisma por el alambicado pensamiento del Manchego; “luego me armaré caballero”. Es el mismo engaño por cuyo despeñadero rueda la locura de todo fanatismo: la instalación de la muerte, del caos del odio, de la tea revolucionaria para la destrucción, con el pregón de que surgirá el Paraíso social de las cenizas de los muertos y del cadáver de la libertad.

¿Es la fuerza del dolor de los proletarios unidos la fuente de la vida histórica, siempre y cuando luchen con conciencia y fuerza de su miseria contra los opresores de su clase? ¿cómo es posible llevar por el odio y la lucha al término del amor? Dentro del anillo de la pobreza se pretende arrojar el peso de una doctrina y de la historia. ¡El odio no engendra sino la muerte; sólo el amor es capaz de fecundar la vida!.

La aurora del Evangelio despunta sobre la plenitud del hombre para proyectarlo al Padre; mas la rebelión de las masas y el quietismo de los privilegiados impide al espíritu asimilarse a Dios por la justicia. La carne es la tumba del alma, profetizó Platón.

Enseñar al que no sabe, bendecir la espuela del soldado, orar al Cristo en las manos venerandas del Sacerdote, dar la luz del Verbo al ciego, llegar con el cordial de la rebeldía a los que desfallecen, ex-

tender el pan a los que viven de la palabra, dispensar hartura a los tuberculizados del espíritu, repletar los alaridos del estómago vacío y los del corazón hastiado... ¡Bienaventurado el Hijo del Hombre que desde la frente de la Montaña educó al espíritu de la humanidad!.

Por los campos de Montiel y la aridez de la tundida estepa castellana, por los remendados senderos de la Mancha y las estrelladas lagunas de Ruidera, por los casalicios recién enjalbegados de Sierra Morena, y las arenas lastadas por las empresas justadoras del Caballero de la Blanca Luna... El de la Triste Figura desgalgó hasta el fracaso y el ridículo; porque no supo empuñar armas eternas y soluciones definitivas contra las injusticias, que perdurarán junto a la vera carnal de la naturaleza humanamente corrompida. Pese a lo cual una onda eléctrica de paidología universal late en cada página, en cada línea, escritas por el Manco: “Don Quijote se educa a sí propio, educa a Sancho, y el libro entero es una pedagogía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías, la conquista del ideal por un loco y por un rústico, la locura aleccionando y corrigiendo a la prudencia mundana, el sentido común ennoblecido por su contacto con el ascuva viva y sagrada del ideal” (11)

Diga lo que diga cierta moda literaria, flor de un día; pero el primoroso orfebre que cincela filigranas de estilo y que deleita y hasta asombra, no se impondrá al espíritu de modo perdurable si no anima sus creaciones con un soplo de eternidad, con un mensaje perenne, con tal cual enseñanza latente e inmarcesible que sobreviva y flote en la inmensidad histórica del mundo. Muchos títulos como los de filósofo, político, panfletario, clásico... califican a Montalvo; mas uno solo lo determina: maestro. Ya que se consagró a esculpir enseñanzas desde la cátedra silenciosa y amiga del libro. En su postrer obra aurora una ceja de luz en recónditas lontanazas, en la que se perfilan la libertad y la justicia: el pueblo rústico y sus conductores mentales campean juntos en los amplios territorios de la patria.

.....
(11) M. Menéndez y Pelayo.

La potencia constructora del maestro se afina en la transmisión de la cultura, legada por generaciones pretéritas, a las masas sociales para humanizarlas e insuflarlas con una concepción trascendente del espíritu cultural; el maestro es el puente y pastor de los grupos y movimientos colectivos. Pero para la formación de la mente no basta la enseñanza, entendida como una exposición y captación de ideas, es necesario dotarle de un influjo espiritual de tal contextura que sea capaz de transmutar a un pueblo, a una raza. Esta didáctica es la que fluye, en ondas eléctricas, del libro de Montalvo, capaz de iluminar con las centellas de la rebelión al derecho contra la fuerza. Si el educador es apóstol de la verdad, por lógica consecuencia el libro de caballería de Montalvo es el genuino educador del hombre.

Educación es emancipar. Es la liberación, en primer término, de la inteligencia aherrojada por la ignorancia; es también la independencia pasional del corazón, la abdicación de la voluntad al mal y a la servidumbre de la pasión. Es la hegemonía del hombre sobre sus tiranos íntimos; el restablecimiento del orden en el reino del bien, de la personalidad humana, de la sociedad. Libros forjadores de cultura y honestidad son los educadores, los maestros del pueblo.

“Cultura añeja”, “Ciencia cervantina”, síntesis suprema del Renacimiento Español, constituyen “Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes” y el prólogo de “El Buscapié”. El espíritu cristiano de personajes es capaz de elevar a zafios y azotes a la categoría de ángeles; el lector puede establecer una simbiosis entre los actores y su propia vida; la mutua interacción beneficia a la humanidad, y de esas páginas mana el mensaje, la eterna enseñanza para quienes, en un momento crucial de confusión, pierden el derrotero de la fe en sus destinos. Uno de los trabajos irrenunciables del hombre es combatir en sí mismo la tiranía de la mediocridad.

Guillén de Castro, Calderón de la Barca, Gómez Labrador, Meléndez Valdez; y Alonso Fernández de Avellaneda, que bien pudo ser: Fray Luis de Aliaga, Fray Andrés Pérez, Fray Lope de Vega y Carpio, Fray Alonso Fernández, Bartolomé Leonardo de Argensola,

Alfonso Lamberto, Pedro Liñán de Riera, Alfonso de Ledesma... ingenios de constelaciones de la Edad de Oro, fracasaron en el intento inimitable de imitar a Cervantes. Ese libro “monolito”, monumento de un solo bloque, se resistió y se resiste a la copia del espíritu; quienes lo intentaron yacen en sepultura de los riscos de esa “Montaña Sacra”, bajo el epitafio del Florentino:

“Lasciate ogni speranza, voi ch’ entrate”

que guarda insepulto el cadáver de la esperanza. Al apropiarse Montalvo de la expresión que Cervantes inserta en el “Prólogo al Lector” de la Segunda Parte del Quijote: *“Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido”*, para la obertura del “Buscapié”, parece dar pábulo al arrepentimiento y a la confusión que brotan de la fallida osadía, al considerar que el suceso literario resultó muy menguado para el intento emprendido. Pensó decir algo donde podía volcar el infinito, y se mantuvo al parecer corrido en tan dilatado campo cervantino. Por lo menos tuvo conciencia de que en tan soberana materia no cabe la imitación sino la reverencia más cumplida; pues que los tres elementos constitutivos de “El Quijote”: el espíritu cristiano del de la Triste Figura, la chispeante agudeza del “Manco”, y la elocuente donosura de la lengua, no pueden alcanzarse a la vez, porque se adunan con estrecha y maravillosa trabazón.

Pero por separado, Montalvo arrebató al último; y en aquellos sus libros admirables nuestra lengua toca a la cumbre de su perfección; y en lo que atañe a la sublimidad de la enseñanza, encontró en la majestad del lenguaje montalvino su más digno y precioso engaste, y en el estilo y dicción del Ambateño, las galas y preesas más excelentes que ha tenido jamás lengua hablada por el hombre.

Cervantes, si no en el arte, en el fondo del personaje fundió la alegría, el ideal cristiano y la vejez. Nota fundamental de la grandeza es la unidad. El alma vulgar dispersa actividades y se prodiga en caprichos veleidosos. La que es grande, se unifica hacia la dirección de estrella fija; y tanto es

más excelsa cuanto más perfecta es la solidez de la coherencia unitaria. Encontrar un ideal que cautive la inteligencia, descubrir la bondad cumplida, la belleza perfecta que arrebate hasta la última fibra del corazón, es unificar la vida en bloque, en plenitud; es encontrar el secreto de la verdadera grandeza humana. El ideal es amor y fe que se siembran en la mocedad y fructifican en la madurez; y la alegría brota de la oblación del dolor en las manos de Cristo a rédito eterno. Cervantes cuajó en síntesis eterna lo que Hegel soñaba filosóficamente aunar en antítesis filodoxas a Dios, al Hombre y a Cristo. Hombre que no tenga ideal, fe en la justicia, alegría en el sufrimiento, constancia en el anhelo del bien, para el Manco, no es hombre. Y este secreto, que Cervantes descubrió en su propia vida, no ha sido develado jamás por sus imitadores, y ni siquiera por Montalvo, el Cervantes Americano, pese al dominio de la propiedad del lenguaje y a su pátina labrada por antigüedades del Siglo de Oro.

Y después de estas sus famosas obras, Montalvo ofreció su bien tajada pluma como exvoto, en el ara del templo de la gloria, al espíritu ecuménico de la Lengua Castellana; así como le ofrendó El Manco al colgar la suya en hilo de oro, por manos de Cide Hamete Benengeli, mas en la humilde espetera de menaje. Desde entonces ya no le importaron las lamentaciones del buen consejo de Sancho, cuando vendados los ojos por las lágrimas, entre suspiros y quejas sollozaba: “¡Ay! No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre es dejarse morir...”





VII. POR EL BARRANCO DEL ESPÍRITU

Nil aliud sibi naturam latrare, nisi ut quod
corpore sejuntos dolor absit, mente fratur
jucundu sensu, cura remotus metequae?

¡Oíd la voz de la naturaleza! ¿Qué es lo que
de vosotros solicita?. Un cuerpo exento de
dolores; un alma libre de terrores, locuras e
inquietudes.

Horacio

Non locus effusi late maris arbiter, aufert
...Et
post equitem sedet atra cura.

No son las hermosas soledades las que dominan
la vastedad de los mares, las que disipan las penas;
éstas se agazapan a la conciencia
y galopan con nosotros.

Lucrecio

Yo mismo me volví enigma a mis propios ojos.
San Agustín

Quizá nadie puede ser escritor...
sin una cierta locura.

Macaulay

Cierta crítica moderna se ufana en despreciar la Estética y la Psiquiatría; sin percatarse que la noción de lo pulcro guarda las normas para medir la creación de las formas sensibles bellas y para la expresión de la verdad; y la Psicología profunda patentiza los secretos del inconsciente, su dinámica y sublimación. Ya Bergler, en su época, aconsejaba a los críticos, que “serían mejores si entendieran algo de la psiquiatría”. Sin estas dos ciencias, la crítica sería muy cándida y se envanecería de su omnisciencia.

Las fuerzas físicas, vegetativas, sensitivas, intelectivas y sobrenaturales, forman en el hombre un torrente vital unificado. Se influyen mutuamente bajo el principio de la unidad individual; mantienen, es verdad, la interdependencia como ley, sin que impidan la autonomía de los elementos stratigráficos en los actos psíquicos normales o enfermizos.

La naturaleza humana se muestra en su desnudez en el enfermo mental, donde pueden espectarse las deshumanizaciones del hombre. Los instintos son valores ciclópeos. La misión del hombre es encausarlos de acuerdo con su naturaleza superior; cuando una personalidad se desintegra por una enfermedad mental, los instintos se transforman en fuerzas de esclavización capaces de destruir al hombre, a la humanidad y al mundo. En la realización del placer instintivo anormal está la fisión atómica que puede aniquilar la vida en el planeta. Suficiente es leer las primeras líneas de las “Confesiones” de Rousseau, las diatribas intolerantes de Voltaire o la dialéctica de Lenin, para darse cuenta de que esas naturalezas idealistas, morbosamente pasionales, iniciaron las épocas del terror y de las “purgas”, en el 93 y en la revolución bolchevique.

De acuerdo con la clasificación de Otto Runk, el literato se sitúa entre el tipo soñador y el neurótico. Este sólo se diferenciaría de aquél en grados de intensidad. El artista es un fugitivo, insatisfecho de la realidad; es alguien que se evade hacia el mundo de la fantasía, aspecto en el que se asemeja al del neurótico; sólo que el artista, después de crear, retorna a la realidad. La neurosis, pese a sus febriles

tentativas, no vuelve de su luz crepuscular. La creación literaria brota del dolor de pensar y de sentir; es decir, de un conflicto psíquico. Y cuando se plasma en la arcilla estética, encuentra que esta expresión no ha vaciado el contenido de la idea y del deseo; mas, con todo, es una descarga afectiva del potencial de la personalidad del escritor; un mecanismo de defensa, cuyo proceso se halla aún en la penumbra de la Psiquiatría. Así, el escritor no compone sus obras para comunicar al público el producto de su creación, sino sólo para resolver conflictos interiores. La Literatura viene a ser, en este caso, un capítulo de la conflagración de la conciencia, aceptada implícitamente por el inconsciente. Esta actitud explica, tal vez, el desprecio que el escritor siente por el público y su opinión, que están siempre “ansiosos de frivolidades azucaradas” en opinión de André Gide; pero ese mismo escritor es el que desea y busca la aprobación del público “despreciado”.

El escritor, a fuer de humano, es sujeto de conflictos neuróticos, y, en muchos casos, llega a ser un psicópata declarado. (Nietzsche, Dostoyewski, Wilde). Inconscientemente trata de solucionar sus conflictos por medio de la literatura, que asume la categoría de psicógeno o terapia. Otras veces, al sentir el tábano de la conciencia, el escritor reacciona con la agresión. Esto explicaría lo que dijo Elizabeth Bowen: “El escritor tiene que luchar contra algo”, es decir, el tema mismo se transforma, por su dificultad de dominarlo, en enemigo que debe ser destruido. Tal vez esto explique los ataques de los apologistas; la represión a las costumbres, instituciones, prejuicios e injusticias; mecanismos defensivos que sólo en un tercer plano podrían justificarse con una racionalización.

A todo lo anterior, es preciso añadir la estructura corporal, estudiada por Krestschmer y sus discípulos, que puede reducirse a las morfológicas pícnica, astécnica o leptosomática, atlética y displástica. El leptosomático o leptomorfo, al que pertenece Juan Montalvo, se caracteriza por la delgadez angulosa de sus formas, de corpulencia débil y cavidades viscerales reducidas. Montalvo fue de andar flo-

jo, “como flamenco”. (12) desnutrido, con avitaminosis y consumido por la tisis; todo su organismo padeció disminución del eje lateral; predominaba, en cambio, la verticalidad de línea; tenía un adelgazamiento general en todos los segmentos: el tronco enjuto, pecho en forma de quilla, costillas oblicuas, agudización del ángulo epigástrico de Charpy, retracción del abdomen, “vientre mal ceñido”, lacio. Si se contemplan retratos y el cadáver del ambateño, se observa un pecho angosto y levantado hacia el esternón, cintura escapular angulosa “en percha” de la que penden brazos largos, con dedos y manos afilados; caderas secas, glúteos aplastados, muslos magros, pantorrillas de gallo, pies largos y delgados; y, como en contraste, articulaciones prominentes de aspecto nudoso. Fue, el de Montalvo, un rostro casi triangular, “en trompo”, con perfiles salientes, como “hoja de cuchillo”, por el aplastamiento de las mejillas, la prominencia de la nariz, recta, delgada y puntiaguda; y por el retraimiento de la barbilla, “perfil de Winkel” según Kretschmer.

Montalvo, alto y nervioso, presentaba un rostro violento, sin sombra de línea feminoide; visto de perfil, era semejante a la cara de una moneda romana; su frente coronada de áspides retorcidos; bajo el arco ciliar de las cejas ardían dos ascuas de acero; en su rostro ce-trino brillaba la dentadura de un carnívoro de presa.

Levy-Valersi designa con el nombre de esquizofrenia a “Todos los estados psíquicos que presentan como síndrome esencial la ruptura del contacto con la realidad; los enfermos viven en un mundo interior. La esquizofrenia comprendería la gran mayoría de las psicosis”. Según Bleuler, la causa precisa de la perturbación sería “el aislamiento del individuo respecto al mundo exterior, la pérdida de contacto con lo real, abismado el sujeto en una vida interior, se complace en sus representaciones mentales (autismo); que provocaría los actos discordantes, las reacciones contrarias por la misma excitación (ambivalencia), la indiferencia, la falta de curiosidad”.

.....
(12) Oscar Efrén Reyes. Biografía de Montalvo.

¿Fue Montalvo un tipo esquizoide con ese impulso a la fuga psicasténica, esa perpetua necesidad de cambiar de sitio, esa dromomanía, y ese vagabundear noctámbulo obsesionante de toda su vida?. Cuando se aleja de la sociedad siente el impulso primario de hablarse a sí mismo; lo que le transporta al dintel del monólogo. El soliloquio fluye al proclamar lo que los otros dicen silenciosamente o casi sin palabras. Y cuando el Cosmopolita escribe, vale decir, cuando combate contra la soledad, su obra literaria es el puente extendido entre la cárcel voluntaria y el carnaval social. La antítesis Montalvo-sociedad jamás podrá expresarse en síntesis armónica; él, el flagelante de ella, y su víctima propicia; y ésta, murmurándole sin tomarlo como a catalizador de su progreso. Ante este problema antinómico el mismo Freud se sintió derrotado en el ensayo sobre Dostoyewski: “desgraciadamente el psicoanálisis tiene que dejar sus armas ante el problema del artista”. Ibsen enucleó mejor la dificultad, en este cuarteto:

“El vivir significa combatir fuerzas oscuras,
aspectos contenidos en nosotros,
el escribir significa examinar la causa
de nuestro Ego acusado”.

Montalvo, como Hamlet, representa el tipo de hombre cuya energía volitiva está encadenada por una actividad intelectual obnubilante, propia de los caracteres irresolutos, morbosos, que lindan en la neurastenia. Son los enfermos de indecisión. Montalvo no fue ni dinámico ni pragmático, careció del sentido positivo de la vida, no afrontó sus responsabilidades y, sin presentarle duelo a última sangre, capituló ante las exigencias del deber, en edad temprana.

C. G. Yung interpretó el *Zarathustra* como el substrato dual de la persona, cuya silente génesis nace jocunda. Son palabras de Nietzsche:

Da, plötzlich, Freunding! Wurde Einszu Zwei
 Und Zarathustra gieng anmir vorbei.
 Entonces repentinamente amiga,
 Yo me convertí en dos
 Y Zarathustra pasó por mí.

Suele el literato, en determinados pasajes, pensar y expresarse mediante los personajes creados, por donde vierte sus secretos conscientes, sus “ponzoñas” como lo hizo Goethe por *Los Sufrimientos del Joven Werther*, André Gide por *André Walter* y Montalvo por “Las Catilinarías”. A esa conciencia dupla Dessoir denomina *Oberbewusstsein* y *Unterbewusstsein*, conciencia superior e inferior; sus atisbos son los sueños y las impresiones del sonambulismo. Y añade Dessoir: “Todo escritor lleva dentro de sí las semillas de una doble personalidad.” A la que, en Montalvo, hesitaba el aislamiento por la orgullosa gúmba de aristocracia y por las exigencias de su torva finura.

Bougainville en su “Viaje al Rededor del Mundo”, publicado en 1771, exageró el gozo y libertinaje de los aborígenes de Tahití. Diderot, comentarista del libro, dedujo cándidamente que el hombre adquiere los bienes de la civilización y de la Moral a costa de la felicidad robinsoniana. Forja, así mendazmente el *homo duplex* “el de la moral, el artificial; y el auténtico”, en perpetua lucha, cuyas victorias o derrotas indiscriminadas aherrojan al ser consciente.

De esta tesis se apropiaron en los siglos XIX y XX Nietzsche y Freud para enunciar el doblamiento del “Yo”. ¡Toda persona alberga una semilla de insania! y, según Carus, el inconsciente del individuo forma el inconsciente de la humanidad. La civilización misma se iguala con las enfermedades y el sufrimiento de la humanidad, porque, es “la consecuencia de una violenta separación del pasado animal, ...una declaración de guerra contra los viejos instintos que, hasta entonces, constituían su fuerza, su placer y su instancia intimidadora” (13)

.....

(13) Friedrich Nietzsche, Zur Genealogie der Moral, II, núm, 16, VIII 380-381.

Los ontólogos panteístas como Plotino, su traductor Porfirio, Dionisio Aereopagita y Schelling, así como los cultores del naturalismo: Schopenhauer, C. G. Carus y Vont Hartman; cada vez más centrados sobre la psicología, estudiaron el inconsciente. Nada menos que Leibniz, en 1700, teorizó por vez primera acerca de la naturaleza de la “mente inconsciente” afincándose en los umbrales de la percepción. Fechner, al estudiar las relaciones entre cuerpo y espíritu, hundió como hita en la topografía mental el substráctum de la subconciencia. Helmutz avanza más aún hasta fijar “las interferencias del inconsciente”. Y Chevreul descubre que todos los efectos del espiritismo son producidos por pensamientos inconscientes: “No son los espíritus los que mueven las mesas, sino los impulsos musculares inconscientes de los participantes; los supuestos mensajes de los espíritus son los pensamientos inconscientes del médium”. Hericourt determina en 1889 la actividad del inconsciente en el alma, y concede a Chevreul la gloria de la demostración clínica y experimental. Pierre Janet descubre las “ideas fijas subconscientes” y su ingerencia patológica en la personalidad; autor de *Automatisme Psychologique*, Estudios sobre Histeria, Neurosis e Ideas Fijas, y “Las Obsesiones y la Psicastenia”, anuncia que la neurosis se implanta en la mente por un acontecimiento traumatizante o atemorizador que se hundió en el inconsciente y que se manifiesta sólo por síntomas; los neuróticos tienen ideas obsesivas, insomnio pertinaz y espasmos musculares. Janet, con Raymond, explica el automatismo ambulatorio, las fugas, la paranoia y la tristeza. ElleMBERGER historia que Janet permanece en el umbral de toda Psiquiatría Dinámica moderna. Sus ideas son tan conocidas que muchas veces se olvida el verdadero origen y se atribuyen a otros autores. Pocos científicos saben, por ejemplo, que la palabra subconsciente fue inventada por él. Bleuler apenas si transpuso el concepto de psicastenia de Janet para concebir la esquizofrenia.

Aparece Freud con una ruptura total con la medicina clásica. En “La Interpretación de los Sueños” coloca al principio este exámetro de Virgilio:

¡Flectere si nequeo Superos, Acheronte movebo!
 ¡Si no puedo doblar los cielos, despertaré los infiernos!

En esta estrategia, el libro capta los símbolos sexuales oníricos que Pierus publicó en el Renacimiento; y los que inventó Scherner treinta y nueve años antes que Freud. La única originalidad de este psiquiatra moravo es la síntesis de ideas y conceptos que, esparcidos y desorganizados, pululaban en la Psicología del siglo XIX y en la primera década del XX, y que los aplicó directamente a la psicoterapia. ¡El progreso, en ocasiones, es simple captación de una idea antigua o abandonada!

¿Quién ha sido capaz de medir la libido, la fuerza del ego, el ánimo, la voluntad e individuación...? La existencia real de estas entidades jamás se ha demostrado. Empero para los psiquiatras, los psicólogos y para la mente, desde cuando el hombre se intuyó, no son conceptualizaciones abstractas sino realidades vivas cuya existencia es más tangible que los fenómenos físicos y químicos, sus estadísticas y los cálculos experimentales de la materia.

Evidencias que obligó a Jung llamarlas “existencias o realidades psíquicas”, definiciones estas aceptadas por todos los exploradores del inconsciente.

El cuadro clínico que enmarca a Montalvo presenta los siguientes síndromes psíquicos: la horfandad absoluta que golpea al niño cuando su mente se despierta a la razón; después del período escolar se trasplanta de Ambato a Quito, de la mesocracia al Convictorio de San Fernando que prepara selectos; al iniciar estudios universitarios equivoca su vocación y más tarde abandona dos ciclos de Jurisprudencia. Cuando sucumbe una idea es procedente tocar a muerto, Montalvo cultiva entonces el ocio con dignidad por largos años, pero cuando la gloria le cubre con la palma de egregio escritor dicen que exclamaba “mi pluma no es cuchara” y reniega a vivir por sus manos y uncir el alma reposo con la coyunda del trabajo; abre, durante esa holganza, el corazón al amor, se casa clandestinamente,

procrea dos hijos, y macula el hogar abandonándolo porque de él se sintió ahito para siempre; se idoliza en su propia interioridad y desgalga la libidine por atajos de adulterio. Entrega sus criterios a los sistemas de la Ilustración y Enciclopedia, ¡la pureza es el espíritu de la fe!. Y abandonando el país, merced a la valía política de sus hermanos, exprime la amargura del constante estado de desolación de su espíritu, como una puesta de sol sobre un paisaje penetrado de melancolía, mientras por lengua saburrosa revuelve hieles gordas, como si mascase el amargor de su bajeza, y dispara con cerbatana las sílabas cuando tartalea. Regresa de Europa aquejado de perlesía, cuyas huellas conservará toda su vida, mientras su rostro picoso exuda constantemente livor. Alma adentro: es un narciso; Clavileño de ideas incomunicables, solitario del alma, una congoja infinita le oprime el corazón: la tristeza de la culpa. Lleva en sus venas el acíbar del absintio y el ensueño que vierte el cáliz de la amapola. Se aturde al olor del mosto de la mocedad y cuenta con trofeos de tarascas. Bien pudo decir como Job: “Mi alma aborreció mi vida”. No le cabe ese salvaje ímpetu, esa fuerza de árbitro de la creación y del criterio impositivo ni esa ironía mofadora; pero a veces siente una ternura, un delirio de doloroso afecto que lo ahoga y cae, como toda persona impresionable, de la cumbre del entusiasmo al fondo del desaliento. ¡La vida se suprime en los cenobios y en los campos de batalla del inconsciente!

Y entonces el gigante se alzó. Las naturalezas orgullosas se resisten a admitir la realidad que las rebaja, al mal que acecha en cada latido de la sangre. Lo cruel para ellas, que se vengan y cobran en monedas sádicas, no es la muerte sino martirizar con el miedo provocado para el puñal, la calumnia, el dicterio... hasta arrancar el paroxismo al dolor, ese cadáver siempre latente en el corazón del hombre. Montalvo sublima el “Ello” como vengador social y usa el “stylo” para vaciar el absceso del mal que inventa y proyecta en los demás. Toda la polémica del escritor es el logaritmo del inconsciente, el remordimiento que sudaba su conciencia; el grito del dolmen que aterró

al Ecuador. Cuando muere la conciencia brota el sentimiento en cuyo imperio lo absurdo es real. Y con esos ojos, carbunclos de un dragón que parpadea sobre mirada de hielo, Montalvo quemó y arrancó la honra, la vida y la paz a latigazos. Pero él ...asesinó también la alegría en plena vida. En el *Orestes* de Eurípides, como le preguntó Menelao: “¿qué te sucede? ¿qué enfermedad te mata?” responde Orestes: “La conciencia. Yo se bien cuan horrendo es el delito que cometí”. Y el médico de *Lady Macbeth* de Shakespeare al diagnosticar el sonambulismo precipitado por el remordimiento, pronostica: “¡Esta enfermedad es superior a mi ciencia! ...;El corazón está dolorosamente cargado! ...Más necesidad tiene de un sacerdote que de médico...!” “La histeria es enfermedad tan vieja como el hombre, según intuye la tragedia clásica.

Se encuentran símiles en Goya y Beethoven, los dos agobiados por disecea; el español con los “Caprichos” satirizó la viciosa corrupción del barroco; en sus cuadros de “creación” e “invención” pululan instintos freudianos, en especial en los “monstruos del sueño de la razón”; pero la mejor representación del inconsciente está en el “Coloso”, en esa masa potente y amenazadora que se plasma en los espacios, portadora de la muerte y de fantasía alucinada, que provoca la estampida de terror en el rebaño humano. La Novena Sinfonía del tudesco rompe con la inspiración de las anteriores y en el Allegro crea del caos al nuevo Prometeo, dios entre cadenas, resistiendo al destino antes que humillarse, condenado como un atlante a soportar sobre sus lomos el mundo del dolor, miserable criatura plena de altivez que prorrumpen en apóstrofes desafiantes; el Cielo y el infierno se enfrentan en el pecho del condenado ...hasta que lo reduce a montón de rotos tuestos el hondazo de la alegría de la creación que como destello se desprende de la sonrisa de Dios.

El imperativo biológico del instinto de conservación es más fuerte que la “moira” de los griegos, que el “fatum” virgiliano, principio que brota del núcleo del ser para afirmarse en las categorías de tiempo y espacio. Ese principio se enseñoorea sobre las teorías que

forja la Filosofía, y hasta sobre el hombre pneuménico que haya casi alcanzado la cúspide de la perfección. Montalvo inclinó ante ese imperativo categórico su frente crinada de serpientes y de orgullo; más, amparado, por supuesto, en la forma rabulesca del empréstito que sin duda le torturó de vergüenza y remordimiento. Pronto este manido convencionalismo sería afrentado por la maledicencia; y el escritor, inhibido por su quijotismo, se trocaría en ridículo fetiche para el político suspicaz, para el apologista sin caridad; para el polemista inverecundo. Y entonces el complejo de plusvalía, sobre el que tanto disertó Adler, afloró pujante al corazón y a la pluma del retórico iracundo para verterse como lava sobre amigos y enemigos, con la ceguera de los vórtices telúricos. Por esta razón el volcán ambateño convirtió en pavesas a sus protectores, mecenas y “prestamistas” amigos. Ni la gratitud ni la gentileza ni el olvido de esos caballeros acreedores fueron óbices para atenuar al tuero calcinante de la vendeta montalvina herida por que sólo se sustentaba con migajas arrojadas por manos limosneras.

El inconsciente, en su contextura atómica, sería como una masa radioactiva cargada de tensión; con energía capaz de transmutar a la personalidad. Montalvo, ante la paradoja de la necesidad y de la inercia para el trabajo; del préstamo-obsequio y la imposibilidad de restitución; de la gratitud y del ataque retórico ...se acusaría sin duda en el alto tribunal de su conciencia. Pero no inclinó la hirsuta dignidad ante un tazón de bodrio ni aún cuando se imponía el instinto de conservación, por el que subsiste la especie, como la avasallaron José Zorrilla y Moral, Edgar Poe o Baudelaire, galeotes de bohemia. Montalvo fue el semidios azotado por la vida, pero jamás vencido. En el postrer otoño de la existencia el Cosmopolita se valió con el estipendio de edición de sus libros; el dinero se allegaba. Pero él, que cicateó a solas la pobreza, se recogió también de la demás multitud, de la patria y de parentela, y sin gran contienda en su corazón, campeó en la prodigalidad de las riquezas, que las menguaba hasta morir en la indigencia. Fue monarca en la pobreza y en la abundan-

cia por orgullo nato de infanzón. ¡En tanto oro finísimo de abnegaciones y desprendimiento, tanta escoria de soberbia!. La Historia del Arte Literario no es sino la del trágico enfrentamiento de la conciencia del escritor, cuyo conflicto principia en el primer ensayo y no finiquita ni en sus obras póstumas. El que habla ligeramente de la potencia del inconsciente es como un neófito que se alumbró con blandones de dinamita.

Todo escritor es un titán que lucha por un puesto bajo el sol de la gloria; jamás espera generosidad de los demás; la batalla la empeña en un medio hostil. Carga dentro de sí sus propias huestes enemigas en el inconsciente. Y así lucha en dos frentes de batalla: el externo, el público, al que tiene que agarrar bajo pena de perecer en el desprecio; y el interno, su complejo psíquico, al que no puede comprender y peor aceptar.

Es de suponer que la perturbación que delatan los síntomas en el alma de Montalvo vendría del aislamiento, de la pérdida del contacto con el mundo social; abismado el escritor en su vida interna, se complacía en representaciones mentales, que constituyen la textura del autismo. De aquí esa ambivalencia que se nota, esas reacciones contrarias en sus afectos, esa falta de curiosidad y ese nomadismo indiferente que le obligó a permanecer como un sonámbulo frente a lo real. Lamartine expresaba: “Me gustaría no acostarme nunca en el mismo sitio en que he despertado”.

Bien se apellidó a sí mismo “El Cosmopolita”: Ambato, Quito, Europa, Quito, Ambato, Ipiales... Deseó, con grande ilusión, acercarse a perpetuidad en Lima; hacer de ella su centro de estudios, de estrategia y polémica. Irradiar desde el Rímac la pujanza de su batallador pensamiento, orientando los temas vernáculos y de América hacia su nascente vocación democrática. Y ser, en fin, el mentor espiritual de la política del nuevo mundo. Pero causas inciertas e invencibles marchitaron esa incipiente peruanofilia; entre ellas, la Patria, que es, en frase de Gheorghiu, “una cosa de la que nadie puede curar. No existe cultura ni refinamiento alguno que pueda apartarle completamente a uno de la

Patria ...Es algo que existe en la sangre y que no se puede matar, y que, de tiempo a tiempo, se remonta a la superficie. Todos los continentes del mundo no pueden hacer olvidar ese canto de Loreley de la tierra natal, que le llama a uno cuando menos lo espera”.

Excepción concedida a “Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes”, en los que aún espolea a sus enemigos políticos y letrados, y a su prólogo “El Buscapie”, toda la literatura montalvina toma campo en la liza política. “Los Siete Tratados”, a despecho de su autor que los compromete a temas trascendentales, dan de bruces en la censura de la Congregación de la Fe y funden esa bala de obús de la “Mercurial Eclesiástica”. Contingencias históricas agujonearon a los literatos genuinos al palenque de la justicia e independencia: Dante, en el Infierno, arrojó el dardo del rencor contra Florencia; Jacopone da Toddi conoció la cárcel por los himnos contra Bonifacio VII; Voltaire, en el caso de Calas y Sirven; Byron, en Missolonghi; Lamartine, en las jornadas de Febrero; Víctor Hugo, en el exilio y Guernesey; Zola en la degradación de Dreyfus; Olmedo, como rapsoda de Miñarica... Cervantes, en contradicción a Marco Tulio que peroraba *cedant arma Togae*, compuso el donoso discurso de las armas y las letras dando preeminencia a la fuerza sobre el libro, dígase empero que al honrado hidalgo del señor Quijano se le secó el cerebro antes de la peroración venteril. Montalvo en crisol de venusticidad fundió el republicanismo democrático y la guerra civil; los esquemas de restauración debían sembrarse en besanas aradas por bayonetas y germinar con el rocío escarlata de la sangre. La rebelión por el reino de la justicia rompería la servidumbre secular y las estrellas amanecerían con la fe republicana, demócrata y liberal... Las tesis montalvinas desoyen confutaciones porque bajo flores literarias esconden hierro insano que se hundirá hasta el pomo en la sangre del vencido. Esta polemología a lo menos enseñó a cumplir el deber cívico con responsabilidad de patria y a no hurtarse de la contienda fratricida, en la que los ecuatorianos sobresalieron como los griegos del Quersoneso; emblema que plantó en las letras y en el arte de go-

bernar ese retórico Catilina. Ya lo dijo Zola; “Los temperamentos solitarios dominan su época”.

París, Ville Lumiere, la ciudad más fuerte e intensa de Europa, parece la más transparente y es, sin embargo, la más insondable. A ella había destinado Montalvo como sede universal y contemporánea de su ser, pues amaba las situaciones intensas, y entre las ciudades prefería la más urbana de todas, “le cerbeau du monde”. Durante dos mil años París ha tratado de infundir claridad y rectitud al pensamiento humano; Francia, el país de la razón, se niega siempre a dejarse arrastrar por la locura, y por los ímpetus de su naturaleza vital y apasionada.

Para ascender a la fama, a ese calvario, tiene que trepar casi de rodillas; es decir, destrozándose en cada guijarro de la fragorosa pendiente; vive, en cierto sentido, aventuras idénticas a las de su hermano el Hidalgo de la Triste Figura. La atmósfera perversa le intoxica el carácter; y su aguda sensibilidad se lastima por la idea prevalente de la injusticia y el relegamiento padecidos. Como una revancha, blande mordaz la pluma que, entre sus dedos acerados de soberbia, adquiere filos y resplandor de espada. Se siente incomprendido y desvalorizado por su nuevo evangelio; y contempla el vacío hecho a su doctrina. Entonces altivo, se aísla, se aleja para sentirse extraviado y sobrecogido en las soledades desoladas, con el natural convencimiento de superioridad, con majestad para incorporarse en presencia de sí mismo y del pasado; y luego se desanima cuando le caen las injurias como pedradas, al sentirse mezquinamente perseguido. Se sabe gladiador en las alturas, a plena luz, repletándose en sangre de sol; pero se contempla inerme, perdido, porque no es su palenque el odio conservador y ni el muladar del liberalismo burocrático. Para desentumecer el cuerpo y el ánimo, ese misionero político se hunde en la infinita melancolía, en esa gran tristeza de las cosas, y allí fuye el manjar sávido que la vida le sazona con la sal de las lágrimas. Y de un salto amplio y elástico, como quien relega la siesta, en un rapto de cólera, devorado por la brasa de su sangre, se va a la cordillera, a esas

gargantas cruzadas de colmillos rocosos, mordidas por el zarpazo de los vientos, la dentellada del rayo y la garra plateada de los ríos; y entonces surge en él una blasfemia hecha carne, y la risa inconoclasta que rueda por la frente desnuda de los montes, por esos horizontes que le llaman con gritos infinitos para que brinque y se revuelque en delicias inebriantes. Su conciencia se desdobra entre la depresión, el aislamiento y la soberbia de Satán: megalomanía y autofilia, son los platillos de su balanza espiritual; un agigantamiento de su egotismo, mientras la ambición lo impulsa hacia la noble esperanza de la reivindicación, no para sí, sino para la raza humana; y se transforma en hombre bandera, y retorna al comercio con los hombres, y a ser una de las abejas del colmenar de Venus en una como pausa perentoria. Así, Montalvo vive entre vórtices de soñador y de neurótico.

Al separar el psicoanálisis clásico de los rieles del pansexualismo exclusivo o de la equivalencia de todos los valores religiosos; al introducir en el diagnóstico y en el tratamiento de la neurosis la idea capital de la relación constitucional del hombre con el Absoluto; al sustituir la primacía del sexto mandamiento por la del primero y el segundo; al esquematizar el comportamiento normal del hombre por su parábola abierta a la acción directa de Dios, el doctor Wilfried Daim hizo más que mejorar técnicamente una disciplina todavía en agraz; preparó un acuerdo completo entre la psicología llamada de profundidades y la espiritualidad cristiana más celosa, a fin de poder salvaguardar la trascendencia de lo sobrenatural; y en su sistema se integra la intervención del Cristo y su gracia para el equilibrio perfecto del hombre íntegro, y así pudo condensar su pensamiento en esta excelente fórmula, llena de verdad y de coraje: “El Santo es el único ser normal”.

La oración es una acción; y su actividad tiene un valor apostólico superior al ejercicio exterior que despliega cualquier apóstol. Los astros no esperaron a Newton para obedecer la ley del Creador que estableció el equilibrio de las masas y la armonía de los movimientos. La oración eleva a santidad al orden de la gracia y recibe de Dios

el poder sobrehumano de cooperar en esa su atracción redentora. La contemplación cristocéntrica de Teresa de Lisieux, dentro de los muros claustrales del Carmelo, descubre la atracción universal sobre las almas que ella ama, y contempla cómo toman parte en la órbita secreta de esa su alma atraída por Jesús. Ella misma describió así: “Un sabio ha dicho: Dadme una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo. Lo que Arquímedes no pudo obtener porque su petición no se dirigía a Dios y porque no estaba hecha más que bajo el punto de vista material, los Santos lo han conseguido en toda su plenitud. El Todopoderoso les ha dado un punto de apoyo: ¡El mismo y “El solo”!. Por palanca la oración que abrasa con un fuego de amor; y en esta forma, ellos levantaron al mundo, y hasta el fin de los tiempos los Santos que vengan lo levantarán también”. Es decir, la religión del tiempo iguala a la religión de la eternidad.

Sólo la noche derramaba en el alma torturada de Montalvo el sopor de la tristeza; en aquella sentía algo de tumba. La luna, contemplada a través de la soledad del campo y del silencio de la muerte, apaciguaba las llamaradas del proscrito.

La intuición es capaz de medir el “ethos” y el “pathos” de la intrapsicología de Montalvo; tratar de explicar su psique y desentrañar su personalidad es mera tentativa científica que jamás alcanzará logros satisfactorios.

Era un autofílico. Le dominaba una ideología morbosa de estimación narcisista; un sentido de vanidad individual que, agigantada por su ambición egoísta, culminaba en estados sobrenaturales de endiosamiento, de casi megalomanía. Era ya un grado de degeneración psíquica que le impulsaba a ir en pos de la esperanza de reivindicarse y de un mezquino disfrute personal. Todo esto en Montalvo no era amor a la fama, que cuando es legítimo, según Milton es la “postrer flaqueza de las mentes nobles”. Fue un magnicida, con su absurda ideología “redentorista”; se sintió un reformador social, a su manera, con cuyo fanatismo pretendió ser útil a la humanidad.

La intuición es el método más certero para dar de bruces con la

realidad individual; el conocimiento jamás podrá identificarse con el lenguaje sino con el silencio; sólo la intuición puede descubrir y desentrañar las dos realidades fundamentales de la personalidad: el yo y la libertad.

Fue patente el divorcio entre el rostro de Montalvo y su ser. En su andar cansino las espaldas parecían soportar la pesadumbre de los floridos almendros de Ficoa; su cabeza se movía y exaltaba con las espuelas del remordimiento. El tejido de su naturaleza se deshinchaba con el roce de los años; y el coloso quedó al fin a solas con las estantiguas espectrales del recuerdo. ¡Rostro enjuto y taciturno, ojos de víbora “en sed de sangre y de dominio ardiendo”. Sus inclinaciones de hombre nómada rimaban con las vacilaciones del espíritu; péndulo oscilante entre el anhelo de ser bueno y el ansia de posesión infinita. Una sensación de abandono, intensificada por los años, se apoderó de su alma; hasta la luz de la mañana penetrante y desnuda, encarecía su mutismo y soledad. El sentimentalismo de la fe cristiana, que es la más sublime forma de poesía en criterio de Chateaubriand , no le negó, sus consolaciones; y así pudo transformar al dolor del tiempo en eternidad de sabiduría y de belleza. Solitario, devorado por orgullo, tímido ante el amor, rijoso a la vista de la hembra, ahíto de trabajos, esteta de ideas y política. Hizo mala burla a la lealtad, virtud de los paganos: “Los Nibelungos”, fusión de grandeza y destrucción que retrata la brutalidad de la guerra, cantan el antiguo ideal de los vedas: la triuwe, la fidelidad profesada hasta la muerte y más allá de la tumba, en la forma como la practicaron los caballeros de Wotan: Hagen y Rudeguer. La lealtad es anterior y ajena a los ideales cristianos, como Homero la entona al son de la forminge. Montalvo fue uno de los hombres más cargados de responsabilidad y de historia. Su obra gigante en magnitud pero estéril para el Ecuador... ¡cuán impotente es la omnipotencia del soberbio!. Montalvo, que nace soberbio, considera a los demás esclavos suyos. La calumnia le es casera; la infidelidad, amiga; la crueldad, hermana; de sus iniquidades hace blasón; de sus ventajas, tiranía; de sus pro-

mesas, almoneda. Hállase, en fin, tan endemoniado el soberbio, que por todas partes de su cuerpo revienta pecados y más pecados; la envidia le roe las entrañas; la blasfemia le abrasa los labios; la lujuria le enciende los ojos; la codicia le ahoga el pecho; la ambición, con sus humos, le encalambrina la cabeza; la venganza le arma con la pluma; y sus letras sólo deletrean: “¡yo primero! ¡yo después! ¡yo siempre! ¡Mi pluma lo mató!” Y la adusta y la ambigua neurosis obsesiva de Montalvo, aquella la de Segismundo que le impedía determinar las relaciones entre la vida y el sueño, yéndose barranco adentro del espíritu en un afán de examinar y a limpiar la conciencia, bajo ciclos de hierro y sobre tierra de bronce, consideraba que el azote es señal de amor para quien hace de la necesidad virtud, dejándose abrasar por las llamas del hambre y por la yerma y horrible soledad, exhaló el grito de Thomas Browne al descubrir el inconsciente: *There’s another man within me that angry with me*” (14)



.....
 (14) Vive otro hombre en mi que es contrario a mi vivir.



VIII. EL MAGNICIDIO

¡Perdóname, trozo de barro ensangrentado, que aparezca suave y humilde con estos carniceros!. ¡Tú representas la ruina del hombre más insigne que viviera jamás en el curso de las épocas! ¡Ay de las manos que vertieron esta tu preciosa sangre! ¡Ante tus heridas frescas todavía, cuyas muchas bocas, cuyos rojizos labios se entreabren para impetrar de mi lengua la voz y la expresión, profetizo ahora: caerá una maldición sobre los huesos del hombre; discordias intestinas y los furores de la guerra civil desbaratarán a la Patria entera!

Shakespeare

(Julio César Act. 111)

1.- Los Asesinos

Los asesinos de Gabriel García Moreno, Presidente del Ecuador, fueron pocos en verdad, según Pablo Herrera, Fiscal del homicidio; pero los complotados para el derrocamiento del régimen, por golpe de estado, muchos. Los conspiradores, en frase del liberal Aparicio Ortega un talabartero y dos mozalbetes de mucha guitarra y mucha copa, inspirados por la palabra de un fracasado y alentados por las monedas de un gamonal... Hombres en su mayor parte jugadores y tahures. Y los revolucionarios, según el abogado Herrera: "...muchísimas familias de Quito, y hasta algunos canónigos, frailes exclaustrados clérigos".

¿La que armó el brazo del asesino?. La fuerza poderosa e invisible que desde el siglo XVIII se siente en el carne de la Historia, la Francmasonería alemana tomó bajo su responsabilidad vengar sangrientamente el desacato irrogado, por el Ecuador y su Presidente, al protestar ante la faz del mundo, porque la fuerza de los "condottieri" se devoró al derecho. Los Kadochs Víctor Manuel, sargentón del Piamonte, y Camilo Cavour, de felina audacia, se apoderaron de los Estados Pontificios al grito de "Italia fara da se". De inmediato las Ventas y Talleres germanos ordenaron al Gran Oriente de Lima ejecutar la "vendetta". Las potestades mandilescas del Perú endosaron la ejecución a los bausanes tripunteados: abogado Manuel Polanco y perdulario Roberto Andrade, unidos con juramentos esclavizantes a la granítica estructura del Delta Masónico. Toda esa cáfila de "malleteros", desde sus comandos tenebrosos, digitaron la muerte de García "El Grande". Veintiún días antes de ser asesinado, García Moreno en carta a Pío IX, señaló y responsabilizó históricamente a la mano alevé que abría de matarlo:

"Ahora que las logias de los países vecinos, instigadas por las de Alemania, vomitan contra mí toda especie de injurias atroces y de calumnias atroces, procurando sigilosamente los medios de asesinar-me, necesito más que nunca a la protección Divina para vivir y

morir en defensa de nuestra religión santa, y de esta pequeña República que Dios ha querido que siga gobernando”.

Siendo la obediencia masónica incondicional a las órdenes impartidas por sus Maestros, no fija límite ni exceptúa ningún pretexto, bueno o malo, honesto o inmoral, justo o injusto, en la firme convicción de que todo medio que se utilice para bien de la secta, siempre quedará santificado. Fitch, filósofo y doctor eximio de la Masonería, estableció que “todo es permitido contra los que se opongan a la realización de nuestros planes: la violencia, la astucia, el hierro, el fuego, el puñal, el veneno. El fin justifica los medios”. Y los cadáveres y la sangre, desde la primera constitución masónica del 24 de Junio de 1723, y las revoluciones y las muertes, aseveran el cumplimiento de ese apotegma del mal que inauguró, en nombre de la libertad, la era del crimen de la libertad.

¿Y los móviles tangibles de aquel crimen? Manuel Polanco y Roberto Andrade sentían sus carótidas lamidas por la lengua viperina y fría del estilete carbonario. Faustino Lemos Rayo, sicópata, masacrador de los vencidos de Cartago, negrero de los jíbaros del Oriente, apátrida nacido en Colombia; vulgar sicario comprado por talones de soles contra la Banca Masónica de Lima. Gregorio Campuzano, zafio recadero de la revolución y militar descastado. Abelardo Moncayo, también colombiano, ahorcador de la sotana jesuita, tundido bajo el complejo de Caín. Francisco Sánchez, jefe del batallón “Vencedores”, vencido por la lujuria y el “estiércol de Satanás”. Y Manuel Cornejo, un tahir de figón. Entre los que se revuelca Juana Terrazas, la coima de Moncayo, de Sánchez y de Polanco. Tales son los liberticidas del 6 de Agosto de 1873.

La Masonería Mundial es un camaleón que se metamorfosea con todos los colores; una hidra cuyas cabezas no cercenará ningún Hércules, y un Proteo multifacético en la Historia. Lo único permanente en su versátil idea de espíritu es la inspiración secreta que la guía: la subversión de la sociedad que, pese a quien pesare, tiene sus cimientos hundidos en los surcos del Evangelio. Y para alcanzar la trascendencia

del perfume de la acacia, anuncia la existencia del supremo arquitecto del universo. Supremo, pero no único; presupone la presencia de otros arquitectos, albañiles o “masones”, que construyen el universo. Y así, al afirmar la supremacía de edificar, como artífice del mundo, niega la única posibilidad de la existencia de Dios; tanto más cuanto que no reconoce la divinidad de Cristo. Con este ateísmo pragmático atiza hasta el incendio la rebelión del pensamiento contra su Creador y Señor, y declara que el hombre puede ser adorado por el hombre. La liturgia de la iniciación masónica pregunta al candidato: “¿cuáles son tus deberes para con Dios?”, y la respuesta es la que esputó la boca de Proudhon: “¡Combatirle!”. La Gran Fraternidad Universal profesa una doctrina que no tiene al Bien y que, por lo mismo, juzga mantenerse en secreto. ¿Para ser masón hace falta ser menos hombre y ni siquiera pensar en suprimir la miseria del hombre?.

¿En qué selva hircana se crió esa fiera dañina del corazón de Rayo? ¿En qué fango germinaron esos sus instintos de horda, cuyo galope desplazó las puertas de la historia, crepúsculo de toda civilización?. Testa hirsuta de oso montés, ojos penetrantes como lámparas de sepulcro; boca para el rugido, para destazar blasfemias y mascullar sonrisas de canalla y zarpa que se mercó con el salario del degüello. En su instinto de precito se cuajó el silencio como un abismo de odio, de rencor y de matanza. Hijo de la caverna, sin fragmentos de remordimiento; unido al género humano sólo por la palabra; su historia forma parte de la de los flagelos físicos de la naturaleza; cerró contra Dios y su imagen, “el hombre que hizo honor al hombre”. Tenaz en la jornada del crimen, mohatrero de virtudes, se retorció exprimiéndose en los lagares de la ira. Fue el espíritu del mal, pero no pudo arrogarse los encomios de Caín, sino los dicitos de Judas; y para quien calzan ridículos los coturnos de sus compañeros y salmodiadores del crimen: adolescentes bastardos que rezumen necedad, sin ética ni estética. ¡Hasta los míseros tienen su vanidad y los sicarios, su virotismo!

La intolerancia de García Moreno para los engaños a la verdad,

a las buenas costumbres y al quebrantamiento de la ley natural era, como él mismo lo dijo, “un imperioso deber de conciencia y de honor”; y con esa ansia de regenerar al país, alcanzó que el Código Penal proscribiera la prostitución, el adulterio y la fornicación. Razón le sobra al historiador argentino Manuel Gálvez para afirmar que “su despotismo lo ejerce en materia de moralidad”. Esta restricción hirió de muerte a Juana Terrazas; moza garrida de veintinueve años, separada de su esposo, y que deshojaba sus lascivos favores en los carnes de Moncayo, quien obligó a emporcar su mérito de daifa para conquistar al Primer Jefe del “Vencedores” que acantonaba en Quito; y más tarde, entrególa en los brazos de Polanco presidiario, tras los barrotes de una cárcel. Tanto odio acumuló la proxeneta al moralizador Presidente que, como cuenta el liberal, complotado y enemigo de García Moreno, Aparicio Ortega, solía arrogarse la total responsabilidad del asesinato con estas palabras: “yo lo hice con estas polleras y ese cuerpo que se han de comer los gusanos”; porque como trovaba en romance el Arcipreste de Hita: sólo mueven al hombre mantención y ayuntamiento con hembra.

Juana Terrazas; hembra plebeya e imperiosa y cálida en sus caudalosas formas que cuidó con estético egoísmo. De carne vehemente y lasciva, henchida de pasiones; nido que cobijó a las sierpes del odio y de la lujuria. Criatura de pecado; sus besos y caricias inebriaron de celos, libidinosos a los míseros conjurados, antes de que alcanzaran a morder el fruto de adulterio y de crimen. ¡Carne escandecida y triste que chorreaba sangre y muerte! El crimen fue para ella un escándalo de sexo, de martelos ardientes, de brama de refocilos. Siempre anduvo a la husma con el brusco susto del deseo, para luego contagiar a los que se inspiraban en el rosal de su pecho, sepulcro hermoso, repleto de pudrición y de pecado. Sensualidad y odio: las dos maldades que tanto le asemejaron a las bestias, y que se enraizaron en sus vísceras; a sus besos polutos se estremecieron los puñales. Mentira viva, sangre fría de sirena, ojos siderales de llama voluptuosa; fruta, tostada al sol, que perpetuamente incitó al mordisco. Mujeres

como ella jamás tienen mánceres, porque sólo gestan asesinos. “No habrían héroes ni mártires si no hubiesen tiranos y verdugos. El sufrimiento, el valor, la abnegación y otras elevadísimas virtudes, acaso no hallarían jamás ocasión oportuna de mostrar cuánto pueden y valen, si no hubiese hombres inicuos y llenos de perversidad que tal ocasión proporcionen”. (15)

“¡Pero esas pobres almas!. Si “¡supieras
 qué sueño duermen! ...su almohada es fría,
 duro su lecho; angélica armonía
 no regocija nunca su prisión.
 No es reposo el sopor que las abrumba;
 para su noche no hay albor temprano;
 y la conciencia, velador gusano,
 les roe inexorable el corazón”. (16)

.....
 (15) Juan Valera.

(16) Bello. “Oración Por Todos”.

2. La Genética del Crimen

En las repúblicas indoamericanas, y especialmente en el Ecuador, que tanta influencia ancestral e indígena soporta en su cultura, se yerguen diosecillos de formas caprinas, que pontifican y dogmatizan en nombre de la secta, de sus principios inconoclastas y de las consignas recibidas, como trueque a estipendio de corifeos y fanáticos. Hombres que jamás viven en presencia de la verdad ni se enfrentan a los planteamientos tanto de la lógica formal, como de la teoría del conocimiento o de la metodología de las ciencias. Hombres que vegetan en la penumbra del sofisma y creen que la amalgama viscosa, formada por el sentimiento religioso, la ciencia mitológica y el marxismo metafórico, puede ser, como en el caso de Unamo, la mejor receta, o el “opio para los pueblos”. Inteligentes si se quiere, esos que se sugestionan mentores, no son necesariamente los más sinceros sino los más protervos. Cuando Ovidio puso en boca de Medea aquel célebre verso: *video meliora proboque deteriora sequor*, en su mente cabía la experiencia del espíritu mendaz con enormes capacidades para sostener y seguir el error pisoteando y desoyendo los desgarradores alaridos de la verdad y del bien.

¿Cuál es el criterio de la verdad?: la evidencia. En esta respuesta coinciden filosofías tan opuestas como la de Santo Tomás y la de Descartes. La evidencia es para el tomismo “como una difusión de la esencia de lo verdadero”, que implanta la certeza en el espíritu. Y el autor del “Discurso del Método” sabiamente aconseja: “No aceptar jamás como verdadero nada que no conociese evidentemente que era tal ...y no admitir, en mis juicios, nada más que lo que se presentare a mi espíritu tan clara y distintamente que yo no tenga manera alguna de ponerlo en duda”. Para ambos sistemas, la evidencia es un carácter objetivo de la verdad, y no un estado subjetivo del que la conoce. El estado subjetivo que acompaña a la evidencia es la certeza.

El pauperismo de las ciencias y el arsenal de mala fe, serán los arietes al servicio del partido y de la secta. Como si una luciérnaga o las turque-

sas de los lagartos pudieran empalidecer y apagar la luz del sol, y pulverizar hasta su semilla; el engaño no puede reinar por largo tiempo en el seno de una sociedad ilustrada, porque el amor a la verdad y el deseo de contradecir la mentira son una inclinación natural en todos los hombres. La luz lucha incesantemente contra las tinieblas hasta que logra disipadas. ¡La dominación del impostor es de un sólo día!. El paganismo fue una llaga cauterizada por el hierro de la Cruz. Entrese por ese Coliseo de Roma, empapado con la sangre de cientos de miles de mártires y oírse que en las entrañas del colosal anfiteatro de los triunfos cristianos, en esas cuevas donde rugen las fieras por la presa, en las inmensas galerías que repletan de gritos de la gentilica barbarie de los espectadores, en esos negruzcos murallones que se empinan a las nubes, retumba la voz sonora de invictos confesores de la fe. Penétrese en la Roma subterránea, por ese mundo cristiano de las Catacumbas, antípoda del pagano que lo persigue, y verase la fe viviente que exhalan los cadáveres, los huesos, las tumbas de los héroes de tres siglos que, por San Ignacio de Antioquia, dicen: Somos cristianos, perseguidos por adorar la divinidad de Jesús, por quien morimos. ¡He aquí la evidencia y la locura por la verdad!

El amor a la verdad es el ídolo al cual debe el historiador sacrificarlo todo. La verdad es el alma de él porque lo fecundiza en ventajosos resultados; con ella la historia es “el testigo de los tiempos, la luz de la certidumbre, la maestra de la vida, la madre de la filosofía, la auxiliar de la providencia”, como lapidariamente definía, Cicerón. Sin ella las ciencias en la mayor parte pierden su fundamento, la religión se convierte en torpe idolatría y la moral en desvergonzado cinismo. Las fuentes de la historia no emanan de otros principios ni tienen su apoyo en otras reglas que en las establecidas por la lógica; y si no exhiben los caracteres de autenticidad, integridad y veracidad, serán tenidas por apócrifas, fabulosas o mendaces. La verdad, ha dicho Bossuet, es una reina que vive en sí propia y en su luz, formando ella misma, por lo tanto, su trono, su grandeza y su felicidad.

Cayo Cornelio Tácito, historiador de inmortal brevedad, fue recto; los prejuicios de su clase y el ambiente social pudieron únicamente obli-

garle a desfigurar lo bueno y verdadero. Sin embargo, busca información fidedigna en testigos presenciales y en documentos que despejen dudas y sólo entonces escribe, como dice en los Anales *sine ira et studio*, es decir sin odio y sin parcialidad. Ante todo tiene como norma la evidencia; cita fuentes, determina las épocas, y sustenta su narración en los dos pies de la Historia: La Geografía y la Cronología. La Historia no es una fábula compuesta con el sólo designio de agradar o denigrar, y que hable a la imaginación y a las pasiones o a doctrinas de prejuicio, sino una instrucción seria que habla con el entendimiento y la razón. Es claro que el historiador no sólo no ha de fingir ningún hecho, pero ni aún añadir a los verdaderos alguna circunstancia que les de colorido que desluzca la veracidad. Tampoco se arrogará el derecho de omitir alguna circunstancia importante, o para disminuir la gravedad de las acciones vergonzosas y criminales, o para menoscabar el mérito de las ilustres o virtuosas. El que toma la pluma para escribir la Historia se transforma en un maestro del género humano, superior a todo espíritu de partido y hasta a su propio prejuicio; y debe mantener, a toda costa, la incorruptibilidad y libertad de criterio. Ser justo con los muertos, no es empresa muy ardua; para serlo con los vivos, es necesario de esfuerzo viril. Es menester no ver en los hechos más de lo que realmente hay, ni prestar a los hombres más malicia de la que tienen. La Historia es una lección útil dada a todo el género humano y por lo mismo debe saber discernir y manifestar sinceridad, verdad y evidencia.

La Historia, habida consideración a su origen etimológico, vale tanto como inquisición o averiguación de la verdad. No se contenta con pintar el cuadro de la vida de los pueblos, sino que procura descubrir en la cadena de los acontecimientos, las causas que motivaron los hechos y las leyes que rigen al desarrollo de la humanidad, que necesariamente y en fuerza de la lógica conduce a la evidencia de la verdad. Entonces, y sólo entonces, la que es “maestra de la vida” y el “oráculo de los tiempos” es también puñal y una tea vengadora porque se encarniza en la verdad con fruición artística. Pasión de venganza contra la democracia ateniense en Tucídides, pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito, pasión de la

unidad italiana en Maquiavelo, pasión de rectitud sacerdotal y religiosa en González Suárez. Pasión tienen los historiadores cuando en ellos se junta el erudito que recoge los hechos, el crítico que investiga la verdad de los mismos, el filósofo que los explica, y, detrás de estos tres personajes, el artista que narra bellamente las compilaciones del primero, las controversias del segundo y las abstracciones del último. Por eso que la descripción de la llegada de Agripa a Brindis en Tácito, y el Cuarto Tomo de la Historia del Ecuador de González Suárez, vivirán eternamente a los ojos de la memoria de autores que, sin más pasión que la verdad y la hermosura, retejieron y desarrollaron la inmensa tela de la vida.

Cuando después de crucificar a Jesús, y gracias a la lluvia de su sangre, se le abren los ojos a Renán, y cae postrado al pie de la cruz, en esa su profesión de fe que reza al final del capítulo “La muerte de Jesús”, de su estilo brotan entonces luminarias, de verdad y de reconocimiento y profetiza, lo mismo que Simeón cuando circuncidó a Jesús: “¡Tu nombre, gloria y orgullo del mundo, va a exaltarte durante millares de años! Lábaro de nuestras contradicciones, tú seras la bandera a cuyo alrededor se libraré la más ardiente de todas las batallas...”. Ante verdad tan palpable, confirmada en cuatrocientas páginas, ¿qué importancia revisten las anteriores teorías absurdas, imposturas sacrílegas y las insolentes blasfemias? Jesús avanzará siempre, a través de ese torrente y de esa lluvia de denuestos de los antiguos y modernos fariseos, derrumbando esos escuadrones de palos y linternas sordas, dejándolos como muertos en los umbrales del sepulcro, y seguirá siendo: “la piedra angular de la humanidad, uno en esencia con Dios sin distinción, plenamente vencedor de la muerte, gozando de la posesión de su reino, a donde le seguirán, por el camino real que han trazado, centenares de millones de adoradores”. (17)

Existe un tácito convenio entre Roberto Andrade, Agramonte y Benjamín Carrión para no escandalizarse de la inconsecuencia, a trueque de originalidad y ateísmo, que son sus incitaciones sugestivas; mientras las conclusiones se condensan en una postergación sistemá-

.....
(17) Renán. Vida de Jesús.

tica de la razón y en un confiarse, por consignas de secta, a todas las manifestaciones irracionales del psiquismo humano. ¿Pueden un asesino, sus cómplices y encubridores, santificar a su víctima y declararse inultos? a postulados irracionales se atienen por férrea determinación.

“Era, pues, y es una hipocresía censurar a Don Gabriel por su fanatismo. También yo lo hice hace muchísimos años. La vida, gran maestra, enseña que los ambientes sociales sólo gradualmente y con profunda sagacidad pueden ser modificados. Las cartas a Trinité constituirían crimen sin absolución si no recordásemos las espantosas convulsiones orgánicas que en esos días sufría el Ecuador y que vecinos ambiciosos pretendían aprovecharse de la situación para dividirse entre ellos la República... No fue clerical. Puso en orden a los clérigos disolutos y hoy hubiera fusilado a los curas del tercer mundo, desleales como curas e inútiles como revolucionarios”. (18)

El que abomine, el que ridiculice a García Moreno; el que se atreva a llamar fanatismo a los grandes arranques de ese corazón roto de dolor por el bien, por la justicia, por Dios... no es digno de pertenecer a la gloriosa familia humana, que eternamente amará y ensalzará la verdad, la evidencia y el sacrificio. Es una gloria de la fe, como dice, Pascal, tener por enemigos gente tan falta de razón.

Un carácter se torna repugnante por conspiración contra la verdad y contra la conciencia; que infringe, que viola las leyes del arte, porque viola las de la lógica y las del sentido moral. La empresa de los nuevos titanes, que escalan el ciclo y la conciencia humana para arrancar de ellos a Dios, es la de amontonar la negación de Jesucristo sobre la de Dios, y la de Dios sobre la de sus héroes y santos; y sólo consiguen, con estas dos recíprocas negaciones, afirmar y confirmar las dos verdades y rodar al peso de sus propios argumentos. “Creéis en Dios?, dice Proudhon. Si la afirmativa, sois cristiano, católico... si la negativa, atreveos a decirlo; porque entonces, declararéis la guerra, no solamente a la Iglesia, sino a la fe del género humano. Entre estas dos alternativas, sólo hay lu-

.....

(18) J.M. Velasco Ibarra 1975.

gar para la ignorancia o la mala fe” (19)

¡Cuán cruel es la impiedad para el Ecuador! No solamente le prohíbe admirar todo lo más grande y santo que existe en García Moreno, sino que le condena al trabajo forzado de la negación, de la envidia, del menosprecio. “Lástima es que haya corazones de tan vil metal, tan groseros y de tan baja ley...” como esos hierofantes de la maldad, gemía Juan Valera.

La gloria literaria de España, Marcelino Menéndez y Pelayo, en Antología de Poetas Hispanoamericanos transcribe la *Sátira La Epístola Moral a Fabio* de García Moreno y dice de él: “Si no cultivó la poesía como vocación predilecta, mostró en la *Epístola a Fabio* grandes dotes para la alta poesía satírica... quedó un reflejo de la grande alma de su autor, que hubiera podido ser eminente en el arte de la palabra si no hubiese preferido el arte soberano de la vida y de la acción... uno de los más nobles tipos de dignidad humana que en el presente siglo pueden glorificar a nuestra raza... la República que produjo a tal hombre puede ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia”.



.....
(19) De la Justicia en la Revolución y en la Iglesia. Tomo IV. Pág. 70.



3. *El Liberticida*

Si la tesis de Montalvo fue aviesa, no lo fue en cambio la lealtad y el coraje de plantearla. En la sociedad de la época garciana pesaba una adhesión inconcusa al Presidente. Los actos pública y oficialmente piadosos de García Moreno; su constante pelea por alcanzar la perfección espiritual; esas sus expresiones emanadas de la más pura ortodoxia; la doctrina del patrocinio de la Iglesia; la Constitución “Negra” normativamente cristiana; la defensa del Pontificado y la consagración de la República al Corazón de Jesús... determinaron que el pueblo viera en el pecho del Presidente uno como tabernáculo de la fe. Y todo aquel que en audacia se apartara de la política y del pensar garciano, como el Arzobispo González Suárez, merecía el vejamen de heterodoxo. Ningún pueblo tolera que se menosprecie a sus dioses. ¿Qué condena no merecía entonces quien, como Montalvo, pontificaba la acción del “puñal de la salud”? Es difícil, en opinión de Unamuno, salirse del criterio generalizado sin escandalizar a las masas. Razón por la que los libros y el nombre del Ambateño circularon en el país bajo las especies de pecado y de vergüenza. Los mismos liberales y corifeos del escritor se aterrorizaban ante el espectro de la “lengua asesina de su pluma”; y todos sintieron ese horror sagrado que generaron las Enrinas en la tragedia griega; y Montalvo, como Orestes, debió huir con el alma rota por la desesperación, siempre perseguido, siempre acosado, por los ojos y las furias de sus tenaces vengadores, cargando a costas con la eterna acusación que sobre Caín sentenció el Supremo Juez de los abismos humanos.

Hay apologistas que desentrañándose de la Filosofía, especialmente de la del siglo XIX, se tornan, por imperio del egoísmo, en divinizadores del átomo social, hasta convertirlo como Nietzsche en “superhombre”, lleno de soberbia y desprecio, que condena o reprueba el principio de autoridad. Esta idolatría del individuo desencadena la prepotencia del instinto para que raudamente capte el poder del estado; y si la autoridad establecida con legitimidad se irguie-

ra a cerrar el paso a la ambición, se la debería abatir con la panacea del puñal. ¿Las consecuencias sociales y el resultado del crimen? históricamente no importan; porque lo primero es la glorificación de los asesinos, su inscripción en el martirologio de los iconoclastas; la heroicidad para los criminales: Harmodio y Aristogitón, Bruto y Casio, Trebonio y Cimber; los “liberticidas” de Grecia y Roma, tendrán como pedestal la poesía del romanticismo y hasta el panegírico trágico de William Shakespeare. Mientras la Patria, los pueblos, el estado, sangolotean en sangre de víctimas y victimarios; porque el crimen político termina por ahorcar a sus propios verdugos. Toda autoridad emerge legalmente de la manifestación de la soberanía popular; cuando la revolución la sepulta, de esa podredumbre resucita la tiranía. Sobre el cadáver de César se edificó el imperio de Augusto; en la degollación de Carlos I, el despotismo de Cromwell; y en la testa decapitada de Luis XVI, el Terror y luego el Corso que devoró monarquías y repúblicas y pueblos como el aquilón el polvo de las eras. El puñal de la salud tiene siempre dos filos: con el uno cercena a la autoridad y con el otro se degüella Caín. El único fin de la anarquía es el despotismo.

Nadie puede ser capaz, y peor un entendimiento lúcido como el de Juan Montalvo, si le asiste honradez y conciencia, de justificar un crimen y cantarlo con el estilo encendido de pasiones, porque todo crimen es fruto del animal prehistórico que aún no adquiere conciencia de la Ley Natural. Apoyar o aplaudir el instinto de destrucción, el “thánatos” que llamaba Freud; convertir en mística la sangre vertida por homicidio, es sumir la profesión de verdugo, arrebatando a la Historia y a la soberanía popular el derecho de Fiscal y Juez. Para todo hay libertad, sentenció el mismo García Moreno, menos para el mal y los malhechores.

Si despotismos pesamos, no lo era leve el de Juan Montalvo. Isaac J. Barrera refiere que “no tenía medida en el despotismo ejercido por su pluma”. Allí está ese varapalo injusto que tituló “La Dictadura Perpetua”, preñada de maldades y abortando mentiras y calumnias, odio vio-

lento, sofismas perversos, “chorros de pus”. El juicio sereno de Manuel Gálvez se queda estupefacto ante el cinismo del Ambateño y ante esa su *voluntad de odiar*: “Miente Montalvo sin el menor escrúpulo... pero nada muestra mejor la mala fe, la maldad de sus sentimientos, su falta absoluta de escrúpulos y de amor a la verdad, que cierta frase en que presenta a García Moreno —abrazado de un Cristo en que no cree—... ¡García Moreno incrédulo y ateo!. Es lo que faltaba que se lo dijese. Y tiene que ser Montalvo quien se lo diga”.

El plan del magnicidio estuvo preparado un año antes del suceso. Todos lo sabían, incluso la víctima. Ni una idea, ni motivación lejana, ni coraje momentáneo añadió “La Dictadura Perpetua”. La fuerza del mal, Polanco y Andrade, bebieron en las consignas carbonarias; Rayo, en el resentimiento y el dinero; Campuzano, en su versatilidad revolucionaria; Sánchez, en el *odeur de femme* de la Terrazas; Moncayo, en su complejo que rechazó un destino dado por García Moreno. Cornejo Astorga jamás pensó en asesinar al Presidente. Sólo Andrade y Moncayo leyeron el libelo de Montalvo, escrito para América y no para el Ecuador, y que en nada influyó; su aparición pasó inadvertida para los demás conjurados que simplemente la ignoraron. Mentita est iniquitas sibi, dijo el Sabio.

Excesivo fundamento, afincado en su moneda lúbrica, tuvo Juana Terrazas, para arrogarse la íntegra maternidad del crimen, cuando dijo: “Mi cuerpo lo mató”; pero no la tuvo la idéntica frase de Montalvo, fruto de garrulería estética; y a la que motejaron la crítica y la Historia de baladronada literaria. Aparicio Ortega, escritor clásico y liberal, al comentar esos panfletos de palabra bella, se expresaba así: “Tuve lástima de tanta ignorancia del derecho, tanta figura retórica y declamatoria contra el tirano y las tiranías, y el fondo un odio feroz contra el mandatario. Conocí desde entonces claramente que es fácil calumniar llamando tiranía al orden, la moralidad y buenas costumbres”.



4. *La Víctima*

Vicente Rocafuerte, Diputado por Indoamérica a las Cortes de Cádiz en 1812, Embajador de México ante Saint James, orador elocuente y periodista de nervio, por golpe de estado ascendió a la Presidencia del Ecuador en 1835. Estadista ilustrado, pronto para el dictamen de iniciativas, creador, con experiencia política y administrativa, abanderado de la democracia... pero de temple dictatorial y, por lo mismo, apto para organizar un país incipiente, analfabeto, pobre y anárquico, poblado casi en su totalidad de indios y campesinos, “raza que aún padece las afrentas y dolores de la conquista, bajo el triple y pavoroso feudalismo de la ignorancia, la miseria y el fanatismo”, (20) echó mano de la “ley del alfange”: el cadalso, el destierro y la cárcel, para enfrenar al militarismo. En cuatro años de gobierno instauró un despotismo constructor: planteles de enseñanza, la paz en los cuarteles, orden y progreso... gracias a su consigna “palo y más palo”, a la usanza del chileno Portales, a quien el guayaquileño admiraba como a modelo de conductor criollo.

Diez años más tarde Gabriel García Moreno imitó a Rocafuerte para reorganizar al Ecuador. Con tesón y coraje pudo fundar el pri-

.....

(20) Manuel J. Calle. Biografías y Semblanzas. Pág. 78.

mer Colegio Militar para el adiestramiento técnico del soldado.

A un país despedazado por la guerra fratricida, con tres gobiernos civiles e invadido por las fuerzas peruanas, le dio independencia, bandera, himno, misiones científicas y politécnicas traídas de Europa, vías de comunicación, enseñanza, su primer ferrocarril. El autor de la épica de la Vasconia, Navarro Villoslada, dice de él: “El gobernador más grande que hemos conocido hace siglos, para timbre envidiable de la insignificante republiquilla del Ecuador”.

A él debió el país el saneamiento moral de las clases sociales, de cuyos antros limpió la basura que infestaba el erario, el cuartel y el altar. Nació en la obscuridad de una época y de un lugar y fue como el alma de su siglo. Nadie sería capaz de justificar los yerros de tan magnífico ejemplar humano; errores, frutos de su torrencial personalidad que, como toda cumbre, se rodeó de abismos. Para conducir a un pueblo indómito y desbravar su villanía, para reducirlo al imperio de la ley, soltó el látigo sobre las espaldas del militarismo, fusiló delincuentes y revolucionarios; se arrogó poderes para suplir las deficiencias de la democracia, domesticar al bárbaro y desterrar la flojedad y letargia de la Constitución.

Bolívar, en idénticas circunstancias, y teniendo que habérselas con mesnadas rebeldes y masas humanas tribales, exigió en sus arengas: “La República se pierde si no se me confiere una inmensa autoridad; para sujetar a la ley del deber tantas pasiones irritadas, se necesita un poder colosal”. Y con esa actitud, belicosamente desmesurada, García Moreno logró posar ante la Historia, como un modelo de altivez y de coraje en la universal adulteración del ideal de Patria y Jesucristo, que bien puede decirnos hasta hoy día, como Alfonso de Quintanilla, según la historia de Hernando del Pulgar: “No se yo, señores, cómo se puede gobernar tierra que su destrucción propia no se siente”.

García Moreno, de frase corta, abrupta, axiomática, era como César, en la rapidez de la concepción, en el golpe de vista práctico y profundo, y en la incansable actividad de volcán. Hombre de intención y

de acción, es decir de voluntad; erudito y elegante, figura cargada de historia, que hizo a la historia rica de porvenir. En sus labios palpitaban siempre gotas de luz o saetas de relámpago. Sus manos ferreñas como pitas de espadones dentellados mostraban los pulsos de la sangre con una arritmia vibrante y recóndita. Grifado de honestidad, se mordía el silencio en el acero de sus ojos; bien pudo decir con Isaías: “El Señor ha hecho de mí una flecha escogida de su carcaj”.

En esa época; según historia Richard Pattce: “En que el Ecuador parecía condenado a perecer, García Moreno se erige como un adalid vengador y terrible. Sostiene el basamento de la estructura republicana... Convicción religiosa y arrebató místico, llevados con pasión a la política. El concepto Garciano del estado era esencialmente autoritarista. La libertad individual fue en gran parte sacrificada a un principio colectivista autoritario”. Es decir, puso el poder no en la fuerza de la idea sino en la idea de la fuerza.

La dictadura momentáneamente da la sensación de libertad, porque no hay tiranía más abominable que la muchedumbre anarquizada; pero impone el orden con la fuerza; es una nueva monarquía absoluta que exaltaba reyes no por derecho divino como los Luises, los Carlos o los Fernandos, sino por el que legisla la fuerza y el despotismo de las bayonetas sostenidas por soldados vestidos de tristeza y de hierro, que callan como piedras y obedecen como cadáveres.

Si el Estado necesita de las llamadas “virtudes cívicas”, tanto más necesita de la religión, como engendradora, en primer orden, de esas virtudes. Tal consideración debió inspirar a Plutarco que decía: “Resulta más fácil edificar una ciudad en el aire que sostener el Estado sin religión”. El más diestro regimiento de policías no vale tanto como un pequeño catecismo. Bismarck, el Canciller de Hierro, no cesaba de enunciar: “Estoy convencido que todo Estado, si quiere ver asegurada su existencia y mostrar su derecho a la vida, ha de estribar en bases religiosas... Si privamos al Estado de la religión no quedará de él más que un cúmulo de derechos”. Donde se cierran los templos, forzosamente se han de abrir las cárceles. García Moreno

vivía con la convicción de que una nación católica es una nación sana, robusta y culta; por eso impuso la reforma del clero lapso y de los claustros, la inspiración católica de las leyes, la práctica de la fe hasta en los cuarteles; la entrega, en fin, del país al Corazón de Dios. Pudo ser exagerado y hasta déspota en los medios arbitrados, que su finalidad siempre se mantuvo deífica y patriota.

Sobre la aurora del catolicismo ecuatoriano cayeron las décadas de guerras destructoras de la paz evangélica y, lo que es peor, justificadoras de la gran herejía: la invalidez del amor al prójimo hasta darle muerte si creía o pensaba fuera de la Iglesia. Las pugnas de liberales y conservadores, cruentos episodios de guerras de religión, tuvieron una áspera vigencia latente incluso en los períodos en que se enseñoreaba la paz. En este ambiente histórico García Moreno miró a todos con recelo teológico. Hombre desahogado al principio de su vida, poseído de una fe mesiánica gracias a la cual trasladaba a Dios la mayor parte de la responsabilidad histórica. Carácter ampuloso al que le empujaba su arrogancia física, pues en gran parte el espíritu modeló esa su figura prócera, exacerbado por la violencia, con aliento armígero y desasosegado, aplastaba escrúpulos con las falacias de la razón del Estado, que siempre fue agravio al Decálogo. Sus aspiraciones más profundas, que exaltó en la vida afectiva y anhelante, se dirigieron a objetivos encumbrados e inaccesibles para la masa gregaria que vive aclimatada en las exigencias de la mediocridad espiritual. Para alcanzar esos ideales el atleta no se sometió a las inconfesables debilidades de los hombres célebres; eludió la ley general del escándalo, y si pecó estuvo lejos de la postración encenegada de Bolívar, Napoleón y San Martín, víctimas abrumadas por el fracaso, la desesperación y el resentimiento; pasiones deprimentes que aplastan las páginas de Proust, Gide y Sartre: hombres espirituales de la caverna platónica que sólo atisban las sombras de la realidad. El tiempo y la gracia maceraron al soberbio, violento y déspota García Moreno.

Matemático, orador y poeta; usó de este deífico don para constatar la acometida de Montalvo, sin salir a los arrabales de penden-

cia, y sólo para demostrar que la literatura es “ancilla” de la Historia. Dos únicos sonetos compuso, pero suficientes para atar al “Cosmopollino” en la picota del escarnio; tanto más cáusticos cuanto que obligaron a Montalvo a replegarse en la arcadia del Ulba durante un letargo pastoril de seis años. García Moreno fue sañado con los de acción capaces de cuajar su malicia en el crisol del crimen revolucionario pero despreció los dardos del escritor, que estaban empapados en el nepente doctrinario del romántico “tiranicidio”.

García Moreno se dijo como Epitecto “Llevas en tí al jabalí de Erimanto, y al león de Nemea; dómalos”. Dice el Sabio: Lo deseé, y fueme dado sentido; lo pedí a Dios, y vino en mí el espíritu de la sabiduría, y túvela en más que los tronos y cetros reales; y las riquezas no las estimé en nada en comparación de ella, ni las piedras preciosas; porque todo oro en su comparación es un poco de arena, y la plata es como lodo delante de ella.. La verdadera sabiduría, es la perfección, el unirse a Dios por amor. No es suficiente cualquier deseo de virtud y perfección; es menester el hambre y sed de ella. David gemía, como tórtola herida, al son de la cítara: “como el siervo acosa-do desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea a Tí, Dios mío”. García Moreno, una vez que hubo gustado de la miel de Dios y de las cosas espirituales, todas las cosas del mundo le dieron en rostro como desabridas y amargas. Ésta es la maravilla; la divinidad y grandeza de estos bienes, que satisfacen y hartan el corazón; pero de tal manera, que siempre se queda con hambre y sed de ellos; y mientras más se va gustando, comiendo y bebiendo de ellos, más crece el hambre y la sed. El historiador argentino Manuel Gálvez, describe la ascensión espiritual de García Moreno, desde sus pasiones bajas, desde el fondo de su orgullo violento hasta la perfecta humildad, conforme a lo que trazan Los Proverbios: “El camino y senda de los justos, y su modo de proceder es, como la luz del sol, que emerge desde las tinieblas de la madrugada y va creciendo y perfeccionándose más, hasta llegar a la perfección del medio día, así los justos, hasta la plenitud de la virtud y del martirio”.

¡Catorce machetazos y seis golpes de bala no fueron suficientes para matar a Dios! Primer viernes 6 del mes de Agosto de 1875, Gabriel García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, recibe el Viático al pie del altar del Señor de la Agonía en el Templo de Santo Domingo de Quito. Luego, en el pórtico, estrecha la mano del asesino y le convida a casa para cultivar mejor la artesanía del delincuente. La “Fiera del Oriente”, oculta el arma homicida y sus intenciones, dentro del infierno de su pecho; el momento será el de la traición, cuando su víctima esté de espaldas; y él, como el lobo, protegido en su camada... Ahora hasta la sonrisa o el beso del hombre de Kerioth. Nada debía faltar en el Getsemaní del amartelado, que portó en sus hombros el peso de la Cruz. Es verdad: siente tedio, hastío de los hombres, tristeza de no contemplar terminada su misión de estadista, miedo en fin de pisar el umbral de la muerte... pero postra el terror de la carne en las manos del Padre, cuya voluntad determina cumplir hasta su postrer ápice. Y entonces, una fortaleza de acero enhiesta su cuerpo, inflama de osadía celestial sus pupilas y, dejando la herencia de sus besos a los seres mitad de la vida, se encamina a la eternidad. Sella por fin su despedida visitando al Verbo hecho Pan. Unos pasos más... “¡muere jesuita con casaca!”, una granizada de balas y tajos de un machete salvaje, rompen la robustez de su cuerpo; un zarpazo brutal lo arroja de la lonja; bebe de nuevo el machete la sangre en el manantial de los tasajos, que brota a borbotones, irrestañablemente. Blasfemias, dicterios y vilipendios de espadas y de lenguas, como aquellos del Monte aquel, de aquel Viernes. Fuera de él, todo fue ruido y desorden; dentro, todo silencio y holocausto. No aceptó la muerte como término fatal de los acontecimientos de la historia, ni siquiera como triunfo pasajero del mal sobre el bien, sino como sacrificio voluntariamente admitido y previsto, como el término natural de la misión que tomó para sí, y de la perfección y del cumplimiento de los designios de Dios sobre la magnitud de su persona.

En toda su vida tuvo presente su expiración, muchas veces la

anunció; a sus ojos el martirio era un don de Dios. Estaba penando y agonizando, con innumerables heridas y dolores, oía y veía cómo sus enemigos lo despedazaban con sus bocas y sus armas; consideraba el regocijo infernal de los sicarios y, en medio de tantos dolores y afrentas, borrando de su memoria sus agravios y ultrajes, y apartando de su vista el mismo crimen que se estaba cometiendo, y sólo teniendo presente la ceguedad de las conciencias de sus enemigos, y lastimado de tanta vesania y delirio, quiso iluminar la noche de sus mentes enseñándoles que sólo destruían el cimborio de barro donde “Dios no muere”.

Media hora duró la escena trágica de este calvario; Faustino Lemus Rayo mostraba a Dios sus manos tintas en la sangre del Abel, y los otros enemigos de García Moreno se glorificaban de haber logrado sus intentos; su triunfo era completo. Tendido al pie de la Virgen Dolorosa, perdonándolos, en el seno de la Iglesia a la que tanto amó, plagado de heridas y dolores y arropado con ramos de sangre, yacía el implacable acusador de vicios, el castigador de depravadas costumbres, el único obstáculo que tenía el clero corrompido para llevar adelante la abominable granjería que hacía con la Religión; el sepulturero, en fin, de los revolucionarios, carbonarios y ateos, que decretaron que las leyes son viandas y la Bandera mantel de sus festines. Vengados ya y satisfechos, bien podían retirarse a sus antros y cubículos a ocultarse de la justicia hasta que, a vueltas de terribles convulsiones y espantosas agonías, les llegase el descanso de la muerte en el patíbulo o en el tórculo de su remordimiento. ¡Cómo se derramó en el alma de la Historia la fetidez estéril de este impuro asesinato!... Y pensar que después de él, resonó el alegato del Defensor y de la Víctima: “Perdónales, porque no saben lo que hacen”, grito que salió ensangrentado de su boca.

Las sombras finales que arropan la existencia se extendieron sobre la masacre de ese cuerpo, mostrando su poderío sobre el mal y con el testamento de su perdón cristiano, encomendó su espíritu a Jesús. El mundo entero afirmó su creencia al testimoniar que: Ver-

daderamente este hombre era hijo de Dios. El silencio de la muerte rodeó aquel cuerpo, en torno del cual se habían agitado tantas tempestades y tantas olas de embravecidas pasiones; ya podían estar seguros sus enemigos de que no oirían más aquella voz condenadora, ni verían centellar aquellos ojos cuyos rayos de indignación habían aterrado tantas veces sus corazones; bien podían dar paz a sus conciencias y calma y tranquilidad a sus cuerpos, confiados en que no serían en adelante turbados por la figura del terrible acusador de sus maldades, escándalos y prevaricaciones. Pero no hay paz para los impíos: no hay forma de tranquilizar una conciencia infernada por el crimen y los remordimientos. El León de Judah continuaba vivo para ellos, y aún sepultado y todo, los seguía espantando y aterrando con sus rugidos: La Pierre, Andrade, Agramonte, Benjamín Carrión... El primero un infame andrógino a quien Sodoma lo hubiera desterrado; y los demás, a ristra, sicofantas con fábulas implexas, hidrópicas de libros e idolopeyas de taracea que merecen la cencerrada del desprecio; fertilidad bibliográfica estéril la de esos escritores que se mercan en el compromiso internacional de la secta. Fundamentan la cultura en negaciones con latiguillo de lugares comunes y alcorzas literarias que estragan la moral y el gusto; y acorralados por la tiranía razonante de la Lógica truecan las categorías del ancestro ecuatoriano por un cuenco lupercal de desvergüenza; y así escriben esos “gacetilleros empedernidos en la perpetuidad del solesismo” (21): que aquel que impone la ley es un tirano, el que ejerce autoridad, un déspota; el que hace justicia, un verdugo y el que profesa la religión, un fanático. ¿Y la Historia?: secarral, tierra bronca que agiganta la fe en el rencor y en la calumnia. Gente rahez, medio comunista, medio idólatra, medio atea; baladrona, soberbia y tan sólo burladora del Evangelio que, por complejo de culpa, no lo puede venerar. Discípulos aprovechados del asesino talabartero, recogieron el mohoso machete para añadir lacería e, incapaces ya de enfrentarse a la víctima, por lo menos quedan a de-

.....
 (21) Manuel J. Calle. Biografías y Semblanzas. Pág. 99.

fender la gruperá del sicario para partir el corazón de Dios. No se muestra tan bello el astro del día cuando, pasada la tempestad que lo había obscurecido y asombrado, rasga de improviso las nubes y rodeándose de ellas e hiriéndolas con sus rayos y arrebolándolas con su propio resplandor, campea majestuosamente en la mitad de los cielos, como aparece Gabriel García Moreno, triunfador del ateísmo, de la muerte y de los muñidores del mal.

Nada distinto de testimonio indica la semántica de la palabra “mártir”. ¿Testigo de qué fue García Moreno? Del amor recibido y misteriosamente devuelto, de la adhesión a la fe y a la esperanza la gesta de su sangre nos introduce en el misterio enseñado por Cristo: “No hay amor más grande que el que da su vida por el que ama”. La revolución de la cruz afirma el principio incommovible de que es necesaria la sangre: por eso Tertuliano pudo decir que “la sangre de los mártires fue simiente de cristianos”, y en esta forma Cristo y los que mueren por Él, “vencen al mundo”. Y si en el siglo XX aún existe la espiritualidad se la debe a ellos. ¡La ley de la sangre es el cimiento de la Cruz!

En la tragedia de su muerte García Moreno demostró un valor sencillo, desnudo de énfasis; para ello, tomó con sobrehumano coraje la aceptación total de los preceptos de Cristo, viviéndolos, al término de su jornada, en la más extensa exigencia, y por este testimonio ante los hombres y ante Dios alcanzó a ser su hostia. A esto se añadirá la maravillosa caridad que le empujó a perdonar a sus verdugos. Todo el que se precie de racional irá tras las huellas de este héroe de Cristo, porque su gesta sangrienta tiene para todo cristiano el sentido de un ejemplo e imán permanentes.

Su fuerza más potente fue la fe; su energía, el amor a Jesús; su ideal, la santidad; y su tesoro, el alma y la cultura de su alma por la gracia. “¡Dios te salve, hermana muerte!” que diste al Ecuador un héroe; a la Iglesia, un mártir; y a Dios, un Santo. “Cayó por la Iglesia bajo la espada de los impíos”, dijo de García Moreno el inmortal León XIII, tomando la sentencia de la liturgia con que la Iglesia reza a los mártires: Santo Tomás de Cantorbery y San Estanislao de Polonia.

El otro filo del arma del sicario, como lengua sedienta y cebada, comenzó a lamer ondas de sangre, cuyo mejor torrente saltó de las víctimas del partido de Montalvo. Cayó Rayo el primero, y antes que su víctima compareció ante el Supremo Juez que traspasándole con sus ojos de oricalco encendido le reclamaría: “¡Caín, la sangre de tu hermano clama contra tí!”, Checa y Barba expiró al beber la Sangre de Cristo envenenada por las logias. El corazón de Vicente Piedrahita se partió en dos al golpe de puñal homicida; a Vivar le perforó la metralla. Emilio María Terán, Julio Andrade, Montero, Emilio Moscoso, Antonio Vega; Eloy, Medardo y Flavio Alfaro; Ulpiano Páez, Manuel Serrano, Luciano Coral... fueron cegados por el mismo machete liberal que destrozó a García Moreno. Y luego las bombas nihilistas, los incendios, las barricadas de francotiradores, las revoluciones y cuartelazos, las batallas fratricidas en Quito, Guayaquil, Cuenca, Riobamba y Ambato... El liberalismo fue como esa horrible familia de los Atridas y la de los Labdácidas; todo crimen bajo el nombre de la libertad y de la reforma social, sin reflexionar que sólo con el pensamiento, con esa energía del alma, y con los rayos de ese sol se abren los moluscos de la Historia, y no con la hoja criminal de un cuchillo. Ya lo dijo Bernanos: “Sólo Jesucristo es la paz”. Y así, la joven democracia ecuatoriana vio y verá desaparecer en el histerismo de las revueltas civiles riquezas, vidas, honra, jirones mismos de la patria, en fin, cuanto constituye el bien y la razón de la vida nacional todo ello inmolado a un fanatismo desatentado y ciego, a nombre de supuestos principios absolutos, nunca bien explicados ni comprendidos; el rebaño humano, la víctima colectiva, ignara y anónima, ha sido conducida al matadero, una y otra vez, sin provecho, sin gloria y sin piedad. Bien hizo Maeterlinck en llamarle: “La edad de las generaciones sacrificadas”. Sacrificadas por su neurosis político al Moloch, ebrio de sangre, de la guerra civil; por su deficiencia de educación y de su potencia económica, al estancamiento y a la depresión, y por la relajación de su potencia jurídica al histerismo anárquico o a las pavoras del candillaje, de la tiranía criolla,

de todas las formas del absolutismo de las bayonetas.

El “Cosmopolita” vivió lo suficiente para espectar cómo la semente de su doctrina había caído en el surco de la muerte; y pudo contemplar en una como contrición tardía: “Para lo que ha sucedido en el Ecuador después de la muerte de García Moreno, yo de buena gana le hubiera dejado con vida al Gran Tirano”. El asesino tiene una sola hora, decía Lamartine; la víctima, la eternidad. “Don Juan Montalvo que, en principio y obra, aceptara la transformación de 1876, de la cual resultó una de las primeras víctimas en el grupo liberal coadyuvante, y pretendiera luego encauzarla por las áras del decoro y de las conveniencias nacionales con su memorable Regenerador... se cansó pronto, y emprendió, luego, su último viaje a Europa, desatendiendo las cosas de la patria, y de aquel viaje, bien lo sabemos, no regresó sino su cadáver a playas ecuatorianas”. (22)

Al encruelecerse el miserable Caín contra su hermano Abel, no pudo ya Dios refrenar esa cólera; maldijo por su propia boca al matador, lo desterró a las selvas en compañía de las fieras, le acosó sin cesar con visiones espantosas, y por toda su vida no dio punto de reposo a aquel pecho iracundo y atormentado con tantos verdugos como pensamientos de día y de noche revolvía en su imaginación torturada. ¡Vale más morir como Abel que vivir como Caín!

La noche misericordiosa de la Historia entornó ya los párpados para que el Mártir y la cohorte de victimarios duerman, cada cual su sueño, bajo la lápida de sus propios méritos: la de aquel que proclamó la eterna vitalidad del Corazón de Dios, cuando enterró a sus asesinos al grito de “Dios no muere”; y las de los que fueron cincelados con los versos de Dante:

“Co ‘lor seguaci, d’ ogni setta...”

“Símile qui con símile e sepolto,”

“e’ monimenti son piú e men caldi...” (23)

.....
 (22) Manuel J. Calle. Biografías y Semblanzas. Pág. 47.

(23) Dante. Inf. Cat. IX Vs. 128-130.

¡Turba de secuaces criminales!
 ¡Aquí yacen insepultos por igual,
 en sus tumbas, tizones de vergüenza humana!

1941... Desde el litróstoto de la historia, América, cruzifixora de pueblos, señala al Ecuador: *ibis ad crucem*. El leño petrificado y vertical de los Andes, con la *antenna* equinoccial y por encima el cebezo ceñido de *sizyphus spinae* chorreando sangre sobre Yaguarcocha, forman la *crux immisa* de la pasión ecuatoriana; plástica que alcanza su perfección histórica cuando Fray Vicente Solano clava el INRI al definir al país como “Cristo crucificado en medio de dos ladrones”. ¡Cruz, lecho vertical de la muerte, engendras la vida para el Nuevo Mundo!: Brota de Quito el postrer Inca Atahualpa, engendrado por el Sol, para imperar sobre el Tahuantinsuyo; hiende la Capital de los Shyris por los misterios de la selva y descubre el Río Mar de las Amazonas; revienta entre las flamas de los volcanes la Azucena de Quito de corola divinal; copia la naturaleza y la Teología en lienzos, mármoles, iglesias y claustros hasta formar la Escuela Quiteña, singular en el Arte Universal; por Galápagos enseña las huellas de la creación y la progenie de la vida; el 10 de Agosto de 1809, mudo y postrado, el Continente escucha el primer grito de independencia que lanza Quito por las fauces del volcán Pichincha; lava en la sangre del Cordero la sentencia trucidada de García Moreno: “Dios no muere”; y en 1906, María sale al encuentro del que camina bajo el peso de su propio cadalso y, firme en su cuerpo virginal, deja a los salobres y glaucos océanos de sus ojos deshebrar a lágrimas el alma, y “los dos ofrecen el mismo sacrificio a Dios: Élla, en la sangre y mediante su compasión, y él, en la sangre de su carne desmembrada”. (24) See, see, where Crist’s blood streams in the firmament, el destino lucente de Ecuador es el de la Cruz y puede decir con Marlowe: ¡Mira, mira, como la sangre de Cristo fluye en el fir-

.....
 (24) Arnaldo de Chartres.

mamento nacional... ¿Hogaño...? tedium vitae, grima siente la Estética; en tierra ecuatoriana se sustentaban robustos troncos ideológicos de aisthesis celestial: Aguirre, Olmedo, Montalvo, González Suárez, Mera, Crespo Toral, Honorato Vázquez... ¿hogaño? ...se planta multitud de esquejes ratíquitos desgajados del fango literario del marxismo. América todavía siente elevarse el alma gigante de Montalvo para, en sonoro castellano, reivindicar los fueros del mestizaje y que el hambre y sed de justicia, de libertad y de gloria. ¡Tierra ecuatoriana creada para el Cielo, siente horrorizada en sus mejillas las garras del plantígrado comunista!. La pasión montalvina puede conducir a errores, mas presupone el amor, capaz de intuitivamente aprehender la plenitud de la verdad.



“PAN DIGNO DE DIOS”

A veces Dios, en tributo
 a su justicia ofendida,
 Todo el dolor de una vida
 Reconcentra en un minuto

G. Núñez de Arce

Date prisa, porque el caliginoso carro de la noche va apresurando su carrera, y hora es ya que el caminante eche anclas en hospedaje donde repose para siempre.

(La Orestíada. Esquilo).

“Todos serán juzgados por Él, y Él los perdonará a todos, a los buenos y a los malos, a los sabios y a los ignorantes... Y cuando haya concluído con los demás, nos llegará el turno a nosotros.

-Acercaos vosotros también —nos dirá—. Acercaos, borrachos; acercaos viles; acercaos los impúdicos. Y nosotros nos acercaremos sin temor y seguirá:

- ¡Sois unos cerdos! Lleváis estampado el sello de la bestia! ¡Pero venid!

Y los sabios, los inteligentes, dirán:

- Señor, ¿por qué recibes a esos? Y responderá:

- Los recibo, sabios, los recibo, inteligentes, PORQUE NINGUNO DE ÉLLOS SE CREYÓ DIGNO DE ESTA MERCED.

Y nos tenderá los brazos, y nosotros nos precipitaremos en ellos... y nos desharemos en lágrimas...

Y lo comprenderemos todo... Y todo será comprendido por todos. ¡Señor, venga a nos el tu reino!”

(Fedor Mickailovitch Dostoiewski.

(“Crimen y Castigo”)

Llegó la oveja toda ensangrentada;
zarzas de muerte entre el vellón traía;
lacería igual ninguno conocía,
nadie vio una agonía más cuitada.

Llegó al aprisco casi recelosa,
¡oh triste noche de la huída aquella
que la llevó por huella tenebrosa!

Posó el Pastor su santa mano en ella;
¡su llaga peor quedó trocada en rosa,
en nube su vellón, su alma en estrella!

(Alfredo Bufano)

Las vidas son como los ríos de dulces linfas que corren al mar salobre de la muerte. El paradero de esas sabrosas y plateadas aguas es amargo; y el fin de la vida del hombre es acedía. Comparaba Isaías, el gran poeta y profeta Isaías, la vida del hombre con la flor del campo. Durante la mañana está fresca y a la tarde es marchita, como la mocedad y gloria cuando llegan la vejez y la muerte. La vida pasa raudamente y con ella sus concupiscencias hasta arrojarse con cobertor de cenizas y gusanos. Vivir es huir de la vida que trae consigo junta la muerte. Todo hombre es mentira, pero mucho más lo es la vida, figura y sombra de la muerte. Brilla con fulgor de riquezas, de honras y deleites, que punzan como espinas la conciencia; más la muerte enseña la vil materia de que somos formados, y la fealdad y abominación en que se convierten nuestros cuerpos. Verdad esta que se halla cubierta de mentira, de la mentira de la vida. Un engaño encubre un desengaño. La vida del hombre es como la flor del campo que el sol seca, el cierzo quema, el hombre pisa, el animal pace, el agua ahoga, el calor marchita y el tiempo despeta.

Forse in qual forma, in quale
 stato che sia, dentro covile o cuna
 e funesto a chi nasca il di natale. (25)

Por ventura, cualquier estado
 en que el ser se encuentre,
 ya en cuna o en cubil,
 ¡maldito sea el día
 en que nació a la vida!

Vanos son los días del hombre, que apenas deja un olor de fama mientras trafaga en el mundo y pasa como la sombra del sol. Píndaro se lamenta que “El hombre sea el sueño de una sombra”. (26)

.....
 (25) Giacomo Leopardi.

(26) Pyth. VIII-135.

Con razón los niños al nacer y los moribundos, lloran la vida; el mal trajo al mundo lágrimas y tristezas, y estos testigos del dolor, a su vez, consumen y destruyen al pecado; la vida en cualquier punto de su urdimbre, sólo tiene sentido en el Bien. El ánora del corazón, perpetuo exilado y viandante en la tierra, sólo se ancla en el AMOR.

Cada cosa, en cuanto es, se esfuerza en perseverar en su ser, filosofa Spinoza y añade: “el hombre libre en todo piensa menos en la muerte y es su sabiduría y meditación no de la muerte sino de la vida”. Error funesto el del panteísta hebreo, porque la idea de la muerte es la obsesión de todos los tiempos y latitudes, y con tal intensidad, que el catolicismo constituye en arte auténtico el bien morir; mientras que Robespierre y Dantón convirtieron a la guillotina en cátedra estoica. La muerte destruye todo lo que el amor crea. Alfonso el Sabio define a la humanidad como “Omes que entran en carrera de muerte”. Naciendo merecemos la muerte y la vida es sólo un aplazamiento. Ser humano es merecer la muerte por haber nacido pecador. Mi alma sale a la vida con una llaga, define Laménais; toda la naturaleza del hombre está concebida y nace en llagas, especialmente el alma creada para los libres espacios de la eternidad. Por eso la eternidad es el corazón vivo de la historia que lanza sangre por las arterias del tiempo, y por las venas absorbe la del hombre. Se puede auscultar atentamente el pulso de la eternidad, ucrónica y utópica, en cada latido del tiempo; pues, según Pascal, en la geometría eterna, Dios es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. El problema de la muerte cabe en el del pecado; el mal es el crimen contra la vida y el Amor; y el Amor, según su estilo, responde con el dolor de la Cruz.

Una vida dura se vierte en una muerte fácil. La fiereza y orgullo estoicos domesticaron el dolor. Pompeyo inmerso en recuerdos bélicos anuló los padecimientos de un ataque renal. Descartes y Spinoza aseguraban que la razón es capaz de acallar los sufrimientos; Pascal se abismaba en cálculos cuando lo apretaban el cáncer y la tuberculosis digestiva; Kant no cesaba de pensar en los clásicos, espe-

cialmente en Marco Tulio, para amenguar los padecimientos de su afeción. Las espinas del dolor son los pétalos de la eternidad; y la muerte es palabra de vida para aquella raza, nacida al pie de la cruz, que se abraza al dolor como rodrigón de bienaventuranza. Claro está que el instinto mira con espanto al padecimiento y a la muerte. El animal y el hombre no pueden librarse del horror de acostarse en el sepulcro. El hombre, ser que muere, tiene certeza de conciencia al encaminarse hacia la tumba sin poder detenerse jamás. Marcha hacia la destrucción con la plenitud de su inmortalidad.

Ya Irineo, por el Siglo II, decía que “Si la carne no tuviera que ser salvada, en modo alguno se hubiera hecho carne el Verbo”. El sentimiento del terror ante la muerte, que en ninguna forma es rubor de vergüenza, le proporciona la más absoluta soledad en la que puede el dolor, tanto como el amor, purificar el alma.

Montalvo tuvo miedo ante el silencio infinito de la muerte. Al silencio de los textos históricos es necesario reemplazar con el lenguaje de la imaginación: sus biógrafos narran las torturas quirúrgicas a las que se sometió por última vez; torturas que espantarían a los fornidos hombres primitivos, y en las que los médicos sólo recordarían el precepto de Celso: “Resuelto a curar al paciente confiado a su cuidado, el cirujano tiene que ignorar los gritos y sufrimientos, y realizar su trabajo sin tener en cuenta sus quejidos”. El escritor ecuatoriano pagó así tributo al dolor, herencia irrenunciable al hombre; al que no pudo templar “ni la adormidera, ni la mandrágora, ni todos los jarabes hipnóticos del mundo” por los que suspiraba el alma soturna de Otelio.

Para Sherwington, el dolor físico no es un juego de impulsos nerviosos, que se mueven sobre un cordón raquídeo con una marcha determinada; es, más bien, el resultado del conflicto entre el estímulo y el hombre. Montalvo miró de frente al dolor y le extendió la mano, saludándole como Shakespeare: “¡Dolor, tú no eres un mal!”. Y luego en los tálamos cerebrales, en esas áreas destinadas a la percepción y resonancia del sufrimiento, no se sintieron las garras del bis-

turí. Recordó, sin duda alguna, de las “Meditaciones” de Marco Aurelio, aquella que dice: “El dolor intolerable nos arrebató, pero el que dura largo tiempo es soportable, pues el alma puede mantener su tranquilidad encerrándose en sí misma”. Y para ello, trajo a su mente los paisajes del Valle del Ulba, los del Chambo, los del Pastaza, en los que la primavera dora las mieses y las frutas, y susurran largamente los maizales al rescoldo del sol; oyó, luego, el cántico que se evapora de los campos, de los montes ecuatorianos, de los caminos estremecidos con la frescura; sintió la calina en los hortales y la vibración del ascua en el espejo de las rocas. Fue como una honda de Angelus en la que los sones quedan balbuciendo en el labio de las campanas, en la que rebullen los fanales de las luciérnagas y las guitarras granizan un chaparrón de notas y terminan sollozando en el aire, con quejidos de bordones... No la furia de los vientos combate los empinados árboles, ni la blanca nieve desgaja con su peso las tier-nas ramas. Allí, en su Ambato, el enfermizo otoño jamás desnuda de sus hojas las verdes arboledas, antes dura una apacible templanza, que conserva en un perfecto ser la frescura de cuanto tiene el cielo. Allí las flores de los prados celestiales, azules, blancas, amarillas, coloradas y de mil maneras, vencen el resplandor a las esmeraldas, y rubíes, y claras perlas, y piedras de Oriente. Allí las rosas son más hermosas, y de olor más suave que las de los jardines de Jericó; las fuentes más que cristal deshecho; el agua es más dulce, delgada y fresca; y el gusto de las frutas más suave. ¡Ciudad bienaventurada! ¡Qué dulces ratos entre aquellos riscos, y por aquellas breñas! Arrebatase en espíritu, y como si ya fuera vecina del cielo, se desnuda de la tierra de la que está vestida, y libremente vuela para ser el estrado de Dios. Ambato, su Ambato, donde la rubia Ceres se deja segar la dorada cabellera, el padre Otoño alza su frente galana, y Baco, sin co- turnos, ensangrenta los odres en mosto nuevo. Allí grutas y vivos lagos y valles frescos y mugidos de bueyes y, bajo un copioso árbol, sueños apacibles; en cuyo horizonte se perfila la cana ceja del Tun-gurahua. Montalvo, que amó todo eso humanamente, en ese correr

sobre las cosas recordaría la forja del estilo, con sus titubeos e imitaciones al melífluo Padre Granada, al orientalista Cervantes, cuajado de silenciosos paréntesis; a esas largas explicaciones, súbitamente abiertas por el tajo del sofisma, que con destreza caminan por la mellicencia de las “Catilinas”; con palabras arcaicas que llenan de sentido y que van coloreando el contexto, y que le permitieron traicionar la verdad con elegancia y dignidad; a esos moldes castizos donde su pensamiento hirviente hace irrupción con peligro de distenderse, de estallar; a las elevaciones poéticas del “Cosmopolita”, a las súplicas, apóstrofes, ironías, imprecaciones... a toda esa retórica de la pasión... a los gritos, invocaciones, fustazos, lágrimas... de un hombre que amó, tuvo compasión, ternezas de sublime enloquecimiento; de un espíritu al que la pregunta corroía, la apariencia de una traición congelaba y el celo pintaba una mueca de dolor enfurecido. De un hombre, al fin, de la raza fría de los reptiles, que esgrimió el florete ambivalente de mistificaciones del error con la verdad, para que nadie se acercque nunca al alma de él, oculta siempre entre los bastiones del sofisma, demostrando que la política tiene razones que desconoce el corazón. ¡Toda la belleza de la tierra es sólo máscara de la muerte!

Y como un héroe cristiano forzaría una sonrisa áspera en sus labios palpitantes al recitar la oración de Pascal: “No consentas, Señor, que use mal el tormento con que me premias”; recordaría también que Inés, adolescente de trece años, al morir entonaba epitalamios; que Andrés no sólo abrió los brazos sobre la cruz sino que improvisó epinicios; que Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Lorenzo de España... tuvieron la audacia espeluznante de manejar la ironía y el gracejo en los momentos mismos del suplicio. Porque Cristo sufrió ya todo para que todos se complazcan en la muerte. Desde Dimas, que madrugó a ingresar en el Paraíso por el barranco hendido en el corazón de Cristo, el dolor llegó a ser un distintivo glorioso y como la heráldica de la nobleza del Cristianismo.

Se sumió la luna en las gargantas de los cerros ponentinos, mientras Montalvo sedaba en el dolor bajo las pupilas misteriosas de

la noche; en la mansedumbre del espacio, rutilante de estrellas, poblado de misteriosos orbes, inmenso y terrible en su grandeza enigmática, en su agusto silencio, en su infinita profundidad.

El dulce río de la vida avanza al mar salobre de la muerte murmurando en silencio pero sin sosiego; se desliza por comarcas áridas y por vegas florecientes sin que nadie sepa la razón de sus versátiles vaivenes. Y es condición del mar tornar más copiosos los ríos que habiendo nacido de él vuelven a su seno. Toda vida se dirige a Dios. La muerte determina que los actos del hombre adquieran significación y sello definitivos. Es la separación de aquella amalgama misteriosa e impenetrable de la persona humana; es un acto de que no se tiene experiencia alguna; único en su género: absoluto, inmutable, final e igualitario. La muerte es esa “terra incógnita” cuya carta geográfica no ha trazado la ciencia; fecunda en riquezas o miserias para toda carne que franquee los dinteles de ese desierto, en el que cada grano de arena es piedra sillar de la eternidad. La muerte, como el tramonto del sol, tiene emociones y cierta poesía que ningún horror, ninguna fealdad, ningún tribunal humano puede despojar totalmente; es esa su joya, la parte que la creación reservó, el diezmo que cobran los graneros celestiales. Si el mundo material es hermoso por la sabiduría y el poder, el espiritual es sublime por la misericordia y el amor.

La operación quirúrgica ha llegado a su término. El retórico y artista Montalvo trasladó el sentido del dolor a tropos de alas y remos para surcar la eternidad. El sufrimiento, ese minero activo del alma, junto con el amor y la muerte, terminaron por embellecer aquel espíritu atormentado por la misericordia de Dios”. en los días de mi enfermedad, ni Dios ni los hombres me han faltado”, solía exclamar. Todo es ilusión ante la muerte; las falsas preocupaciones se disipan, las pasiones desmayan su vehemencia, y la fe ostenta las verdades más terribles con tanta claridad, que el espíritu no puede dudar de ellas. ¿Quién o qué cosa podrá competir con Dios en el momento en el que un hombre muere? Todo pasa: las nubes, las estrellas, los espacios sólo el Cielo permanece. Entonces el silencio se

torna más profundo, más misterioso, más arcano que las palabras; y el silencio es el sello de las obras de Dios. Montalvo, como el sol, no puede morir sino con suprema explosión de luz; ese hombre no nació del polvo sino por las manos plasmadoras del Creador y a ellas debe retornar temblando de amor.

“El paso a la eternidad es el acto máximo de un hombre” expresó Montalvo, por última vez, en la madrugada del 20 de Enero de 1889. Vivió siempre en una especie de niebla espléndida y no llegó a la verdadera claridad sino atisbando por entre las sombras del sepulcro. En ese día, fuera de la estancia de Montalvo, en la vastedad de París, el huracán soplabla espinas de hielo, y con hilas de plata amortajaba el esqueleto de los árboles; el viento tiritaba en la foscura; y la nieve implacable desflocaba pétalos como pliegues de sudario. Está naciendo la mañana, muy pálida, blanda y húmeda de nieblas; un lucero comenzó a palidecer sobre el negro lomo de Montmatre, en un horizonte de frío y de granizo, ceniciento de lloviznas. Hay un hielo de muerte y soledad alrededor de Montalvo que parece sumergirse en una aurora de eternidad. Tiemblan de miedo sus arrugas hondas y bruñidas por la muerte, y sacudiendo vengativo su miseria alza sus ojos como suspiro de oración, como blandones llorosos de funeral. En último estertor: toda la sangre, todos los huesos y sus tuétanos, esa parte que se derrumba, que lucha, le gritaron que se acercaba a Dios. Montalvo, cierra entonces su tienda de vendedor de palabras, y cesa de rascarse la lepra de los apetitos... Y él cuajado de granito que cuando le rozaban estallaba en chispas, como tronco carcomido cede sus hojas otoñales al implacable Bóreas y se dobla hacia el surco del postrer silencio. ¡La gloria se paga con la soledad del alma!. Así que hubo venido la hora del ahogúo, la savia de su fe ascendió desde las lejanas raíces de la mocedad, obligándole a mirar al Cielo sin pestañeo de pensamientos ni balbucir de suspiros. ¿Qué puede distraer al espíritu cuando presiente la eternidad?.

Ancló en el escollo de la esperanza, hasta entonces batido por los vaivenes del corazón, y al fin pudo oprimir las soberbias olas de

la vida: el amor ciego, el odio cruel, la tristeza sin fundamento, la ira furiosa, las trazas desbaratadas de subir y crecer, la memoria de lo que quería olvidar y el olvido de lo que quisiera acordar, la sed insaciable de la gloria humana... ¡Las cosas que creó Dios para servicio del hombre se conjuran contra el hombre! Luego advino el momento postrero, el de la desnudez infinita en la que Montalvo recuperó su verdadera libertad y aquel supremo coraje humano de reconocer, odiar y dolerse de la culpa; y por último, llorarla y al postrar su corazón la Gracia, de un sólo hendiente, lo derrocó cabe las llagas del Amor, y hechándose a pechos la fuente de este consuelo, con ajustada conciencia se confesó sacramentalmente (27). ¡Las centellas cuando van a extinguirse, resplandecen!.

Ese acto de fe por parte de la criatura, el culto más íntimo que rompe con el mal, es el principio de inefable reconciliación con Dios. Un hombre ve en otro jurisdicciones divinas, cae a sus pies, le declara sus más íntimos secretos, vergonzosos y ocultos, y se somete a determinación de sentencia; todo ello con profundo amor y dolor divinos. Y el otro, juez, deleznable y culpable como el que se acusa, desata el perdón; y al punto una lluvia de topacios revienta del corazón de Cristo y de cada gota florecen azucenas.

Ahora no despliega ya las velas, dejándolas henchirse al soplo de la soberbia; más encáminalas por tranquilas zonas. Allí, donde la inspiración de Dios suena como brisa y el arrepentimiento carena averías, y mansas aguas de la gracia, besando los costados del bajel, pújanle dulcemente al puerto bermejo del amor divino.

“Montalvo al morir sólo pidió flores” para su cadáver; las pidió con el imperio de dulce humildad. En sus labios habían expirado las cláusulas altaneras y afectadas, aquel tono dominante que enconaba los ánimos cuando el crimen superaba al derecho. Ahora agoniza el batallador de combates ideológicos; la destrucción catastrófica de la pleuresía es un indicio de victoria que alcanza a su alma; las uñas in-

.....

(27) Ver Apéndice Final.

visibles de la muerte ya se insinúan en la piel con sus trazos devastadores, con el sordo trabajo que ahuyenta la vida, con el frío boceto del cadáver en la escondida arquitectura de los huesos. En su rostro se asienta la desolación, como si fuera el reflejo de esa luz de cripta que suele encender el dolor en las almas, después de una larga lucha íntima. Los labios se resecan, la lengua hinchada y estropajosa chafa los balbucesos, y comienza a extinguirse la postrera llamarada de sus ojos antaño de bruñido acero... en el retiro silencioso de la conciencia, los últimos ecos de la gracia musitan la profesión de fe, que la tierra ya no oye. Y de pronto una oscuridad, una penosa necesidad de luz, de la que su voz estrangulada no puede quejarse como Goethe; y luego esa su grande alma, navío de áncoras rotas, zozobra en la misericordia de Dios. El corazón se duerme plácidamente, como las ondas que ya no palpitan en el espejo de los lagos; mientras su alma, como el cóndor de su Patria, de un aletazo de osadía retorna a la cumbre de su origen para contemplar el nacimiento de la Aurora, después de las tinieblas de la noche. Así, Montalvo, pudo transformarse, como decía Therése de Lisieux, *en pan digno de Dios*.

Mientras como telón de fondo, sobre Lutecia, la ciudad de los parisios, rugen y se desata la tempestad: las olas del Sena se estremecen reciamente entre los brazos de los sotos; los cielos se nublan, la luz se precipita en caos desde los nubarrones; hay un violento choque en el seno de las ráfagas, cuyo fragor se ilumina con las reverberaciones del relámpago, mientras el estallido de los truenos siembra el terror en el ánimo de la tierra. Sólo entonces se cree oír la llamada imperativa del destino, que le anuncia su sendero, en la voz del miedo. Ni un soplo de aire mueve la bruma espesa, dormida sobre el río; ni suena la flauta de cristal del ruiseñor en los azahares de la nieve. La llovizna vela como polvo de agua los ribazos arbolados. Hay un silencio en el áspero cauce, en el que antaño se derrumbaba una eterna canción de torrente embravecido. El océano sucio y mugidor golpea con olas infatigables las costillas martirizadas del acantilado. Las rocas desprendidas repercuten en el ruido furioso del combate ma-

rino; los gigantes esconden sus garras bajo los salivazos de la espuma batida con indecible rabia. Y en esa fragua de odio ruge la llama encendida por la cólera de Dios. El huracán ralla como un pergamino los cielos. Montalvo, como Beethoven, Goethe, Byron, murió en plena tempestad. El hombre, parásito temporario del dolor, apenas si en la turbulencia de su vida logra encender una chispa de historia, y luego se precipita en las arcadas fúnebres de la muerte. Montalvo, una tempestad que estremeció la Historia cuando la fuerza ahorcaba la ley, amainó su ímpetu únicamente en la calma y paz de la tumba.

Murió el campeón de la libertad, de este don terrible y propio del hombre, que lo humilla hasta el polvo y lo sublima sobre la frente de los astros; don incomprendido para nuestra edad oscilante entre lo monstruoso y lo sensual, entre lo protervo y la grosería, entre la superstición y la incredulidad moral. El camino de la libertad es la razón; la violencia sólo esconde al tirano en cada anarquista. Se inicia la independencia desde el corazón y alcanza sus vastos fines en el Arte. ¡La Belleza es la auténtica libertadora del hombre! Si se pierde la vida por la libertad, la muerte se trueca en testigo final de la victoria. ¡Cordilleras de Ambato: la de los Llanganates, de Pillaro y Los Andes, que engarzais los diamantes del Chimborazo, del Sangay, del Tungurahua y del Antisana... que el Cielo os niegue el rocío, el granizo y la nieve! ¡Asolaos, y que no fecundeis ríos, tentáculos del mar, que escindan la túnica toral e inconsútil de la Selva.! ¡Que la villa escogida de la ciudad de Ambato derrame elegías que resuenen en la dehesas del monte, con labios de carne herida, y destile el llanto por la boca de las fuentes; que sus cármenes yazgan como desierto inhollado y los vientos permanezcan en sus pétreos silos; que se agosten los frutales y hasta los cardos, como tamo, sean arrebatados por los vientos álgidos del páramo. Los campos se destricen de sed y sus gargantas se abran por una poca de agua; y que las nubes no se levanten con la aurora ni la nieve abandone el jaral de las gélidas punas... ¡Montalvo ha muerto!. La Patria, el Continente, España... deshojen mirtos y laureles ante la tumba del apolíneo escritor.

...manibus date lilia plenis,
 purpureos spargam flores animamque...
 his saltem accumulem donis, et fungar inani (28)

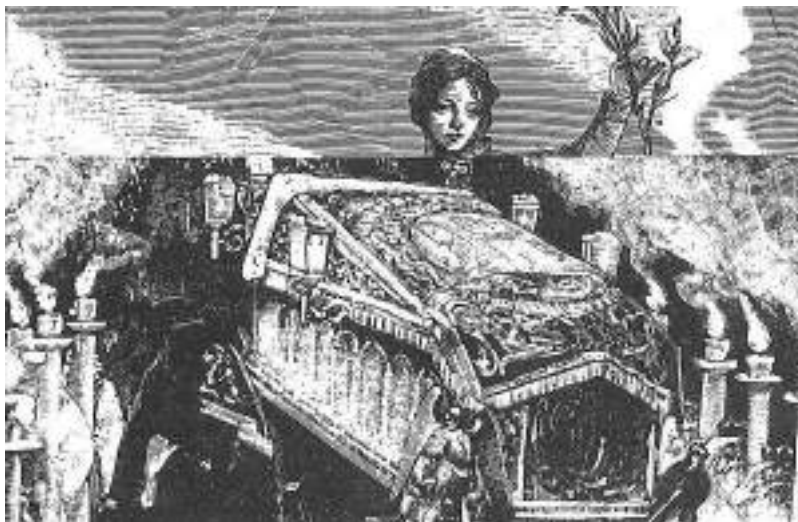
...Dadme lirios a manos llenas
 y dejadme que, con purpureas flores,
 los esparza sobre él.
 ¡Qué este sea el tributo inane
 que mi dolor le ofrezca!

Ni el abismo de la nada, que el poder de Dios pobló de seres, ni la inmensidad del espacio donde ruedan las moles gigantes de los astros, ni el antro poblado de pecitos y blasfemias, ni el cielo tachonado de espíritus y centellas... manifiestan la omnipotencia de Dios, como la sima de su misericordia, donde se arrojan las almas cuando retornan a los brazos esperantes del Padre. Si no, ahí está el Mar Rojo que se rajó como granada para dar paso a la libertad, la tierra que temblando se tragó murallas enemigas; el sol que se detuvo para contemplar victorias de justicia; las nubes que se desgarraron en lluvias de alimento celestial; la roca del Horeb que, como generosa puérpera, brotó de su seno el cristal luminoso del torrente... en todo ello Dios es potente mas no misericordioso. Pero cuando desde Cristo anega el mundo con su perdón, sólo entonces el alma humana cree en Él, lo ama y lo espera. Es un eterno átomo de amor doliente desprendido del eterno martirio de la Cruz.

Tal vez la inextinguible tribu de los fariseos, la de los cacofrénicos especialmente que acecha mácula hasta en el polen de las azucenas, niegue la salvación para Montalvo, afinándose en la severísima justicia de Dios, de exigencias tales que escandalizan y desconciertan a la razón humana. Todo hombre alardea de su fuerza destructiva sobre sus enemigos; esa es la guerra, la sangre que aplaca a la humana fiera, sobre cuyos despojos se clava el pendón de la victoria. El odio se venga, la justicia cas-

.....

tiga; sólo el amor perdona. Dios es amor y mide la eternidad de una alma con la magnanimidad del perdón; porque el sacrificio de Cristo llenó los siglos y la eternidad de la Historia, y así alcanzó para el hombre la historia de la eternidad. El creó la muerte como ley de amor, para Él mismo sentirla en carne humana, y para deificar a los que transubstancian la agonía en Calvario. Mis manos, dice Dios, tendieron el cielo azul, y aplomaron la tierra, y valladearon los mares; mis manos te sacaron de la nada y te infundieron soplo de vida; mis manos encendieron en tus ojos luz de mirada, y luz de razón en tu alma. Y mis manos, reza Cristo, chorrean sangre, que blanquea tu alma; mis manos te perdonan, te abren las puertas de mi corazón, y te visten con los mismos vestidos de Dios. La muerte de Montalvo, la de todo creyente, “preciosa a los ojos de Dios”, madruga a la resurrección y a la vida. ¡Montalvo, que tu vida austera, digna de la aristarquia de Plutarco, en tiempos en los que el cadalso se vendía al odio y al rencor, descanse en paz; y que nosotros no la tengamos hasta no poseer un alma como la tuya, hecha por dentro con madera de Cruz, que nos haga recordar siempre que nuestra pobre miseria, apta para los cuchillos de tu pluma, te hizo grande; y que nadie pueda permanecer rebelde a las lecciones de tu rebeldía!.



APÉNDICE

“En casa solía mi abuela materna contarme episodios de familia. Uno de ellos se refería a su tío carnal. Agustín Leonidas Yerovi, ese mismo doctor que acompañó a Montalvo en sus postreros días. Élla le había oído relatar de viva voz los episodios que Yerovi escribiera en su ensayo biográfico sobre el Cosmopolita. La operación, la negativa a la anestesia, el reclamo de las flores para la hora de la muerte, la idea de Dios”. ¿Se confesaría Montalvo?, le pregunté. “Si, a juzgar por lo que oí a tío Agustín”, me respondió. Y añadió enseguida: “Intereses políticos creados le presionaron a guardar silencio sobre este paso fundamental de Montalvo en sus últimos lúcidos días, así como sobre el expreso deseo de él que se celebraran sus funerales en la iglesia de San Francisco de Sales. También habían querido obligarle a callar la postrera decidora frase de Montalvo, pero Agustín Leonidas se había negado a ello rotundamente. “Bastante he hecho ya con darles gusto”, había exclamado. Mi tío —terminó mi abuela materna— cumplió el deseo de don Juan respecto de los funerales y él con otros ecuatorianos residentes en la Ciudad Luz sufragaron los gastos. Fueron funerales de cuerpo presente. La de Montalvo fue, sí, no lo dudes, una muerte cristiana”. He allí el testimonio de esa inteligente y culta mujer, doña Ana Elvira Bueno Yerovi de Lara, y yo lo dejo aquí, entre vosotros, pues transmitir esta verdad es para mí un sagrado deber. Desde entonces he buscado qué dicen al respecto los biógrafos de Montalvo: todos copian lo que Yerovi dice; callan lo que Yerovi calla. ¿De dónde ha nacido, entonces, ese infundio que atribuye al

Cervantes ambateño una rotunda negativa a confesarse? Me inclino a creer que fue César Arroyo el primero en inventar la conseja en referencia: una monjita de la caridad habría pedido a Montalvo confesarse, y éste se habría resistido. Esto lo imaginó el inteligente y fino escritor hacia 1912, pero ese mismo año, en acto de honradez, reconoció que la reconstrucción por él hecha de los postreros momentos de Montalvo, en especial el diálogo sostenido con la presunta monja, era simplemente ¡fruto de su fantasía!”

“No consta, pues, que muriera impenitente; consta, sí, que poco antes de morir pensaba en Dios. Consta que Yerovi rezó un padrenuestro ante sus despojos aún cálidos. Consta la celebración cristiana de sus funerales. ¿Por qué negarle, entonces, la cruz en su mausoleo, y menos aún si con el signo de la cruz fue absuelto como en mi casa se sabe por tradición familiar?” (29).

.....
 (29) Testimonio de Jorge Salvador Lara. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito-1972. Pág. 284-285.

Nota del Autor

Criterio es el del Dr. Jorge Salvador Lara que Montalvo, excomulgado como estaba por la Iglesia no pudo haber merecido, como lo mereció dignamente, sepultura eclesiástica con rito de cuerpo presente y sepelio litúrgico si antes no hubiera de haber abjurado los errores dogmáticos de sus escritos. Así opina el mencionado historiador contemporáneo, esclarecido jurisconsulto y preceptor universitario de Historia, ceñido a la Lógica y al Derecho Canónico que imperaba en Francia, de acuerdo al Concordato, entonces vigente, celebrado con la Santa Sede.



ÍNDICE

	Páginas
Liminar.....	7
Prólogo.....	11
I.- Viator	17
II.- Coetus Stellarum	23
III.- Jolie De Grandeur.....	35
IV.- La Vigilia que de las Armas hizo Don Juan.....	51
V.- Lanza al Ristre.....	66
Libertas.....	79
Panoplia.....	82
VI.- Los Hijos del Espíritu:.....	85
1.- “Los Siete Tratados”	87
2.- “Catilinas” y “Mercurial Eclesiástica”.	101
3.- Dramaturgia.....	109
4.- “El Regenerador”	109
“El Espectador”.....	109
“El Cosmopolita”	109
5.- El Canto del Cisne	110
VII.- Por el Barranco del Espíritu	122

VIII.- El Magnicidio:.....	141
1.- Los Asesinos.....	142
2.- La Genética del Crimen	147
3.- El Liberticida.....	154
4.- La Víctima.....	157
IX.- “Pan digno de Dios”	171
Apéndice.....	185
Índice.....	189

"He aquí una obra valiente y vibrante, en un castellano espléndido rico de forma y fondo, para desmixtificar y desmitificar la figura de Montalvo, exaltar sus resplandores y virtualidades y señalar lo que de negativo y escozia hubo también en esa naturaleza extraordinaria, una de las cumbres humanas de nuestra vida nacional y nuestras letras".

DR. JORGE SALVADOR LARA
De la Academia de la Lengua



www.casadelacultura.gob.ec
Ibarra-Ecuador

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria